

RESTAURANDO PARA DIOS

Con un rostro levemente remozado comenzamos este nuevo año la revista "Aguas Vivas".

Damos gracias a Dios por habernos sostenido hasta aquí. Han sido siete años de bendición, al poder tocar a tantos hermanos con la palabra y el testimonio, y compartir lo que hemos recibido de nuestro Señor Jesucristo.

Sentimos que Dios está haciendo una preciosa obra en toda América y el mundo. Cada vez se forman más lazos de fraternidad y comunión con hermanos de diversos países y lenguas, venciendo las diferencias propias de nuestros contextos de origen. Todos unidos, simple y gloriosamente, por la vida de Cristo y la comunión del cuerpo en el Espíritu.

Pareciera que, gracias al avance de las comunicaciones y del transporte, las fronteras pierden relevancia. Alabamos al Señor por su obra en países tan disímiles como Eritrea y Bolivia, España y Brasil, Colombia y Rumania. Gracias al Señor por nuestros hermanos en México, Cuba, Estados Unidos, Inglaterra, Holanda, Argentina, Paraguay y Aruba; en todos ellos, unidos por lazos de amor y revelación de Jesucristo, vemos el avance del propósito de Dios para la iglesia en este tiempo.

No hay un cerebro humano, ni un equipo de creativos, dirigiendo esta obra mundial; es el propio Señor, quien dijo: "Yo edificaré mi iglesia". Esta es la Mente superior que dirige todo, y que armoniosamente coordina este trabajo de amor como una hermosa sinfonía.

Nosotros sólo somos testigos. Vamos de sorpresa en sorpresa al ver la impronta de Dios en nuestros hermanos en todo el mundo. Todos teniendo el sello del Espíritu, y predicando la suficiencia de Cristo y la centralidad de la cruz. Todos esperando por la restauración de la iglesia antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Continuamos aquí el tema La Restauración del Testimonio de Dios, comenzado en la revista N° 40 y continuado en la N° 42. Rogamos que el Señor bendiga el contenido de estas páginas en el corazón de nuestros apreciados lectores.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 8 · Nº 43 · ENERO - FEBRERO 2007

TEMA DE PORTADA

Luminares en el mundo (2)

¿Cuál es el testimonio de los cristianos en el mundo? *Christian Chen*. 4

De la cruz a la gloria (2)

El caminar del cristiano ejemplificado en los patriarcas del Antiguo Testamento. *Hoseah Wu*. 15

Una Casa para Dios (2)

La obra del tabernáculo en el desierto como alegoría de la edificación de la Iglesia. *Gino lafrancesco*. 22

Cristo, la Roca inconvencible

La sabiduría de edificar la casa sobre la roca. *Celso Machado*. 35

Abraham

Reflexiones en torno a la promesa, la gracia, la fe, la justicia y la herencia. *Eliseo Apablaza*. 39

LEGADO

Qué es la obra de Dios

«Nosotros no podemos hacer la obra de Dios», dice el autor. *Watchman Nee*. 50

El camino de la restauración

El camino de la restauración es el camino de la fortaleza espiritual. *T. Austin-Sparks*. 53

Uno con Dios

Meditaciones de Oswald Chambers. 59

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

El Príncipe de los Predicadores

Charles H. Spurgeon, un hombre que hizo brillar hermosamente el evangelio en la penumbra de la Inglaterra decimonónica. 63

Los Cátaros y Albigenses

Testigos en la hora más oscura de la fe. *Rodrigo Abarca*. 75

ESTUDIO BÍBLICO

Bosquejo de Esdras y Nehemías. *A. T. Pierson*. 82

El Tesoro de David

Estudiando los Salmos con C. H. Spurgeon. 84

Viendo a Cristo en su Venida

Un estudio de la 1ª Epístola a los Tesalonicenses. *Stephen Kaung*. 89

Los nombres de Cristo

Emanuel. *Harry Foster*. 102

BIBLIA

¿Cuánto sabe de la Biblia? Ponga a prueba sus conocimientos bíblicos. 106

FAMILIA**La vida hogareña de Charles H. Spurgeon**

¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado? *D. Kenaston*. 109

JÓVENES**Una fe no fingida**

Los jóvenes que aman lo original, lo genuino, ¿deberán conformarse con una fe falsa? 115

REPORTAJES**Corriendo a través de la lluvia**

Ellas corrieron a través de la lluvia creyendo que Dios las libraría. *Bob Perks*. 118

SECCIONES FIJAS

Bocadillos de la Mesa del Rey 49

Citas Escogidas 62

Maravillas de Dios 81

Cosas viejas y cosas nuevas 104

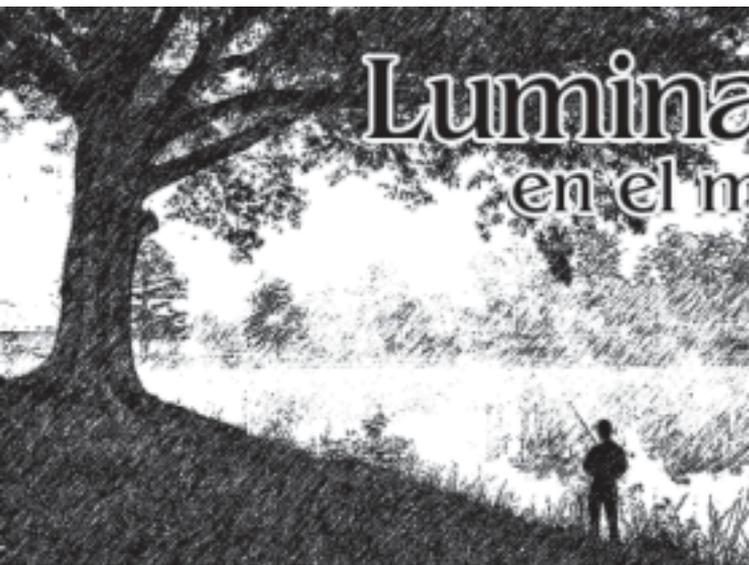
Joyas de Inspiración 108

* * *

Foto de portada: «Primavera azul» (Autor: Mario Contreras).

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

¿Cuál es el testimonio de los cristianos en el mundo?



Luminares en el mundo

2ª Parte

Christian Chen

El patrón de crecimiento de la iglesia

Al estudiar la historia del primer siglo después que el Verbo se hizo carne, vemos que los primeros cien años pueden ser divididos en tres secciones de 33 años cada una. En los primeros 33 años, somos testigos de cómo el Verbo se hizo carne y cómo él vino a esta tierra. En los primeros 33 años vemos la Cabeza de la iglesia, cómo él nació en un pesebre y luego creció verticalmente hasta la presencia de Dios.

Desde la cuna hasta el trono, éste es el patrón de crecimiento de la vida de Cristo. Siempre comienza en la cuna, y concluye en la corona, el trono. Este proceso de crecimiento em-

pieza horizontalmente, y luego sube verticalmente hasta la presencia del Señor. Sin embargo, este proceso pasa por el camino de la cruz. Sin cruz, no hay corona. De esta manera la Cabeza de la iglesia nos muestra el modelo de la vida de Cristo desde la cuna hasta el trono. Si este es el camino para la Cabeza, es también el camino para la iglesia.

El capítulo 2 del libro de los Hechos nos da testimonio del nacimiento de la iglesia. En los primeros 12 capítulos, la figura más destacada es Pedro, y en los capítulos restantes, es Pablo.

Cuando Pedro fue llamado por nuestro Señor, él estaba echando las

redes, y esa acción se convirtió en su misión. En el día de Pentecostés, él lanzó la red, y tres mil peces entraron en ella. Cuando la echó una vez más, entraron cinco mil peces. Pedro había recibido las llaves. En el día de Pentecostés, él abrió las puertas del reino de los cielos para el pueblo judío, y en casa de Cornelio, él la abrió para los gentiles. Su ministerio siempre está relacionado con la fundación de la iglesia.

Luego tenemos a Pablo. Él siempre está involucrado con la superestructura de la iglesia, porque Pablo era constructor de tiendas. Después que Pablo fue llamado por Dios, fue usado para la edificación de la iglesia. Al estudiar sus epístolas, cuando les escribe a los Tesalonicenses, la iglesia estaba en la etapa de la niñez. Cuando Pablo escribe Romanos, Gálatas y 1ª y 2ª a los Corintios, la iglesia ya había entrado en su período de adolescencia.

Ahora, cuando llegamos al último capítulo del libro de los Hechos, Pablo estaba en prisión. Sin embargo, desde la prisión en Roma, él envió cuatro epístolas: Efesios, Colosenses, Filipenses y Filemón. Estas tres iglesias ya habían alcanzado su edad adulta; estaban preparadas para recibir la revelación más alta en toda la Biblia.

En Hechos capítulo 2, vemos el nacimiento de la iglesia; luego su crecimiento, y al llegar al último capítulo, vemos la madurez de la iglesia. Si queremos conocer los días más gloriosos de la iglesia, sin duda, éstos corresponden al segundo grupo de 33 años.

Recuerden, desde el nacimiento hasta la madurez, como la Biblia dice: «*La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto*» (Prov. 4:18). El día perfecto es el mediodía, cuando el brillo del sol ha alcanzado su plenitud. En otras palabras, los justos sólo ven el sol naciente, pero nunca ven el sol en el ocaso; para ellos no hay puesta de sol. Lo mismo sucede a la iglesia: Todo el libro de los Hechos nos dice que para la iglesia en sus días más gloriosos, desde el nacimiento hasta la madurez, desde el nacimiento del sol hasta el mediodía, no hubo puesta de sol.

En el libro de los Hechos, podemos encontrar a Pedro y a Juan juntos. Sin embargo, ¿han oído ustedes hablar a Juan? El Espíritu Santo hizo algo muy interesante. Cuando Pedro se levanta, Juan también se levanta. Sin embargo, Juan está siempre callado. El Espíritu Santo deseaba preservarlo, porque él iba a hablar en otra ocasión.

Así, llegamos a los últimos 33 años en el primer siglo, y allí constatamos que Juan llega a ser la figura más prominente. Cuando Juan fue llamado por nuestro Señor Jesús, él estaba remendando las redes. Eso significa que las redes se habían roto, y es Juan quien las repara. Este es su ministerio.

Cuando Juan escribe su Evangelio, sabemos que las redes del evangelio estaban rotas, y es Juan quien va a remendarlas. Él va a declarar que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y no sólo eso. Por medio de sus epístolas y también por medio del Apocalipsis,

empezamos a descubrir que la iglesia ya no estaba en su gloria de luna llena.

Juan había envejecido, tenía arrugas. Eso no era una sorpresa, porque nuestro hombre exterior definitivamente se va desgastando. Pero Juan estaba muy sorprendido al ver que en la iglesia, el cuerpo de Cristo, que debería estar llena de la vida de Cristo, que debería vivir siempre joven, ahora tenía arrugas y manchas.

La iglesia en el libro de los Hechos es como si nunca envejeciera ni tuviese manchas. Si tratamos de entender en base a Filipenses capítulo 2 lo que significa eso, el testimonio de la iglesia en aquella época es como la luna llena, y si deseamos regresar al principio, lo que Dios desea es ver la luna llena, porque sólo en ella vemos la imagen exacta del Sol. Cuando la iglesia alcanza su madurez, significa que está siendo transformada en la imagen de Cristo.

Ahora, nosotros podemos decir que en los tres grupos de 33 años, los primeros 33 años fueron el día, los segundos 33 fueron la noche y los terceros 33 también son la noche. Pero oigan atentamente: en el segundo grupo vimos la luna llena. Sin embargo, cuando llegamos a las siete iglesias en Apocalipsis, ya éstas estaban en el tercer grupo de 33 años.

Las siete iglesias

Después de estudiar las siete cartas en Apocalipsis 2 y 3, vemos que a cinco de esas iglesias el Señor Jesús les dice: «Arrepíentete». La palabra 'arrepentirse' se usa normalmente para los incrédulos. Pero ¿por qué la

iglesia necesitaba arrepentirse? Porque estaba envejeciendo, estaba siendo contaminada. Gradualmente, se había convertido en parte del mundo.

Al estudiar las siete iglesias, esto nos sorprende. Por tal razón, Juan tenía una carga por ellas. En el día del Señor, aunque él estaba lejos, su corazón estaba con las siete iglesias; él conocía la condición de ellas. Él había tenido el privilegio de ver el nacimiento y crecimiento de la iglesia, y el privilegio mayor aún de ver la madurez de la ella. La iglesia en Éfeso fue la más espiritual y la más madura en su época, y cuando Pablo ya había entrado en la gloria, Juan tuvo el privilegio de trabajar en esta que era la más madura y más espiritual de todas.

La primera iglesia a la cual el Señor Jesús se dirige es la iglesia en Éfeso. A la iglesia que estaba en su cumbre, ahora el Señor le dice: «*Arrepíentete y haz las primeras obras*».

¿Cuáles son las primeras obras? Son las cosas registradas en todo el libro de los Hechos. ¿Por qué? Porque en aquellos 33 años el testimonio de la iglesia había sido como el de la luna llena.

¿Cuál fue el error de la iglesia? Que estaba muy cerca del mundo; por eso no es de sorprender que tuviese tantas manchas. Y cuando la iglesia está cerca de nuestra carne, no es extraño que ella envejezca.

Juan sentía gran admiración por Pedro y Pablo. Cuando Pablo murió como un mártir por el Señor, la iglesia estaba en su madurez. ¡Qué gozo debió haber en su corazón! Antes de su partida, llegó a ver que aquel ma-

raviloso bebé en Cristo había crecido hasta la madurez. Esa iglesia se convirtió en su corona.

Juan tenía noventa o cien años de edad. Había visto el nacimiento de la iglesia y fue testigo de la madurez de ella. Y aunque él vivió una larga vida y tuvo tantas experiencias, soportó todo tipo de pruebas y pasó por toda clase de aflicciones, ningún sufrimiento fue mayor que ver a la iglesia envejeciendo.

Aún había siete iglesias, siete candeleros. Estos candeleros no son de esta tierra, sino de los cielos; no sólo son de oro, sino también celestiales. Aun la iglesia en Tiatira es llamada candelero, es llamada iglesia. Cada iglesia es de verdad una iglesia. Ella está allí. Sin embargo, ¿qué pasó con ellas? Eran como distintas fases de la luna. Si miramos a la iglesia en Tiatira, ¿qué vemos? Vemos la luna nueva. Todavía es la iglesia; la iglesia aún está allí. Sin embargo, aunque había candelero en Tiatira, nadie podía ver la luz en ella.

Recuerdo que una vez, estando yo en Alemania, visité Francfort, la ciudad más corrompida de Alemania. Encontré allí a un grupo de hermanos. Al principio, ellos tenían la carga de predicar el evangelio en Francfort, pero cuando yo estaba llegando a esa ciudad, los hermanos querían irse de Francfort y trasladarse a Stuttgart.

Entonces, les pregunté: «Hermanos, piensen que Francfort es el rincón más oscuro en todo el país. Ahora, si se supone que la iglesia debe ser el candelero, este es el lugar donde más se necesita uno». Ellos dijeron: «Es que este es un lugar muy

perverso, por eso queremos mover nuestro candelero a Stuttgart». El testimonio no era exclusivo de ellos.

Ellos pensaban que ellos eran el testimonio de Dios, pero si trasladaban el candelero a Stuttgart, ¿qué sería de Francfort?

¿Ven ustedes la misión de la iglesia? Sí, la iglesia es el cuerpo de Cristo, y ella debe abrazar a todos aquellos que creen en el Señor. Las siete iglesias son de verdad siete iglesias. Ellas son siete candeleros de oro, y son celestiales. En lo relativo a la realidad, en lo que se refiere a la luz, ellas aún son iglesias. Sin embargo el problema es éste: ¿Qué sucede con el testimonio de Dios?

Déjeme decirlo de esta manera, en la historia de los primeros 33 años tenemos la plenitud del sol; en los segundos 33 años, la plenitud de la luna, pero cuando llegamos a los últimos 33 años, descubrimos siete iglesias representando siete fases distintas de la luna, y en algunos casos en la fase de luna nueva.

Entre esas siete iglesias, Esmirna y Filadelfia eran como la luna llena; y Tiatira, la luna nueva. ¿Eso es solamente por el primer siglo? Sí, cuando miramos al final del primer siglo, vemos iglesias en todas partes. Sin embargo, Dios desea, antes del retorno de su Hijo, presentarse a sí mismo una iglesia gloriosa. Eso significa la iglesia en su fase de luna llena, la imagen exacta del Sol; transformada en la imagen de Cristo.

Sin embargo, al estudiar esos dos capítulos, podemos ver que esas siete iglesias no sólo pertenecen al primer siglo. Nuestro Señor Jesús habló a

Juan como si estuviera diciéndole: «Tú viviste una larga vida, suficiente para ser testigo de la decadencia de la iglesia». Pero nuestro Señor vio mucho, mucho más. ¿Por qué? Porque entre esas siete iglesias, en las últimas cuatro –Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea– siempre se menciona la venida del Señor. En otras palabras, estas cuatro iglesias permanecerían hasta el regreso de nuestro Señor.

En el primer siglo, el Señor no regresó. Entonces, cuando la Biblia habla acerca de su venida, esto significa que de hecho esas cuatro iglesias permanecerán hasta su segunda venida. Ahora, cuando el Señor se dirige a Filadelfia, habla acerca de la gran tribulación; pero la gran tribulación no ha ocurrido todavía. Entonces, de una cosa estamos muy seguros: la iglesia en Filadelfia permanecerá hasta la venida del Señor, hasta antes de la tribulación. Y ellos serán arrebatados.

La historia de la iglesia

Lo anterior significa que estas siete iglesias representan a las iglesias

Desde la Edad Oscura hasta la venida del Señor, él está haciendo una obra maravillosa. Dios va a reedificar su iglesia, va a hacer su obra de restauración. Esa es la restauración del testimonio del Señor.

del primer siglo, pero también representan a las iglesias a través de estos dos mil años previos al retorno del Señor.

De este modo, sabemos de manera aproximada que la iglesia en Éfeso representa a la iglesia en el primer siglo; Esmirna, los siglos II y III, cuando la iglesia pasó por grandes persecuciones. A partir del siglo IV tenemos la iglesia de Pérgamo (cuyo nombre significa 'bodas'). Recordemos que el emperador Constantino abrazó el cristianismo como religión oficial, y de allí en adelante se produjo una unión entre el mundo y la iglesia. Entonces descubrimos que en Pérgamo está el trono de Satanás, así como el Señor dijo en aquella parábola del gran árbol donde vienen a anidar las aves del cielo.

Cuando llegamos a Tiatira, vemos que la iglesia entra en la Edad Oscura. Se esperaba que el mundo viese su luz, pero todo el mundo entró en tinieblas. La iglesia fue llevada cautiva a Roma. La promesa para los vencedores en aquella iglesia es la estrella de la mañana como galardón. Ahora, ¿cuándo se ve la estrella de la mañana? Cuando la noche está en su hora más oscura. ¿Qué fase tenemos aquí? Sin duda, la luna nueva.

Pero, gracias a Dios, empezando desde ese punto, él está trabajando en la iglesia por la restauración de su propio testimonio. Desde allí hasta la venida del Señor, él está haciendo una obra maravillosa. Dios va a reedificar su iglesia. Esa es la restauración del testimonio del Señor.

Recuerdo una historia real. Un día, el hermano Austin-Sparks hizo

una pregunta al hermano Watchman Nee: «En la Biblia hay muchas profecías. Ahora, dígame, ¿cuál de ellas, de acuerdo a su entendimiento, es la más difícil de todas en ser cumplida?». El hermano Nee respondió: «La que dice que el Señor se presentará a sí mismo una iglesia gloriosa».

No importa cuán oscuro sea este día, no importa cuán bajo estemos en la fase de la luna nueva, Dios nunca desiste de su obra. Por esta razón, él está llamando a los vencedores; no sólo vencedores individuales, sino corporativos, para poner el peso de Su testimonio sobre los hombros de ellos. Y si ellos son fieles al Señor, aunque sean pocas personas, si son suficientemente maduros y alcanzan esa fase de la luna llena, cuando ellos alcanzan la madurez, Dios dirá que toda la iglesia alcanzó la madurez.

Después de Tiatira tenemos la iglesia en Sardis. Sardis significa 'remanente'. Desde el siglo XVI, pasando por Lutero, Calvino y Zwinglio, vamos viendo gradualmente la luz de la luna, ya no más en la fase de la luna nueva.

Al estudiar el mensaje a Filadelfia, comprobamos que esta es la única a la cual no se le hace reproches, la única a la cual el Señor dice: «Yo te he amado». Y no sólo eso, sino que ella sabe que ya tiene la corona. Si alguien tiene corona, esto significa que es un vencedor. Entonces, hay dos tipos de vencedores en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis. Hay vencedores individuales; sin embargo, toda la iglesia en Filadelfia está constituida de vencedores, y ellos ya tienen su corona.

En la Biblia, sólo Pablo sabía que ya tenía la corona. Y nosotros sabemos que hay una sola iglesia que tiene su corona: Filadelfia. Entonces, hermanos, estamos seguros que la iglesia en Filadelfia representa la luna llena.

Sin embargo, cuando llegamos a Laodicea, tenemos decadencia nuevamente, antes del retorno del Señor. ¿Por qué hubo esa decadencia? Esta es una gran advertencia para todos nosotros. Si no hubiera una declinación después de Filadelfia, todos dirían: «Nosotros somos Filadelfia». Por eso, descubrimos que hay una iglesia en Laodicea, y otra vez, no es más luna llena.

Y así vemos la iglesia en Tiatira, la iglesia en Sardis, la iglesia en Laodicea, y también un poco de la iglesia en Filadelfia. Estas cuatro iglesias permanecerán hasta el regreso del Señor. Esto significa que, antes del regreso del Señor, uno se une a Tiatira, o permanece en Sardis, o se va con Laodicea.

Entonces, ¿cuál es el significado de Filadelfia? Ella representa la luna llena. Por tanto, sabemos que es la iglesia de acuerdo con el corazón de Dios. Entre las cuatro iglesias, ella es vencedora. Nuestro corazón desea esa iglesia.

Recuerden, Filadelfia es nuestro camino, pero nunca debe ser nuestra etiqueta. Cuando usamos el letrero de Filadelfia, es porque ya nos convertimos en Laodicea. Ahora, ¿cuál es la característica de Laodicea? Ellos saben que son ricos, están orgullosos, están satisfechos con Filadelfia como su etiqueta. Siempre que usas el

nombre de Filadelfia como tu identificación, ya no eres más Filadelfia, sino Laodicea.

Esta es una gran advertencia: después de la luna llena, hay de nuevo una caída antes del regreso del Señor. ¡Cómo deberíamos temblar ante Su presencia! Es tan claro, y es por eso que se nos muestran las siete iglesias. Las descubrimos en el primer siglo, y a lo largo de los dos mil años.

Este es el llamamiento a los vencedores. Antes de Su venida, ¿cuál es el camino de la restauración del testimonio del Señor? Él está llamando a los vencedores. Aun en Tiatira, tú puedes ser un vencedor. Madame Guyon vivió en la época de Tiatira, y fue una vencedora; el hermano Lorenzo estaba en Tiatira y también fue un vencedor. Y aunque ellos sólo tuvieron una visión muy limitada, permanecieron allí; pero Dios los consideró vencedores.

Sin embargo, si tú ves la luz, sabrás que tenemos que brillar como la luna en el universo. Nosotros tenemos que resplandecer. Pero ahora el problema es éste: ¿Estamos brillando como la luna llena? Este es el llamamiento a los vencedores. ¿Estás dispuesto a brillar como la luna llena?

Este es nuestro camino, y queremos recorrerlo en temblor y temblor, porque deseamos ser fieles hasta el final. Estamos esperando el regreso del Señor, pasando a través de muchas aflicciones, muchas incomprendimientos.

Deja que otros tengan sus megas Iglesias, que otros busquen la prosperidad. ¿Estás dispuesto tú a seguir a tu Maestro, paso a paso? Entonces se-

remos transformados a la imagen de Cristo, todo por su misericordia. No seas jactancioso, porque todo es por gracia. Nunca digas: «¡Cuán ricos somos!». Ni digas: «¡Cuán pobres son los demás!». Si ves cuán pobres son los otros, ésa es tu responsabilidad, porque tú deberías enriquecerlos. ¿Por qué tú también permaneces pobre? Deberías comprar colirio para tus ojos, para que puedas ver.

Este es el camino para la restauración del testimonio del Señor, y eso es lo que el Señor está haciendo hoy. Entonces, el método, de acuerdo con el apóstol Juan, es el siguiente: cuando la iglesia está entrando en la decadencia, cuando la luna ya no está en su fase de luna llena, Dios llama a los vencedores. Entonces, si oyes su palabra, si ves la luz, no hay razón para que permanezcas en Tiatira.

Hoy día, por la gracia del Señor, nosotros podemos andar en el camino de Filadelfia. Pero, recuerden, si no somos cuidadosos, si damos lugar a la carne, si hay jactancia, mañana estaremos en Laodicea.

Un ministerio completo

La razón por la cual la iglesia empezó a envejecer, fue a causa de la carne. La iglesia empezó a mancharse a causa del mundo. Entonces, la cruz tiene que obrar profundamente en la vida de la iglesia. La obra de la cruz va a tratar con nosotros, de manera que cualquier cosa que no esté de acuerdo con la Palabra sea eliminada. Y de esta manera no habrá más arrugas ni manchas, el orden de la iglesia habrá sido restaurado.

Pero eso no es el fin. ¿Por qué?

Cuando el Señor dice a la iglesia en Éfeso: «Arrepiéntete y haz las primeras obras», eso significa volver al libro de los Hechos. Hemos sido restaurados; ya no hay arrugas ni manchas. Pero, ¿estamos ya maduros? En la obra de restauración, el ministerio de Juan es sólo una parte; pero eso no significa que deberíamos desechar lo que Pablo hizo. Después que regresamos, tenemos que crecer. Y no sólo crecer. A menudo, somos tan ‘espirituales’ que ya no queremos predicar el evangelio. ¡No! En aquellos segundos 33 años, Pablo abrió la puerta, y el evangelio fue maravillosamente predicado.

Entonces, ¿qué significa la luna llena? Primero, que no hay más arrugas, no hay más manchas, todo está de acuerdo al orden bíblico. Pero, ¿eso es todo? Si eso es todo, cada uno de nosotros está calificado como reformador. Pero no es así; necesitamos regresar a aquellos 33 años. Por una parte tenemos que crecer hasta la madurez, y por otra parte, tenemos que predicar el evangelio a todos los rincones del mundo.

Nosotros estamos muy felices, porque hoy ya no estamos en las tinieblas; la Palabra de Dios es muy clara. Que el Señor pueda efectivamente hablar a nuestros corazones, para que seamos capaces de entender el corazón de Dios, la voluntad de Dios para los tiempos finales que hoy estamos viviendo.

La palabra de vida

Volvamos a Filipenses 2:15, al final del versículo: «...resplandecéis como luminarias en el mundo». Pero no pode-

mos detenernos aquí; si lo hacemos, no sabremos nada acerca de la restauración del testimonio del Señor. Versículo 16: «...asidos de la palabra de vida». Estas dos cosas andan juntas.

¿Cómo saber que una iglesia está en la fase de la luna llena? Esta pregunta tiene que ver con la forma en que estamos tratando con la palabra de vida. ¿Por qué? Porque podemos perder la palabra de vida.

En otras palabras, si resplandecemos como luminarias en el universo, no sólo tenemos la luna llena, sino que también la palabra de vida es plena. Por esto Pablo dice: «...asidos de la palabra de vida», porque si no lo hacemos, la palabra de vida puede disminuir, así como la luna llena vuelve a ser luna menguante. Estas dos cosas van siempre unidas.

Nosotros pensamos que, cuando Pablo había escrito Romanos y Gálatas, su revelación ya había alcanzado la cumbre, y que él ya no subiría más alto. Sin embargo, para nuestra sorpresa, desde la cárcel en Roma, en Efesios y Colosenses descubrimos una mayor revelación, y la más profunda revelación es presentada a los Filipenses. Eso es lo que sucedió. Pablo pudo escribir tales cartas. Nosotros nunca imaginamos que él podría ir más y más alto.

¿Cómo Pablo resume Romanos, Gálatas, 1ª y 2ª Corintios? La palabra de la cruz. Y, ¿cómo resume él lo que escribió en la prisión? La palabra de vida. La palabra de vida fue edificada teniendo la palabra de la cruz como fundamento. Ahora tenemos cuatro conjuntos de cartas de Pablo. Las primeras dos son las cartas a los

Tesalonicenses, que son como un prefacio a las epístolas; luego las tres cartas que empiezan con letra T: 1ª y 2ª a Timoteo, y Tito, son como un epílogo a las epístolas de Pablo. Entonces, hay un segundo y un tercer grupo: la palabra de la cruz, y la palabra de vida.

Si usamos una palabra para describir ambos grupos, tenemos: el segundo, la cruz, y el tercero, el Cristo. Entonces Pablo dice: «No conozco nada, sino a Cristo, y a este crucificado». Cuando él escribió la carta a los Filipenses, la palabra de Dios en Pablo había alcanzado su plenitud. Aquí vemos que la palabra de vida es plena.

Ahora nosotros sabemos cómo es el crecimiento, porque la obra de Dios es completa. Anteriormente, Pablo experimentó el crecimiento en su vida, por eso llegó a ser una persona espiritual. Pero él no podía ayudar a otros a ser espirituales. Si quería ayudar a otros, él debía recibir la palabra. Sólo cuando recibió la palabra fue capaz de explicar su experiencia.

Todo lo que está relacionado con la vida, constituye la palabra de vida. Con esa palabra de vida, nosotros sabremos cómo crecer desde la niñez, pasando por la adolescencia, hasta llegar a la edad adulta. Ahora no sólo Pablo puede ser espiritual. Gracias a la palabra de vida, tú y yo también podemos serlo. Cuando crecemos hacia la madurez, somos transformados a la imagen de Cristo. La palabra de vida nos señala cómo la vida de Cristo puede crecer en nuestras vidas individuales y también en la vida corporativa.

Ahora, hay una posibilidad de que perdamos la palabra de vida, en alguna forma. Esta palabra de vida es plena, sin embargo si pierdes una parte de ella, eres como la luna en su cuarto creciente. Estas dos cosas deben marchar juntas. Por eso Pablo dice: «...asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado».

Aquí hay un peligro. La iglesia en Filipos, o la iglesia en Éfeso, habían oído tanto, habían visto casi la plenitud de la palabra de vida; pero si no eran cuidadosos, si no estaban asidos de la palabra de vida, Pablo hubiese corrido en vano o trabajado en vano.

Aunque la iglesia permanezca en la etapa de niñez, siempre en la fase de luna nueva, la iglesia es iglesia. Ellos nacieron de Cristo, nacieron de lo alto. Pero, de alguna forma, Pablo tiene una insatisfacción – la insatisfacción del corazón de Dios. Pero, cuando la iglesia está en la fase de luna llena, la palabra de vida es también plena. Cuando vemos la palabra de vida en su plenitud, vemos todo el plan del camino del crecimiento de la iglesia. Así, al final, Cristo se presentará a sí mismo una iglesia gloriosa.

Cuando miramos hacia las siete iglesias, hay una regla muy importante para medir en qué fase del testimonio de la iglesia nos encontramos, cuánto de la palabra de vida ha sido guardada. Eso casi puede determinar en qué fase de la luna estamos.

El ejemplo de Romanos

Cuando llegamos a la palabra de vida, yo pienso que necesitamos de

toda la Biblia. Pero, en realidad, no necesitamos ir tan lejos. A fin de entender la restauración del testimonio del Señor, simplemente intentaremos revisar la palabra de una manera muy simple.

Por ejemplo, si uno lee Romanos y se limita a los primeros ocho capítulos, allí encuentra la palabra de vida, cómo esa vida nace de nuevo, cómo crece y cuál es la meta de ese crecimiento. En esos ocho capítulos, tenemos primero la justificación por fe, luego la santificación por fe y al final la glorificación por fe.

Cuando nacimos de nuevo, nosotros recibimos una nueva posición, para que podamos estar en pie en la presencia de Dios. Aun siendo pecadores, podemos estar en su presencia, por medio de la preciosa sangre de nuestro Señor Jesús. Nosotros somos justificados por fe. En el Lugar Santísimo, estamos a sus pies. Esa es nuestra posición, ese es el cielo en la tierra.

Ahora, después que fuimos salvados, experimentamos la justificación por la fe. A causa de esta posición, nosotros siempre podemos permanecer en su presencia, y obtenemos toda la energía de Dios mismo. Esa energía y ese poder nos va a sostener para poder vivir una vida santa. Esa es la santificación por la fe.

Si nosotros estamos en pie delante de Dios, es gracias a la justificación por la fe. Eso significa que hemos sido libres de la ira de Dios. Pero, gracias a Dios, cuando vivimos una vida santa, significa que fuimos libertados del poder del pecado. Más que eso, un día, la presencia del pecado

desaparecerá para siempre. Cuando el Señor vuelva, nuestros cuerpos serán transfigurados, y nosotros seremos liberados también de la presencia del pecado.

Primero, somos libertados del juicio del pecado; segundo, libertados del poder del pecado, y finalmente, la glorificación, la transformación de nuestro cuerpo, significa ser libertados de la presencia del pecado. Cuando hablamos de la justificación por fe, eso significa regeneración; cuando hablamos de santificación por fe, significa transformación. Y cuando hablamos de glorificación, nos referimos a la transfiguración.

La justificación significa que fuimos salvados; esto ya fue hecho. Pero cuando hablamos de transformación, nos referimos a la salvación de nuestras almas – nosotros vamos siendo transformados día a día. Eso significa que estamos siendo salvados hoy. Pero seremos salvados aquél día, cuando el Señor regrese. De modo que el proceso completo comprende la justificación por fe, la santificación por fe, y la glorificación por fe.

Y más aún, cuando hablamos de la glorificación por fe, pensamos en el día del retorno del Señor. Nosotros seremos como él es, seremos transfigurados. Esto es la glorificación. Y más todavía, lo que Pablo intenta decirnos es que entre hoy y aquel día, si nosotros miramos a nuestro Señor a cara descubierta, vamos siendo transformados a su semejanza, de gloria en gloria.

Pablo nos dice que Dios tiene un propósito: que nosotros seamos transformados a la imagen de Cristo.

Entonces, no sólo habrá glorificación en aquel día, sino también hoy día.

¿Qué es la glorificación? De acuerdo con la definición de Pablo, significa ser transformados a la imagen de Cristo. Entonces, hermanos, tenemos la justificación por la fe –la infancia–, la santificación por la fe –la adolescencia– y la glorificación por la fe – la edad adulta. Nosotros crecemos día a día, hasta llegar a la vida madura. Y eso no sólo se aplica a los creyentes individuales, sino también a la iglesia en general.

La plenitud de la palabra

Esa es la plenitud de la palabra de vida. Sin embargo, Pablo nos advierte: «...*asidos de la palabra de vida*». Si no somos cuidadosos, no alcanzaremos la plenitud de la palabra de vida. Probablemente conoces la justificación por la fe, y eso es todo. Sólo conoces la salvación inicial, y nada más. Y otras personas aprendieron cómo vivir una vida santa, sin embargo no saben que aún tienen que crecer más y permitir que la hermosura y gloria de Cristo sean manifestadas en nosotros.

Existe el peligro de que sólo tengamos una parte de la palabra de vida. Gracias a Dios, algunas personas creen firmemente en la justificación por la fe, otras experimentan la santidad. Pero la palabra de Dios es esta: justificación por fe, santificación por fe, y glorificación por fe.

Ahora, nuestra luz será obtenida de nuestra vida. Nuestra vida depende de la palabra de vida. Entonces, si no somos diligentes y no llegamos a

la plenitud de la palabra de vida, tarde o temprano, eso se reflejará en nuestro testimonio. Tú puedes ver a muchas personas que conocen muy bien la salvación; pero nuestro Dios nunca estará satisfecho hasta que vea a todos sus hijos creciendo hasta la madurez.

Ahora, ¿cómo sabemos que una iglesia está en la fase de la luna nueva? Toda iglesia, como su nombre lo indica, es una iglesia. Pero en lo que se refiere a la salvación, es posible que ellos no conozcan la justificación, ni la santificación, ni la glorificación, y eso lo explica todo. Si usamos esta regla para medir a lo largo de la historia de la iglesia, vamos a aprender lecciones maravillosas.

Desde el siglo XVI hasta el siglo XXI, Dios ha estado trabajando en la restauración del testimonio del Señor. Ahora vemos que no se trata sólo de restaurar el orden en la iglesia. Sí, nosotros hemos hecho algún tipo de contribución; sin embargo, eso nunca va a llenar la medida de Dios. Que el Señor tenga misericordia de nosotros. Esto es muy importante si nosotros nos reunimos juntos como iglesia y estamos esperando el retorno del Señor.

Hermanos, ¿cómo podemos nosotros crecer juntos? Esto depende de si tenemos o no esa revelación de la palabra de vida. Gracias a esta palabra, nosotros podremos contemplar cómo esto se refleja en nuestro testimonio. Que el Señor abra nuestros ojos para que realmente podamos ver la restauración de su testimonio.

(Resumen de un mensaje impartido en la 2ª Conferencia Internacional, septiembre 2005).

El caminar del cristiano ejemplificado en los patriarcas del Antiguo Testamento.

De la cruz a la gloria

2ª Parte

Hoseah Wu



Noé y la vida escondida en Dios

Noé es el tipo de un hombre que no sólo anduvo con Dios, sino que tuvo un caminar escondido en Dios. La manifestación externa de nuestro caminar depende de esa vida escondida que tenemos con él, porque aquello que está en el interior es real, y Dios está mirando hacia el corazón. Dios está muy interesado en tu condición interior. Noé nos habla de una vida escondida en Dios. Cuando Noé y su familia entraron en el arca, Dios cerró la puerta – Dios deseaba que Noé hiciera de aquella arca su habitación permanente.

Dios no quería que Noé estuviese en el arca por un tiempo breve. Cuando Dios cierra la puerta, lo hace con una buena razón, y si él encierra a alguien dentro del arca, no hay cómo escapar. Aquella era una gran arca, una verdadera vivienda flotante. Uno está en el arca para permanecer, por eso Noé nos habla de una vida escondida. Cuando nosotros tenemos una vida escondida, Dios nos puede revelar el secreto de su corazón.

Estoy seguro que cuando ustedes hablan con otros, descubren quiénes conocen las cosas profundas de Dios, y al saber cómo viven, descubren que

ellos viven una vida escondida. Dios está buscando a aquellos a quienes puede confiar sus secretos, porque a ellos usará como vasos para hacer su obra de restauración.

Tenemos que ser libertados de apariencias externas; necesitamos desarrollar una vida interior muy fuerte en el espíritu. Esa es la vida en el Señor que poseía Noé; por eso, Dios podía hablar con él libremente. Vamos a leer algunos pasajes y a ver cómo Dios hablaba libremente con Noé.

«Dijo, pues, Dios a Noé: *He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra*» (Gn. 6:13). Así, Dios habló de juicio. Después, él revela a Noé su manera de salvar a aquellos que él quería que escapasen del juicio: «Hazte un arca...» (v. 14). El juicio viene; sin embargo, hay un camino: hacer un arca. Y Dios da a Noé las instrucciones específicas para su construcción: «Y de esta manera la harás» (v. 15). Y el verso 22 dice: «Y lo hizo así Noé; hizo conforme a todo lo que Dios le mandó».

El arca fue construida durante unos ciento veinte años, y cuando estaba ya lista, Dios dijo: «Esta es para tí, para tu esposa, para tus tres hijos y sus esposas». Sin embargo, Dios agregó: «Toma contigo siete parejas de animales limpios, y dos parejas de todos los otros animales. Quiero que pongas estas vidas dentro del arca, para que sean preservadas con tu vida».

Recientemente, en una Conferencia en Nueva Jersey, un hermano nos dio una muy buena explicación de cómo esos animales pudieron entrar

en el arca. Dios dijo: «Pon todos esos animales contigo en el arca». Hermanos, ¿cómo hizo Noé para poner a todos esos animales dentro del arca? Cuando Noé entró en el arca, entonces entraron también los animales.

En el exterior, había muerte y juicio, pero la vida de todos aquellos animales dentro del arca fue preservada. Si aquellos animales pudieran hablar, ellos dirían: «Doy gracias a Dios porque le habló a Noé acerca del arca, y doy gracias a Dios por la obediencia de Noé al construir el arca. Mi vida ha sido preservada porque Dios habló a Noé, y Noé fue obediente».

Recientemente, tuve una experiencia inusual. En una Conferencia de jóvenes en Toronto (Canadá), hacíamos nuestras oraciones matinales, y en una ocasión un hermano oró diciendo: «Señor Jesús, doy gracias por tu obediencia; si no fuese por tu obediencia, yo no estaría aquí». Si nosotros estamos en el arca sanos y salvos, es a causa de la obediencia de nuestro Señor Jesús. No tenemos cómo agradecerle al Señor.

Nuestra obediencia es a menudo gracia salvadora para los que están a nuestro alrededor. Cada una de las asambleas locales que el Señor en su soberanía ha levantado, ha sido posible porque hay unos pocos que están dispuestos a obedecer la voluntad de Dios. De eso nos habla la vida de Noé.

También en nuestras familias, la restauración espiritual de los hijos depende de la obediencia del padre o de la madre. A causa de la obediencia de Noé, muchas vidas fueron preser-

vadas. A causa de la obediencia de Cristo, somos lo que somos hoy. Gracias a Dios por la obediencia de Jesucristo, obediencia que lo llevó hasta la muerte, y muerte de cruz.

Sabemos que hay dos tipos de muerte. Hay un tipo de muerte que es causada por el pecado, es un tipo de muerte justa. Si pecamos y morimos a causa de ello, eso es justicia. Sin embargo, hay otro tipo de muerte distinta. Pablo, en su segunda carta a los corintios dijo: «La muerte opera en mí para que la vida pueda obrar en vosotros». No es la muerte a causa del pecado, sino el morir para dar vida a otros.

Así, Noé estaba dispuesto a obedecer, y él sufrió, fue ridiculizado; sin embargo, él tuvo por verdadera la palabra de Dios, y no sólo trajo salvación a sí mismo, sino a toda su familia y a toda la creación. Y no es de sorprender que en Romanos se dice que toda la creación gime por la adopción de los hijos, es decir, toda la creación está aguardando ser liberada de la maldición. Cuando nosotros lleguemos a la madurez que Dios desea, toda la creación será restaurada.

Abraham y los altares

Como sabemos, Dios se apareció y habló con Abraham por lo menos seis o siete veces. Y Abraham levantó cuatro altares. Vamos a referirnos al principio relacionado con esos altares. El altar nos habla de la cruz. Por una parte, el altar nos habla de adoración, de comunión con Dios. Sin embargo, es también el lugar donde Dios habla contigo. Dios nos habla cuando le adoramos.

Nosotros tenemos la idea errada de que cuando estamos adorando, Dios está pasivo. Pero esta es una comprensión equivocada. Les daré un ejemplo: Dios llamó a Moisés a subir al monte Sinaí por lo menos dos veces, por períodos de cuarenta días y cuarenta noches. En ambas ocasiones, Moisés se acercó a Dios para adorarlo. No es posible acercarse a Dios sin adorarlo. Dios está siempre más dispuesto a dar que a recibir algo de nosotros. Cuando nosotros le adoramos, damos a Dios una oportunidad para que él nos dé más de sí mismo.

¿Cómo recibió Moisés el modelo del tabernáculo? ¿Cómo recibió él los Diez Mandamientos? Acercándose a la presencia de Dios, y adorando en su presencia. Nosotros pensamos que nos acercamos a Dios para satisfacerle a él; sin embargo, cuando le adoramos, nosotros somos satisfechos. Durante los cuarenta días y cuarenta noches que Moisés estuvo en el monte sin comer ni beber, ¿quién le satisfizo a él? Dios satisfizo a Moisés.

Cuando Dios te satisface, no necesitas nada más. Estas son algunas de las cosas que tenemos que aprender juntos.

More, en Siquem

Entonces, llegamos al primer altar de Abraham: «*Y pasó Abram por aquella tierra hasta el lugar de Siquem, hasta el encino de More; y el cananeo estaba entonces en la tierra. Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido*» (Gén. 12:6-7).

Cuando llegamos a donde Dios nos envía, entonces él puede empezar a enseñarnos. Dios no podía enseñar a Abraham mientras éste estaba en Mesopotamia. Ni podía enseñarle nada cuando estaba en Harán. Sólo cuando Abraham llegó al lugar que Dios le había mandado, entonces Dios podía empezar a enseñarle.

Este es un principio muy importante. Hay personas que son enseñadas por Dios todo el tiempo; en cambio, otros no reciben enseñanza en ningún tiempo. Unos están aprendiendo siempre más de Cristo; sin embargo, hay otros que nunca aprenden algo más sobre él. Para aprender de él, hay que estar en el lugar donde él nos ha ordenado; entonces él nos enseñará.

¿Cuál es la primera lección que nos está enseñando? 'More' significa enseñar, o ser enseñado; 'Siquem' significa hombro. O sea, si queremos aprender algo de Dios, tenemos que estar preparados para responderle a él. Cuando llegamos al lugar donde Dios nos ha ordenado, él nos puede enseñar una lección muy preciosa. Es en el lugar donde Dios nos ha ordenado, que somos capaces de cumplir con nuestras responsabilidades, porque todo aquello que él nos pide, primero nos lo da.

Dios es justo. Antes que él nos pida alguna cosa, él ya ha hecho la provisión. Cuando llegamos al punto donde Dios nos ha ordenado, allí estará su provisión, y ahora él podrá enseñarnos y seremos capaces de responder. Y eso es muy importante para aquellos que están buscando al Señor y para aquellos que quieren

ver el testimonio del Señor totalmente restaurado: Tenemos que estar con él donde él quiere que estemos y oír su palabra, y responder a su palabra. Y la razón por la cual nos enseña es porque él mismo ya nos ha dado la capacidad de responder.

Bet-el

El segundo altar es Betel. De un lado tenemos Betel, y del otro tenemos Hai. Abraham construyó un altar allí, y la Biblia nos dice que él construyó ese altar por una razón: para invocar al Señor. Ahora, cuando deseamos responder a Dios, descubrimos que en nosotros está la carne. Abraham edificó ese segundo altar para invocar el nombre del Señor, porque él descubrió que en sí mismo no tenía esperanza. Él deseaba responder, pero descubrió que la carne aún estaba en él. Es decir, cuando estamos en el lugar que Dios nos ordenó, vamos a descubrir nuestra propia carne, y es en ese lugar que Dios tiene una vía para tratar con la carne.

Ayer compartíamos con los jóvenes que si nosotros no vemos cuán terrible es nuestro pecado, nunca vamos a pedir a Dios que nos libre del pecado. Lo mismo ocurre con la carne. Si no vemos cuán aborrecible es la carne a los ojos de Dios, nunca clamaremos por liberación. Es en el lugar de Dios, o sea, en Cristo, que todo esto es expuesto, no para condenarnos, sino para libertarnos.

Abraham percibió que había carne en él, y él quiso invocar el nombre del Señor y pedir ayuda. Un hermano dijo que uno de los motivos por los cuales invocamos el nombre del Se-

ñor es porque hemos reconocido que en nosotros no hay solución. Si no sabemos cuán incapaces somos, nunca vamos a clamar por la ayuda de Dios.

Así que Dios le estaba enseñando a Abraham que en él todavía hay carne que precisa ser tratada por Dios. De manera que Dios permite que venga el hambre sobre la tierra, y Abraham empieza a discurrir cómo podrá preservar su propia vida. La tierra prometida no tenía comida; pero había comida en Egipto. ¡En Cristo, la tierra prometida, no hay comida; sin embargo, hay comida en el mundo!

La carne es débil. Cuando Abraham fue a Egipto, descubrió cuán terrible era su carne. Trajo vergüenza para sí mismo y para su familia, y fue rechazado. Finalmente, regresó a Canaán. El lugar adonde él regresó otra vez fue hacia el altar en Betel. Ese es el altar de la restauración, el altar donde la carne va a ser salvada, cuando clamamos a Dios para ser libertados de ella.

Mamre

Vamos a ver ahora el tercer altar, al final del capítulo 13. Conocemos la historia, después de la separación de Lot. El tercer altar estaba en el lugar llamado Mamre, que significa fuerza, riqueza. O sea, cuando nosotros estamos dispuestos a aprender, dispuestos a permitir que nuestra carne sea tratada, entonces podemos llegar a un lugar de riqueza. Es cuando la carne ha sido tratada, que Dios nos puede confiar sus riquezas.

Ustedes recuerdan la contienda entre los siervos de Abraham y los de

Nosotros pensamos que nos acercamos a Dios para satisfacerle a él; sin embargo, cuando le adoramos, nosotros somos satisfechos.

Lot. Abraham dijo: «Ese no es un buen testimonio delante de los cananeos; somos hermanos y no debemos pelearnos». Él fue muy generoso. La tierra le había sido prometida a él. Sin embargo, dijo a su sobriño Lot: «Toma lo que tú quieras; si vas hacia la derecha, yo iré a la izquierda; si vas a la izquierda, yo iré a la derecha». Esto iba contra las tradiciones propias del oriente, pues la costumbre era respetar a los más ancianos, y éstos tenían el derecho de escoger. Sin embargo, Abraham estaba dispuesto a renunciar a sus derechos.

Y aquí tenemos un principio muy importante: Para descubrir las riquezas de Dios, tenemos que estar dispuestos a renunciar a nuestros derechos, tenemos que rehusarnos a buscar nuestro propio bien. Santiago dice que toda buena dádiva viene de lo alto, de Dios. Con esto, Abraham nos dice: «Mis riquezas están con Dios. Yo no voy a pelear; dejaré todo en las manos de Dios». Y cuando él hizo eso, encontró la verdadera riqueza en su Dios, y estaba tan agradecido y tan satisfecho, que no deseaba nada más.

Una persona que está verdaderamente satisfecha con Dios no es al-

guien que esté siempre deseando tener cosas para sí misma. Aquí está la prueba. Al principio del capítulo 14, tenemos el relato de la guerra entre los reyes, y cómo Abraham y sus siervos rescataron a Lot. Cuando ellos regresaron victoriosos, el rey de Salem bendijo a Abraham, él vino sólo para confirmar la bendición de Dios sobre la vida de Abraham. Dios ya lo había bendecido, y el rey vino a confirmar ese hecho. Y cuando el rey de Sodoma quiso dar a Abraham algunos de los despojos de la batalla, Abraham los rechazó.

«Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; y le bendijo, diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo. Entonces el rey de Sodoma dijo a Abram: Dame las personas, y toma para ti los bienes. Y respondió Abram al rey de Sodoma: He alzado mi mano a Jehová Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra, que desde un hilo hasta una correa de calzado, nada tomaré de todo lo que es tuyo, para que no digas: Yo enriquecí a Abram» (Gén. 14:18-23).

Nosotros ya hemos sido bendecidos ricamente, porque Dios ya nos ha dado todo. ¿Qué más podríamos pedir? Siempre yo veo hermanos y hermanas, como ahora cuando he venido a Chile, y cuando veo a los hermanos sonriendo, pienso que ellos ya están tan bendecidos. ¿Qué más puedo decir? Entonces, lo que estamos haciendo es descubrir juntos nuestras riquezas. Es la ocasión en que nosotros descubrimos cuáles

son las riquezas que ya tenemos en Cristo Jesús.

Cuando somos bendecidos, ya no queremos nada del mundo. Este mundo no nos puede satisfacer, el mundo religioso no puede satisfacernos. Sin embargo, damos gracias a Dios, porque él ya nos ha satisfecho plenamente, y todo lo que hemos de hacer es simplemente descubrir todo lo que Dios ya nos ha dado. No es necesario siquiera pedir, sino sólo descubrir lo que ya hemos recibido.

Moriah

Y, finalmente, el último altar. Este es el más significativo. Esta es una crisis en la vida de Abraham. Es una prueba real de la fe que Abraham tenía en su Dios, una prueba de amor del corazón de Abraham para con su Dios. Cuando Dios se apareció a Abraham en esta ocasión, no hubo promesas, sino sólo una orden. El amor tiene sus demandas.

El hermano Stephen Kaung dice que, cuando Abraham ofreció a Isaac, fue el momento en que Abraham fue más parecido a Dios. Cuando Abraham ofreció a su hijo, él testificó acerca de cómo es Dios, y Dios se agradó de Abraham, y reafirmó su pacto con él. Y de esta ofrenda de Isaac, Rebeca entra en escena. Y de la resurrección de Isaac, él ganó una novia para sí mismo.

Yo quiero que ustedes consideren la diligencia, la determinación de Abraham para obedecer la demanda de Dios, sin dudar. Cuando alguien nos hace una demanda que parece sin sentido, es común que uno dude. Pero aquí Abraham no dudó de Dios.

Hemos visto como Abraham actuó de manera decidida. Él sabía que Dios no era alguien irrazonable. Porque la promesa de Dios a Abraham es que a través de su simiente él sería bendecido, y Dios no puede ir en contra de su palabra. Abraham pensó que si él sacrificaba a su hijo era responsabilidad de Dios hacerlo resucitar. Dios no puede fallar.

«Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo:

Abraham. Y él respondió: Heme aquí»

(Gén. 22:1). En el versículo 2, Dios hizo la demanda, y en el versículo 3, Abraham respondió de inmediato. *«Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo»* (v. 3). Inmediatamente, él hizo todo. Este pasaje está lleno de acción, para obedecer la demanda de Dios. Es un versículo que habla profundamente a mi corazón.

«Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo

Abraham a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros» (v. 4-5). *«¡Volveremos a vosotros!»*. Hermanos y hermanas, Dios no es un Dios de muerte, es un Dios de vida. En medio de la muerte, él da vida; ése es el poder de la resurrección, ése es el poder de Dios.

En medio de lo imposible, Dios dice: *«Es posible»*. En medio de la muerte, hay vida. Nuestro testimonio es que, en medio de la muerte, hay vida. En medio de la aparente derrota, hay gran victoria. Es así como no-

sotros vemos. Y gracias a Dios, porque es él quien preserva su testimonio, que pasa a través de muchos ciclos de muerte y resurrección. Ese es el camino de Dios: la vida que sale de la muerte.

El testimonio de la iglesia tiene el lado de la muerte, y también el lado de la resurrección. Muerte y resurrección. Sin muerte, no hay resurrección. Abraham sabía que, aunque había muerte, Dios era el Dios de la resurrección.

Al concluir, quisiera alentar a los hermanos y hermanas. En China, después de que los comunistas tomaron el poder, muchos concluyeron que el cristianismo iba a desaparecer, porque el comunismo es básicamente anticristiano. Después que los comunistas tomaron el gobierno, todos los misioneros fueron expulsados del país y muchos siervos de Dios fueron encarcelados, y muchos murieron en la prisión. Podríamos pensar que eso era el fin. Pero en medio de la muerte, hubo resurrección, hubo vida.

Muchos pueden testificar que China es hoy uno de los pocos lugares donde podemos encontrar el verdadero testimonio de Jesucristo. Los creyentes allí dan gracias a Dios por la persecución y dan gracias por el comunismo, y ellos dicen que el comunismo y la persecución los purificaron y los hicieron uno en Cristo. El testimonio es que, en medio de la muerte, hay vida; en medio de la derrota, hay victoria, y eso es para que Dios reciba la gloria.

(Resumen de un mensaje impartido en la 2ª Conferencia Internacional, septiembre 2005).



Una Casa

2ª Parte

para Dios

Gino Iafrancesco

La obra del tabernáculo en el desierto como alegoría de la edificación de la Iglesia.

Las tablas

Y *harás para el tabernáculo tablas de madera de acacia, que estén derechas»* (Éx. 26:15). Esto es bien complicado, pues las acacias son bien torcidas – como nosotros. Pero el Señor toma lo torcido, y lo endereza. Gracias a Dios que él no esperó que fuéramos derechos – nos tomó tan torcidos como somos, pero él nos endereza.

«*La longitud de cada tabla será de diez codos, y de codo y medio la anchura*». Aquí vuelve a aparecer el número 10, que habla de la universalidad. Cada tabla tiene diez codos de largo, y codo y medio de ancho. Todas las tablas son iguales. Dios no hace acep-

ción de personas. No importa la raza, la clase social, la nacionalidad, la cultura. Eso no cuenta para él. Lo que el Señor valora es que le pertenezcan a él. Dios quiso tener toda clase de seres humanos. Para él, cada hombre tiene el mismo valor.

Pero ahora aparece un problema. Dice: «*...y de codo y medio la anchura*». Vemos que la anchura no es una medida completa. El número 'uno y medio' es un número imperfecto. El número de Dios es 3, un número completo, perfecto. Pero 'uno y medio' quiere decir que no está completo, que esa tabla tiene que estar con otra tabla. Juntos, tenemos tres.

Esas tablas nos hablan de los cre-

yentes. Los creyentes somos miembros de un cuerpo; no podemos ser completos en nosotros mismos; necesitamos a nuestros hermanos. Por eso, el Señor Jesús dijo: «...*donde están dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos*» (Mat. 18:20).

Hay promesas que fueron dadas a la iglesia. Por ejemplo, dice el Señor Jesús: «...*las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*» (Mat. 16:18), contra la iglesia. Si yo, como individuo, según mi pensamiento y ocurrencia, pretendo cobijarme bajo esa promesa, ella no es para mí. Las promesas dadas a las personas, son para las personas; pero las promesas presentadas a la iglesia, es como iglesia que podemos obtenerlas.

Entonces, la promesa de que las puertas del Hades no prevalecerán, es una promesa hecha a la iglesia, como iglesia. Tenemos que tener conciencia de iglesia, es decir, que no eres tú solo, ni yo solo, ni la suma de dos solos, sino Cristo entre los dos. «...*si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho*» (Mat. 18:19). Tenemos que ponernos de acuerdo, y ese acuerdo es el mismo Señor Jesús, porque él es nuestra paz. Por eso las tablas no tienen la anchura suficiente en sí mismas; tienen una media medida, mostrándonos que tenemos que estar en comunión con el otro, para hacer la medida completa.

Dios quiere que estemos en comunión. Por eso, Eclesiastés 4 nos habla de que «cordón de tres dobleces no se rompe pronto» (v. 12) y que «*Mejor son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo*» (v. 9).

El hermano Watchman Nee nos recordaba este principio en aquel pasaje donde dice que uno perseguirá a mil, y dos perseguirán a diez mil. Si yo, por mi lado, persigo mil, y él, por su lado, persigue mil, se nos escapan ocho mil. Pero si juntos perseguimos al enemigo, ¡vencemos a diez mil! No es uno más uno. No, aquí no es cuestión de sumar.

El hermano Nee también daba un ejemplo: Si usted tiene un vaso, y ese vaso se quiebra en pedazos, y en cada pedacito usted coloca la máxima cantidad de agua posible, al juntar todos los pedacitos, esa cantidad de agua es poca. Pero si todos ellos forman un solo vaso, el vaso puede contener más agua. Por eso, uno perseguirá a mil, pero dos no sólo a dos mil, sino a diez mil. «*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo...*», dice el Señor. Ese es el principio de la iglesia.

Verso 17: «*Dos espigas tendrá cada tabla, para unirlas una con otra; así harás todas las tablas del tabernáculo*». Dios quiere que las tablas estén unidas una con la otra. Esos encajes nos hablan de cómo son unidas una tabla con la otra. Cada tabla está sobre bases de plata, y se une mediante una espiga, un ensamble, con la tabla que está a su derecha y con otra espiga a la que está a su izquierda. Las tablas están unidas una con la otra. Somos una misma cosa – somos su Cuerpo.

Continuamos leyendo. Dice el verso 18: «*Harás, pues, las tablas del tabernáculo...*». Había que prepararlas; eran acacias. Juan el Bautista dijo: «*Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que*

Dios quiere que tengamos hermanos con narices largas, que a veces se meten donde uno no quisiera, y también hermanos con narices chatas... Dios ha engendrado toda clase de hijos, y son nuestros hermanos.

no da buen fruto se corta y se echa en el fuego» (Luc. 3:9). O sea, que esos árboles representan a los seres humanos, bien torcidos, como las acacias. Pero dice: *«Harás, pues, las tablas para el tabernáculo...»*. O sea, evangelizarás a las personas, las discipularás y, de esas acacias torcidas, harás tablas para el tabernáculo.

Y ahora, dice lo siguiente: *«...veinte tablas al lado del mediodía, al sur. Y harás cuarenta basas de plata debajo de las veinte tablas; dos basas debajo de una tabla para sus dos espigas, y dos basas debajo de otra tabla para sus dos espigas. Y al otro lado del tabernáculo, al lado del norte, veinte tablas, y sus cuarenta basas de plata; dos basas debajo de una tabla, y dos basas debajo de otra tabla»*. Ya van cuarenta tablas y ochenta basas.

La plata, en la Biblia, representa la redención. El siclo del rescate, la moneda del templo, era de plata. Cada uno debía pagar un siclo de plata por su rescate. Quiere decir que la redención es el precio que pagó el Señor para recuperarnos, y está representada por la plata. Por tanto,

una tabla sobre basas de plata quiere decir que son personas redimidas. Y cuando son dos basas, es confirmación, es seguridad, es verdad: esas personas son salvas, y pertenecen a la casa de Dios.

Desde cada basa, hay una espiga a su derecha, y una espiga a la izquierda. Esto quiere decir que tenemos que unirnos no sólo con los de la derecha, sino también con los de la izquierda; con estos hermanos... y con aquellos hermanos. En lo natural, a veces, nosotros, a veces, tenemos preferencias; pero en la comunión nunca deben prevalecer las preferencias humanas.

El ser humano, en sí mismo, tiene simpatías y tiene antipatías; pero, en la casa de Dios, ni las simpatías, ni las antipatías deben tener lugar. En la casa de Dios, la inclusividad de Cristo: todos los que él recibió son nuestros hermanos. Nosotros no podemos escoger hermanos; tenemos que aceptar a los hermanos que nuestro Padre engendró. No somos nosotros los que decimos cuáles hermanos nos gustan; es Dios el que dice quiénes son nuestros hermanos.

Dios quiere que tengamos hermanos con narices largas, que a veces se meten donde uno no quisiera, y también hermanos con narices chatas... Dios ha engendrado toda clase de hijos, y son nuestros hermanos. Por eso, cada tabla debe estar dispuesta a ser unida con las demás tablas, por un lado, y por otro lado.

Yo sé que hacer el ejercicio de estar unido con personas que nos son simpáticas, es fácil. Pero, en Cristo, debemos ejercitarnos en tener comu-

nión con los hermanos que a la carne le resultan antipáticos. Es fácil abrazar a los que nos agradan, pero debemos abrazar a todos, porque a Dios le agrada; debemos tener como hermanos a los que Dios tiene como hijos. A quienes el Señor recibió, nosotros debemos recibirlos.

Nuestra receptividad de los hijos de Dios debe ser la misma de Dios. La iglesia no puede ser menor de lo que es. Tampoco puede ser mayor. Tienen que estar las tablas en basas de plata – tienen que ser personas redimidas. Pero, todos los redimidos, todos los que Su sangre limpió, y los que Su Espíritu regeneró, son nuestros hermanos. Nuestro corazón debe ensancharse para que puedan caber todos los que caben en el corazón del Señor.

Dios ordenó veinte tablas al norte, veinte tablas al sur, seis al occidente y dos tablas en las esquinas. Verso 22: «*Y para el lado posterior del tabernáculo...*». Posterior, porque el Señor comenzó en oriente, porque el sol sale en oriente. El lado posterior es en occidente, porque el sol circula hacia el occidente. «*...harás seis tablas. Harás además dos tablas para las esquinas del tabernáculo en los dos ángulos posteriores...*».

En el oriente, Dios no colocó ninguna tabla. En el occidente colocó seis, y en la esquina entre el occidente y el norte, y en la otra esquina entre el occidente y el sur, colocó una tabla y otra tabla. Las tablas del norte y del sur tienen esta dirección, y las del occidente esta otra dirección; pero las tablas de las esquinas no tienen ni la una ni la otra, sino que son obli-

cuas, pero unen a las dos. $20 + 20 + 6 + 1 + 1 = 48$ tablas.

Dios escogió que en su casa hubiese cuarenta y ocho tablas – el cuerpo de Cristo representado en cuarenta y ocho tablas. 48 es el resultado de multiplicar 6×8 . El número 6 es el número del hombre, creado al sexto día. Pero el 8 es, después del 7, un nuevo comienzo; representa la resurrección. El hombre fue hecho al sexto día. Después de caer, se convirtió en un viejo hombre. Pero, al ser redimido, resucitado juntamente con Cristo, es un nuevo hombre. Por lo tanto, las 48 tablas representan el nuevo hombre, el cual es el cuerpo de Cristo. (Ver Efesios 2:11-16).

Veamos por qué en el oriente no hay ninguna tabla: porque el Señor es celoso. Por una parte, él dijo: «*No tendrás dioses ajenos delante de mí*» (Éx. 20:3). Y también el Señor Jesús dijo: «*Ni seáis llamados maestros...*» (Mat. 23:10). La palabra allí no es *didaskalos* como aparece en Efesios 4, que se traduce como maestros o tutores. En Mateo 23, donde Reina-Valera dice *maestros*, la palabra es *cateketes*, de donde deriva 'catequista', que significa *modelo*. Podemos tener hermanos que nos enseñen, pero no podemos tenerlos como modelos.

Muchos hermanos nos pueden enseñar. Dios quiere que en la iglesia nos enseñemos unos a otros, nos exhortemos unos a otros, y que aquel que tiene ese don de enseñar, enseñe. Puede ser un *didaskalos*, pero no un *cateketes*; no un maestro en el sentido de modelo. A ninguno llaméis maestro en el sentido de modelo al cual amoldarse, porque uno es vuestro

cateketes, uno es vuestro catequista, uno es vuestro modelo, el Cristo.

Por eso, en el oriente no puede haber ninguna tabla, porque no hay otro mediador entre Dios y los hombres. Todas las tablas están alrededor, todos juntos le hacemos recepción al Señor, todos miramos al oriente. Nos orientamos por el oriente, y el Sol de justicia es el Hijo de Dios. Sale por el oriente, tiene entrada directa, sin mediadores, en el cuerpo de Cristo. En la puerta del oriente, sólo podía entrar Dios. El príncipe entraba por un costado. Hoy en día, la puerta del oriente está cerrada. Nadie puede entrar por ella, sólo el Mesías.

Al lado de la puerta del oriente, hay una puerta angosta por donde el príncipe –por representar autoridad– tiene que pasar con cuidado; porque por la puerta del oriente sólo puede entrar el Señor. Por eso dice: *«Porque hay ... un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre»* (1ª Tim. 2:5). *«...nadie viene al Padre, sino por mí»* (Jn. 14:6).

Todas las tablas tienen la misma medida, y están a los pies del Señor, rodeándolo a él; pero ninguno puede ponerse en ese lugar. El que se pone como cabeza, se queda sin cabeza. *«Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí»*, dice el Señor (Luc. 19:27). Todos los que nos ponemos por cabeza, nos quedamos sin cabeza.

Las tablas esquineras

Veamos otros detalles de estas tablas que rodean al Señor. Verso 22: *«Y para el lado posterior del tabernáculo,*

al occidente, harás seis tablas». Entonces, aquí son veinte; por este otro lado, veinte, y por allá, seis. Pero el número 20 es un número incompleto. Si fuera 21, o sea, 3x7, entonces es algo bonito. Y si fuera 7... Dios completa su obra en siete, pero no en seis. Pero él completa este seis, y completa estos veinte, colocando tablas esquineras.

Note que, en el pueblo de Dios, a veces, unos hijos de Dios llevan una dirección. Por ejemplo, los calvinistas tienen una dirección, y los arminianos tienen otra; a veces los pentecostales tienen una dirección y los no pentecostales tienen otra. Y, si continúan así, chocan. Entonces, el Señor tiene que tener algunos hijos que son como catalizadores.

Ustedes saben lo que, en química, es un catalizador. Por ejemplo, un elemento que, por sí solo, no se puede mezclar con otro elemento. No se soportan, se rechazan; puede haber una explosión. Pero, entonces, hay un tercer elemento que sí puede tener comunión con este elemento y sí puede tener comunión con este otro elemento, y así permite que los otros dos elementos, que no se pueden ver ni pintados, estén juntos.

En la casa de Dios se necesita esa clase de hermanos pacificadores, que procuran que los hermanos no se vayan a los extremos, sino que completan los veinte para que sean veintinueve, y completan los seis para que sean siete. ¡Las tablas esquineras! *«Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios»* (Mat. 5:9). En la casa de Dios se necesita hermanos conciliadores, herma-

nos que busquen evitar los extremos, que busquen ver lo bueno de cada uno y puedan así estar juntos.

El 6 se completa por un lado: 7; por el otro lado: 8. Números de Dios. Y el 20 se completa con el 21. A veces, nosotros somos un poco cuadrículados, a veces no aceptamos otro tipo de pensamiento un poco diferente al nuestro y, si seguimos en esa dirección, vamos a chocar constantemente con nuestros hermanos.

Estamos analizando las cosas; no hemos llegado al fin. Cada uno tiene derecho a procurar entender lo mejor que pueda, y puede contarle a los otros qué le parece estar viendo; pero nada de eso es definitivo, nada de eso es dogmático. Tenemos que seguir entendiendo juntos, porque la palabra del Señor dice «comprendiendo con todos los santos» las riquezas de Cristo. Lo que a mí me falta, tú lo tienes; lo que tú no tienes, otro lo tiene, y, entre todos, tenemos todo.

El cuerpo tiene que ser como una pijama grande. Un hermano gordo tiene que tener una pijama grande, porque si se va a poner la pijama de un niño, no le cabe el pie. Necesita una que sea como para él. Así también, el Señor Jesús es muy grande, y su plenitud necesita una pijama grande, que es el cuerpo de Cristo. Nuestra estrechez denominacional o de escuela no permite que quepa la pierna del Señor. Él tiene que caber en la plenitud de los hermanos.

La inclusividad del cuerpo de Cristo significa, mínimo, tres cosas. Primero, el cuerpo debe recibir todo lo que es de Cristo, todas las riquezas de Cristo. Puede ser que a alguno no

le gusten esas lenguas tan raras, que algunos interpretan; pero el Señor ha dado el don de lenguas también. Entonces, todos los dones, todos los misterios, toda la Palabra, todos los aspectos de la Palabra; claro, cada cosa con su peso.

Los instrumentos del ministerio tienen, cada uno, su peso. Hay cucharas pequeñas, hay garfios, hay rejajas para asar carne... No vamos a poner la cuchara en el lugar del arca. No, ella tiene su lugar. Es necesario poner cada cosa en su lugar, dar a cada cosa su medida: lo que es primero, primero; lo que es segundo, segundo, y lo que es tercero, tercero. La palabra de Dios dice: Primero, segundo, tercero. El Señor dice lo que es mayor y lo que es menor.

A veces, hermanos, en el pueblo de Dios, tenemos desordenada la jerarquía de valores. Entonces, los hermanos que llevan esta línea chocan con aquellos que llevan aquella otra línea, y Dios tiene que poner amortiguadores, en las esquinas y decir: «Espere, hermano. Sí, sí, claro que el hermano es post-tribulacionista, o pre, ¡pero es hermano! Claro que aquél duda de las lenguas, y dice que eso era para el tiempo de los apóstoles, ¡pero es hermano!

Hay cosas que son primero, que son mayores, que son más importantes, ¡que son camellos! Y hay cosas que son mosquitos. Cuando tenemos la conciencia distorsionada, colamos el mosquito, y tragamos el camello. Entonces, hermanos, necesitamos el cuerpo de Cristo – hermanos que nos ayuden para darle a cada cosa su lugar.

A veces, nosotros, que estamos entendiendo la iglesia, ponemos el candelero en el Lugar Santísimo. Y viene por ahí alguno presentando a otro Jesús. Pero, como dice que él también entiende la iglesia, entonces, metemos en la olla sapos y culebras. ¿Se dan cuenta, hermanos? Primero es el arca. Si no presenta al mismo Jesús de los apóstoles, Dios y Hombre verdadero, el Hijo de Dios... Eso es lo que está primero, el arca.

La primera cosa fundamental es el mismo Señor. Dios trino. El Hijo, Dios con el Padre, y Hombre verdadero, tentado en todo, semejante a nosotros; en el propiciatorio, muerto por nuestros pecados, para que seamos justificados por la fe. La esencia del evangelio, lo primero que Pablo predicó: que Cristo –el arca– murió por nuestros pecados. *«...primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras»* (1ª Cor. 15:3-4).

Ese es el fundamento, es lo principal. A eso se refiere el arca, a eso se refiere el propiciatorio: a la persona y obra del Señor Jesús, la esencia del evangelio, que es acerca del Hijo, que murió por nuestros pecados. *«Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero»* (1ª Tim. 1:15). Lo primero es primero. Cuando comenzamos a poner orden en nuestra escala de valores, comenzamos a ver lo precioso de los hermanos, y podemos pasar por alto los mosquitos.

Necesitamos tablas esquineras,

hermanos que ayuden a la pacificación, a la reconciliación, a calmar los ánimos; catalizadores, pacificadores.

Los goznes

Éxodo 26:24: *«...las cuales –las tablas– se unirán desde abajo...»*. Es decir, se edifica desde abajo para arriba. *«...y asimismo se juntarán por su alto con un gozne»*. El gozne está arriba, o sea, que Dios ejerce cierta presión para que mantengamos nuestro lugar en correspondencia con las demás tablas. No podemos irnos hacia allá o hacia acá; necesitamos una presión divina. Es como si fuera otra especie de esos corchetes de oro que trataban las telas del interior, y los corchetes de bronce que trataban la cobertura de pelo de cabra.

El amor de Cristo nos constriñe, pero la disciplina está representada en el bronce. Entonces, vemos también la mano correctora de Dios. Y ahora vemos también otra especie de corchete, pero que es un gozne. Que ya no es para cortinas, sino para las tablas, para retenerlas en su puesto, para que no se adelanten, ni se atraesen, ni se tuerzan para un lado ni para el otro.

Por ejemplo, una vez, Pablo estaba en una ciudad; se le abrió puerta allí, pero no tuvo descanso en su espíritu, por no haber hallado a su hermano Tito. Hay cosas que se tienen que hacer con otros, y si no está el otro, la cosa queda torcida. Necesitamos tener sensibilidad en el espíritu, para saber que debemos estar con un hermano. A veces, habla Pedro, y los Once lo respaldan; a veces, habla Juan; a veces, Pablo. Cualquiera sea

el que hable, los Once están detrás. Se levantó Pedro con los Once, o sea, ellos tenían conciencia de cuerpo, conciencia de colegio.

Vamos a ver esa conciencia en Hechos 1, desde el 15 en adelante. Aquí están los apóstoles en el aposento alto, orando para que venga el Espíritu Santo. Ellos son la iglesia, ellos son como el tabernáculo. Y el día de Pentecostés, la nube de gloria va a descender sobre el tabernáculo y lo va a llenar. Pero entonces, el tabernáculo tiene que estar listo. Pero por allá hay algo que falta.

Entonces dice: *«En aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos (y los reunidos eran como ciento veinte en número) –como los ciento veinte sacerdotes que tocaban trompetas cuando Salomón inauguró el templo, cuando se colocó el arca en el Santísimo – y dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús...»*. Y miren el verso 17, cómo habla Pedro: *«...y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio...»*.

Mire la conciencia de Pedro: ellos contaban el uno con el otro. No era Andrés solo, no era Jacobo solo, no era Pedro solo. Pedro contaba con ellos, y ellos eran contados uno con el otro. Cuando uno veía a Pedro, se acordaba que Juan estaba asociado con él, y lo completaba, lo protegía, lo ayudaba. Y también se cuidaban mutuamente. Era conciencia de colegio, conciencia de equipo.

En otro capítulo, dice que hay diversidad de ministerios; cada cual

tiene su propio servicio. Eso, por un lado. Pero, por otra parte, todos juntos tienen *el* ministerio de la Palabra del Nuevo Pacto, del Espíritu, de la justificación, de la reconciliación.

Ellos eran muchos, pero el Nuevo Pacto es uno solo, la Palabra es una sola, el Espíritu es el mismo, la justificación que todos anuncian es la misma, la reconciliación que todos promueven es la misma. O sea, que el ministerio del Nuevo Testamento es una torta completa. Pero Pedro tenía un pedazo, Juan otro, Jacobo otro, Andrés otro, Bartolomé otro.

Ahí tenemos la plenitud de Cristo en el cuerpo: todo lo que es de Cristo, en todos los hermanos, y cada hermano funcionando en la plenitud de su función. Porque a veces, bueno, al principio, ¡ay!, Saúl dice: «¡Este David! La gente está diciendo que David mató diez miles y que Saúl sólo mil. ¡Voy a clavarle una lanza! Me molesta David».

Pero, cuando has visto el cuerpo, tú sabes que todo lo que tienes de Cristo es sólo una parte, y que necesitas todo lo que todos tienen de Cristo, para que, como iglesia, tengamos la pijama grande, para que el Señor quepa. Porque si el Señor va a poner su pie en esta pijama mía, no le alcanza. Él es muy grande y muy rico; cabe la samaritana por acá, Nicodemo también, y el zelote, y el publicano; todos caben.

«Judas», dice Pedro, «tenía parte en este ministerio». Cuando él dice: *«...este ministerio»*, y luego dice en el verso 23 de la misma manera: *«Y señalaron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a*

Matías. Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, para que tome la parte de este ministerio y apostolado...». El ministerio, el apostolado, es la torta completa. Y Judas tenía una parte, de la que cayó, y entonces la llenó Matías.

Pero, note la conciencia colegiada que tenía Pedro: «...y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio». Mire cómo también Pablo hablaba, en 2ª Corintios 4:1. En el capítulo 3, había hablado ya de *el* ministerio de la justificación, y en el capítulo 5, va a hablar sobre *el* ministerio de la reconciliación. Ése, el ministerio de la justificación, el de la reconciliación, el del Espíritu, el de la Palabra, el del Nuevo Pacto, es la torta completa.

«Por lo cual, teniendo nosotros **este** ministerio, según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos». «Teniendo nosotros este...». No tú el tuyo y yo el mío, que, por otra parte, también es cierto, pero no lo podemos llevar al extremo del individualismo. Tu pedazo y mi pedazo, y el pedazo de todos, es este ministerio que nosotros tenemos. Por eso, las tablas tienen que estar una con la otra, unidas por espigas, pero también por goznes y por barras. Y todas las barras llevan la misma dirección, y todas mantienen ajustado y perfeccionado el mismo tabernáculo.

Las barras

Éxodo 26:26. «Harás también cinco barras de madera de acacia, para las tablas de un lado del tabernáculo». O sea que por aquí, por el sur, operan los cinco ministerios. También son de

madera de acacia; son seres humanos. Pero Dios las diseñó para que, en comunión con las otras barras, mantengan estas tablas en orden. O sea que hay tres maneras de mantener las tablas en orden: por abajo, a través de las espigas; por arriba, a través de los goznes, y por el medio, a través de las cinco barras.

«Y él mismo constituyó a unos, apóstoles...», que es la barra del medio, que va de un extremo al otro. Esos son los apóstoles. Y hay también profetas, evangelistas, pastores y maestros. Cinco barras, también de madera; también hay que cubrirlas de oro, como las tablas. Entonces, dice así: «Harás también cinco barras de madera de acacia, para las tablas». Las barras son para las tablas: el ministerio es para la edificación del cuerpo de Cristo, para perfeccionar a los santos para la obra del ministerio.

«...y cinco barras para las tablas del otro lado del tabernáculo, y cinco barras para las tablas del lado posterior del tabernáculo, al occidente». Por el sur, están los cinco ministerios, por el norte también, por el occidente también. En el oriente, está sólo el Señor, porque el que nos orienta a todos es la Cabeza.

Pero el Señor quiso que su Casa fuera perfeccionada, edificada, por los ministros que él le dio a la iglesia. Entonces, dice en el verso 28: «Y la barra de en medio pasará por en medio de las tablas, de un extremo al otro». De las cinco barras, resaltó ésta, porque dice la Palabra: «...**primeramente** apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran...» (1ª Cor. 12:28).

Verso 29: «*Y cubrirás de oro las tablas...*». Hay que cubrir las tablas con oro y también las barras. No se tiene que ver la tabla, sólo el oro que la cubre. Revestidos de Cristo, escondidos en él. La barra no se ve, la tabla no se ve; se ve el oro. Dios nos esconde, para que nosotros no aparezcamos, sino que aparezca solamente el oro.

«*Y cubrirás de oro las tablas, y harás sus anillos de oro para meter por ellos las barras; también cubrirás de oro las barras*». Note que dice que las tablas tienen sus anillos. A cada tabla le corresponden cinco anillos de oro. Claro que a la madera no le brotan anillos; es al oro al que le brotan anillos. Y, ¿para qué son los anillos? Para meter las barras por ellos, es decir, para asentar, apoyar y sostener el ministerio.

Cada tabla, junto con la del lado y la del otro lado, todas las veinte de aquí, reciben las cinco barras. Cada barra recibe la plenitud del ministerio. No hay tabla que tenga un solo anillo, o sólo dos anillos; todas tienen cinco anillos, porque el Señor quiere que recibamos toda la torta.

Los velos

Verso 30: «*Y alzarás el tabernáculo conforme al modelo que te fue mostrado en el monte*». Vamos a detenernos en esta última frase. No podemos edificar la iglesia como a nosotros se nos ocurre, como nos parece – como hacían los israelitas en el tiempo de los Jueces, en que no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que bien le parecía. Debemos edificar la casa conforme al modelo.

Si Dios fue tan minucioso con la

tipología, con Moisés, y Moisés fue fiel, hizo todas las cosas como le había mandado el Señor; entonces no podemos cooperar con la casa de Dios sin tener en cuenta el modelo de Dios. Si la tipología fue minuciosa, y se encargó con cuidado, ¿cuánto más la realidad?

Después nos habla de dos velos. Ahora vemos que esa casa tiene varias instancias: tiene un atrio, un Lugar Santo y un Lugar Santísimo. Y hay un velo para entrar, tanto a la casa en general, como un velo para pasar del Lugar Santo al Santísimo, y aquí se describen los dos velos.

En el atrio, se está en contacto con el mundo. El mundo llega hasta el atrio. En el atrio estaban aquellas cortinas de lino blanco torcido. La Palabra dice que el lino fino son las acciones justas de los santos, y la gente del mundo, cuando mira al tabernáculo, lo único que ve son las buenas obras del pueblo de Dios. «*...para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*». Ellos no ven el arca, no ven nada de adentro. Lo que el mundo ve por fuera es el lino torcido, las buenas obras de un pueblo celoso de buenas obras.

Después, se pasa del Santo al Santísimo. Aquí describe primero el velo más interior. Este velo, esta puerta, se refiere al Señor Jesús. Por medio del Señor Jesús, salimos del mundo y entramos a la casa de Dios. De perdidos, a salvos. Pero también los salvos tienen que entrar de la vida natural a la vida en el Espíritu. Uno puede ser salvo y no ser espiritual. Usted, si está perdido, será salvo, entrando

por la primera puerta. Y si es salvo, sea prudente, y entre a la vida del Espíritu.

O sea, hay un velo que nos hace pasar de la perdición a la salvación, y otro velo que, a los salvos, los hace pasar de la vida natural a la vida en el Espíritu. Los dos velos son dos aspectos de la puerta que es Cristo. Cristo es el que nos salva, y también el que nos perfecciona. Nos hace salvos, y nos hace vencedores.

«También harás un velo de azul –que se refiere a la divinidad, a lo celestial. Juan nos mostró al Verbo de Dios como el Hijo de Dios– *púrpura* –Mateo nos presentó al Señor como el Rey– *carmesí* –Lucas presentó al Hijo del Hombre, en su humanidad, cómo él se encarnó para derramar su sangre– y *lino torcido*...» –Marcos lo presentó como el siervo: la actividad, los milagros del Señor Jesús. Aquí tenemos el testimonio de los cuatro evangelistas acerca de un solo velo que es el Señor Jesús.

Y dice: «...será hecho de obra primorosa, con querubines...», porque aquella casa, el tabernáculo, está destinado a la reunión con el cielo. Ángeles suben y descienden. Entonces, está este campamento, que somos nosotros aquí, y está por aquí mismo el otro campamento. Cuando Jacob salió de su campamento, a dar una vuelta por el lado, Dios le abrió los ojos, y vio el otro campamento. Y dijo: «Este lugar será llamado Mahanaim – Dos campamentos».

Pero también: «*El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen*» (Sal. 34:7). Eliseo lo veía; Giezi, no. Pero Eliseo oró para que Dios le

abriera los ojos a Giezi, y él viera los carros de fuego rodeando aquel campamento. Por eso, por todo el templo, aparecen querubines: en el velo, adentro y en las puertas, porque esta casa es de reunión del cielo con la tierra, y estos seres angelicales son ministradores para los herederos de salud.

Verso 32: «...y lo pondrás sobre cuatro columnas de madera de acacia cubiertas de oro; sus capiteles de oro, sobre basas de plata». Cuatro columnas aparecen aquí; más afuera aparecen cinco. Ahora, de adentro para afuera, aparecen cuatro. Por fuera es más ancho, por dentro es más estrecho; en la medida que se avanza, es más estrecho. Esas cuatro columnas, que eran de madera, representan la Humanidad, y estaban sobre basas de plata. Afuera, estaban sobre basas de bronce; pero adentro, sobre basas de plata, porque hay una jerarquía. Bronce, plata y oro. El oro nos habla de la naturaleza divina; la plata, de la redención, y el bronce, del juicio de Dios.

«Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, del velo adentro, el arca del testimonio; y aquel velo os hará separación entre el lugar santo y el santísimo» (v. 33). Dios quiere marcar muy bien la separación entre el Lugar Santísimo y el Lugar Santo. Por eso, en Hebreos dice que: «*la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir –separar– el alma y el espíritu*» (Heb. 4:12).

O sea, que en el Lugar Santísimo está el Señor, y se refiere al espíritu. El alma es el Lugar Santo, y entre el

espíritu y el alma tiene que haber una separación. Cuando estamos afuera, no entendemos esto, pero cuando vamos avanzando más, dice: «Esto, todavía es de tu alma; tienes ahora que pasar del alma al espíritu».

Delante del velo estaba el altar de oro, con un incensario. El altar de oro estaba en el Lugar Santo, frente al velo del Santísimo. Hebreos dice que el incensario pertenecía al Santísimo, porque, aunque estaba en el altar de oro, comenzaba el trabajo en el Lugar Santo, empezaba el incienso a subir. El Lugar Santísimo es el lugar propio del incensario. Él descansa en el altar de oro, en el Santo, pero allí, apenas se enciende, luego en el ministerio, en la liturgia sacerdotal, es conducido por el sacerdote del Santo al Santísimo.

A veces comenzamos a orar, y estamos en nosotros mismos tratando de invocar al Señor. Pero, con la ayuda de nuestro Sumo sacerdote – porque no sabemos orar como conviene – su Espíritu nos ayuda y nos introduce al espíritu. Comenzamos en la carne, o en el alma, confundidos, no sabemos qué hacer; pero, a medida que oramos, con el socorro del Señor, el incensario es trasladado del Lugar Santo al Lugar Santísimo.

En Éxodo aparece el incensario en el Santo, pero en Hebreos 9 aparece como si perteneciera al Santísimo, porque realmente pertenece a los dos. El sacerdote, en el Santo, lo enciende y lo introduce. Quiere decir que nosotros somos trasladados de nosotros mismos, de nuestra alma, de

nuestros propios pensamientos y sentimientos, a través del velo rasgado, a través de la muerte juntamente con Cristo, a la vida en el espíritu, a la revelación.

«*Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, del velo adentro, el arca del testimonio...*». El arca tiene que ser entronizada. Primero tenemos un conocimiento exterior del Señor. Como dice, antes conocimos al Señor según la carne; pero ahora ya no le conocemos así, ahora tenemos el testimonio en nosotros mismos. El arca es introducida en el Santísimo, Cristo es formado en nosotros, conocemos al Señor por revelación. Al principio no es así. Estamos en lo natural, y somos trasladados a lo espiritual.

Otros detalles del tabernáculo

«*Pondrás el propiciatorio sobre el arca del testimonio en el lugar santísimo*» (v.34). La sangre, que era derramada en el atrio, debe ser introducida al Lugar Santísimo. De lo objetivo, de lo histórico, tiene que pasar a la experiencia espiritual subjetiva. La persona tiene que estar en la presencia misma del Señor, presentando la sangre del Cordero, y tener en su espíritu el testimonio de que es un hijo de Dios. «*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*» (Rom. 8:16).

La sangre de Jesucristo nos limpia de toda mala conciencia. La conciencia es una función de nuestro espíritu. Lo dice la Biblia, pero también lo dice el Espíritu a nuestro espíritu. Y la sangre ha sido introducida desde el altar de bronce del atrio

hasta lo más íntimo de la casa de Dios – el Lugar Santísimo, nuestro espíritu.

«*Y pondrás la mesa fuera del velo, y el candelero enfrente de la mesa al lado sur del tabernáculo...*». Una vez que tenemos la prioridad con Cristo, acerca de quien es la doctrina de los apóstoles, entonces viene la comunión unos con otros y el partimiento del pan; tenemos la mesa y el candelero, y después vienen las oraciones.

En Hechos 2 dice: «*Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles...*», que es acerca de Jesucristo. No cesaban de enseñar y de predicar a Jesucristo; no se predicaban a sí mismos, sino a Jesucristo como Señor. Primeramente Cristo, el arca, muerto por nuestros pecados. Ahí está el arca. «*...en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan...*». Esas dos cosas estaban una frente a la otra, equivalentes, una al norte y otra al sur. La mesa de los panes de la proposición y el candelero. Y por último dice: «*Y perseveraban ... en las oraciones*». O sea, en el incensario, la mesa del altar de oro, donde el incienso se preparaba, se encendía y se introducía.

«*Harás para la puerta del tabernáculo una cortina de azul, púrpura, carmesí y lino torcido, obra de recamador*» (v. 36). Ese es también el Señor Jesús, y el recamador es el Padre, que hace obra primorosa a través del Señor Jesús.

«*Y harás para la cortina cinco columnas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro, con sus capiteles de oro; y fundirás cinco basas de bronce para ellas*» (v. 37). El velo interior, que se-

para el Lugar Santo del Santísimo, tenía cuatro columnas. Por lo tanto, entre la columna 1 y 2 hay un espacio, entre la columna 2 y 3 hay otro espacio, y entre la columna 3 y 4, otro espacio. Son cuatro columnas, que hacen tres secciones, porque la casa de Dios es la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo. Por lo tanto, ese velo contiene la divinidad completa, la Trinidad.

Jesús dijo: «*El Padre que mora en mí*» (Juan 14:10). Pero también Pedro dice que el Hijo de Dios fue un varón lleno del Espíritu Santo. Por lo tanto, el velo cubre una Trinidad, porque el Padre está en el Hijo, y el Espíritu Santo también ungió al Hijo con poder, e hizo maravillas.

La sección del medio, entre la segunda y la tercera columna, era donde estaba abierto el velo. Se entraba por el espacio del medio, porque no fue el Padre ni el Espíritu Santo el que murió por nosotros, sino el Señor Jesús. Cuando el Hijo de Dios murió, la sección del medio del velo fue rasgada.

Pero ahora, la puerta de afuera tiene cinco columnas, o sea, cuatro espacios. Es decir, ahora tenemos que caber también nosotros ahí. El número 5 es número de la gracia y el 4 es el número de la creación. Si aquí tiene cuatro y acá cinco, afuera es más ancho y adentro es más estrecho. «*Seguid el camino estrecho*». Cada vez que avanzamos, se hace más estrecho, hasta que no quepa sino solamente el Señor Jesús.

(Síntesis de un mensaje impartido en Rucacura, Chile, enero de 2006).

La sabiduría de edificar la casa sobre la Roca.



Cristo la roca incommovible

Celso Machado

«Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca. Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa» (Lucas 6: 47-49).

Al finalizar el sermón del monte, en el evangelio de Mateo, el Señor concluye con una exposición clara sobre la edificación, pero, de una edificación individual, es decir, de nuestra responsabilidad particular, pues se trata de «su casa».

El Señor cita dos tipos de hombres y hace una comparación en relación a la construcción de una casa. Un hombre es prudente y el otro, insensato; tanto el uno como el otro tie-

nen una misma característica: la de oír. Pero, lo que diferencia entre uno y otro está en que la realidad del oír consiste en colocar en práctica aquello que fue oído. Y la idoneidad de cada uno se revela según el lugar donde se edifica la casa: una en la roca y la otra en la arena.

En esta actitud práctica, el Espíritu Santo nos conduce a edificar la casa en el lugar correcto, o sea, en la Roca.

Este pasaje sólo se comenta nue-

vamente en el evangelio de Lucas. Y Lucas incluye algunos detalles que podemos destacar: aquellos «que vienen» a Cristo, los «que oyen» sus palabras, y «las hacen».

En este respecto, el Señor hace una comparación. En este pasaje se nos dice que venir hasta él nos permite oír, pero que eso solo no es suficiente: el resultado de aquel que oye se encuentra en el fruto de su reacción; o sea, en colocar lo oído en práctica, y con eso, aprender a disfrutarlo, conociendo más y más al Señor.

La diferencia entre el oír y el conocer

En el Antiguo Testamento, en el Primer libro de Samuel capítulo tres, en el episodio del llamamiento del niño Samuel, tenemos una hermosa experiencia que nos enseña sobre la diferencia entre el *oír* y el *conocer*.

El Espíritu Santo da testimonio de que, aunque Samuel estaba oyendo el llamado, todavía no conocía al Señor y, por eso, su Palabra aún no le había sido revelada. (1 Sam. 3:7).

Lo que calificó el posterior conocimiento de Samuel en relación al Señor y la revelación de su Palabra, fue fruto de su actitud de escuchar, revelada en su pronta respuesta: «Habla que tu siervo oye».

La medida del hablar de Dios está de acuerdo con nuestra respuesta cuando lo oímos, y el fruto de esta respuesta viene al poner en práctica aquello que oímos de la boca del Señor. *«Pues no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (Deut. 8:3).

En lo ocurrido en la experiencia de Samuel, se da a entender que Elí

La madurez espiritual no se adquiere por el solo conocimiento; lo que refleja la realidad de ese conocimiento es la manifestación de la vida de Cristo en nosotros.

tenía cierto grado de «conocimiento», no obstante, no fue él quien oyó la voz del Señor. Él no sólo estaba perdiendo la audición, sino también, literal y espiritualmente, la visión. Perdió completamente la visión de Dios, y con ello adquirió una sordera espiritual.

Solamente cuando por tercera vez el Señor llama a Samuel, Elí entiende que el Señor estaba llamando al niño. Elí tenía conocimiento de los ritos y las ceremonias, e incluso de los escritos canónicos, sin embargo, no fue él quien oyó al Señor, sino un niño.

La madurez espiritual no se adquiere por el solo conocimiento; lo que refleja la realidad de ese conocimiento es la manifestación de la vida de Cristo en nosotros.

Samuel llegó a conocer al Señor a través de una experiencia práctica, y en la comunión con él, la palabra comenzó a serle revelada.

«Y Samuel crecía, y el Señor estaba con él, y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras». De este modo, el testimonio del Señor fue restaurado.

«Y Jehová *volvió a aparecer* en Silo; porque Jehová se manifestó a Samuel en Silo por la palabra de Jehová» (1 Sam. 3:21). Cuando comparamos este

pasaje con el pasaje de Lucas, vemos la importancia del oír relacionado con la acción.

Primero, este hombre prudente cava. Una vida que no escatima esfuerzo, cavando y cavando, y con eso, abriendo una profunda zanja. Cavar en la roca, y aún más, con profundidad, no es algo fácil. Esta edificación no puede ser algo en la superficie, tiene que ser profunda.

La profundidad en Cristo trae seguridad, pues aprendemos a confiar en el Señor a través de las circunstancias. La presencia de la cruz revelará el nivel de profundidad que tenemos en Cristo.

Solamente la disciplina del Espíritu puede forjar en nosotros el carácter de Cristo; y esto se realiza cuando aceptamos ser tratados por el Señor. Cuando los ríos del día a día vienen sobre nosotros para revelar nuestro nivel de profundidad en Cristo, revelan también dónde hemos edificado nuestra casa, si ha sido en la roca o en la arena.

El hombre insensato ni siquiera se dio el trabajo de poner fundamentos. No sólo comenzó la edificación en un lugar errado, sino que también buscó algo más fácil. Aún más, pudiera ocurrir que él hasta colocara los cimientos, pero sobre la base errada, en un lugar donde no hay seguridad alguna. Podría incluso sostenerse hasta el momento de la creciente, pero al venir los torrentes de la inundación, la estructura se rompería.

El conocimiento no es suficiente cuando está presente la insensatez. Si no hay una vida práctica, las pruebas van a revelar con precisión el lugar

donde está siendo construida «su casa», y luego sigue la ruina.

Recuerde que la casa edificada sobre la roca no fue conmovida. Ella fue bien construida, tenía fundamentos, y también profundidad.

Usted puede tener los fundamentos; sin embargo, éstos tienen que ser profundos y estar en el lugar adecuado, que es sobre la roca. La roca, que es una clara figura de Cristo, jamás será conmovida.

El salmista dijo: *«Desde el cabo de la tierra clamaré a ti, cuando mi corazón desmayare. Llévame a la roca más alta que yo»* (Sal. 61:2). Si no estamos en Cristo, somos remecidos con facilidad.

Una buena edificación tiene que tener una zanja bien profunda, para entonces, colocar los cimientos sobre la roca.

La lección de los mejillones

Cuando vamos al litoral, percibimos que, en algunos lugares, existe una gran cantidad de rocas, algunas de las cuales se precipitan en el mar. La llamamos zona de «afloramientos rocosos».

En estos afloramientos rocosos existe una enorme variedad de criaturas que sobreviven gracias al movimiento de las mareas. Entre ellas tenemos una que es muy apreciada por el arte culinario; se trata de un molusco que tiene el nombre común de mejillón. Él se alimenta filtrando el agua de mar, sacando de ella los nutrientes.

Estas criaturas permanecen pegadas a la roca, aún cuando estén horas sumergidas y sufran inclemencias, con el constante golpear de las olas

sobre la roca, y a veces incluso, de las intensas corrientes.

Existe una ciencia llamada «bioingeniería». Esta ciencia estudia la forma de aplicar lo que los organismos poseen, sea en la náutica, aeronáutica, genética y otras áreas.

La bioingeniería viene investigando e intentando sintetizar el tipo de adhesivo que los mejillones utilizan para fijarse a la roca. Aun sumergidos en el agua y sufriendo toda clase de inclemencias, continúan pegados a la roca. ¿Qué tipo de pegamento es este?

Ellos creen que cuando consigan sintetizar este pegamento, descubrirán uno de los adhesivos más eficaces y poderosos para la industria, principalmente para la industria naval. Tal pegamento podría fijar acero con acero sin necesidad de soldar, evitando así rupturas inesperadas en los cascos de los navíos.

En figura, somos como esos mejillones. Si estamos adheridos a la roca nada nos puede afectar, sean las olas de la vida, los torrentes de la inundación, o cualquier otra cosa, pues quien nos mantiene pegados a la roca es el Espíritu Santo.

En la carta a los Romanos 8:26, la palabra 'ayuda' posee el mayor número de letras que todas las demás

del Nuevo Testamento griego, totalizando 17 letras: 'sinantilanbanomai', que traducida literalmente sería, «pega y no suelta más».

Gracias a Dios por la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas, que nos ayuda en nuestras debilidades y nos une a Jesucristo, asegurándonos sin soltarnos, venga lo que venga contra nuestra vida. «*Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida ... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*» (Rom. 8:38-39).

Otro detalle importante es que, cuando los mejillones son removidos de la roca (y esto, con mucha dificultad), por estar tan adheridos a ella, sólo salen con un pedazo de la roca pegado a ellos. Pueden morir, pero la roca sigue adherida a ellos.

Existen mejillones mayores y menores, pero, lo interesante es que los más chicos tienen mejor sabor, mientras que los más grandes no tienen sabor. En el Reino, si usted quiere ser el primero, necesita aprender a servir. Si quiere ser el mayor, tiene que aprender el oficio de esclavo.

Solamente en una postura de humillación, sólo como los más pequeños y sólo como niños podemos exhalar el sabor y aroma de Cristo.

(Traducido desde el portugués)

* * *

Algunos han dicho que el hombre ha mejorado desde que Cristo fue crucificado. Y que si Cristo volviera hoy, no sería crucificado, sino que se le daría una grandiosa recepción. Cristo viene a nosotros en la forma de Biblias que no leemos, en la forma de iglesias a las que no asistimos, en la forma de necesidades humanas que pasamos por alto. Estoy seguro de que, si Cristo volviera hoy, sería crucificado mucho más rápidamente que hace dos mil años.

Billy Graham, El mundo en llamas.

Abraham



Reflexiones en torno a la promesa, la gracia, la fe, la justicia y la herencia.

Eliseo Apablaza

El hombre a quien Dios justifica

Abraham surge cada vez que tocamos el tema de la justicia de Dios en la Biblia. Él es el modelo y ejemplo. En él se nos enseña cómo Dios imputa justicia al hombre, y a qué clase de personas. Y cuando lo vemos, nos llenamos de asombro.

Contra lo que a veces se dice, Abraham no era lo que podría llamarse la persona moralmente intachable, a la cual Dios debía galardonar con Su justicia. Era simplemente «una piedra más de la cantera del mundo».

Cuando Dios lo llamó, vivía en medio de la idolatría propia de los babilonios. Y sólo obedeció parcial-

mente a este llamado. No dejó su parentela ni la casa de su padre, ni tampoco llegó a la tierra que Dios le había de dar. «Arrastró», por decirlo así, a su padre Taré y a su sobrino Lot, y se quedó detenido en Harán, a mitad de camino. Cuando por fin se desprende de su padre (porque muere), y sigue viaje a Canaán, Lot todavía le seguía.

Más tarde, cuando Dios le dice a Abraham: «A tu descendencia daré esta tierra» (Gén. 12:7), no se dice que le haya creído a Dios. La promesa de Dios recibió en esta primera instancia una tibia respuesta – o, al menos, no la respuesta de fe que justificara a Abraham.

Poco después, Abraham pasa de largo en su llamamiento, pues va a Egipto, una tierra que siempre le traerá malos recuerdos. Allí miente a Faraón, expone vergonzosamente a su esposa («para que me vaya bien por causa tuya»), y, cuando todo el desaguisado se aclara, retorna de Egipto cargado de regalos bastante mal adquiridos.

Tras el bochorno de Egipto, Abraham vuelve al lugar de la bendición. Dios lo respalda generosamente en el episodio con Lot, y en lo referente a la batalla contra los cuatro reyes. Sólo después de esto, y de haber recibido la bendición de Melquisedec, Abraham recibe el don de la justicia de Dios: «Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia» (Gén. 15:6).

Y tampoco fue en la ocasión más noble, pues esta palabra de Dios no le vino por causa de su «simiente» espiritual (que, según Pablo en Gálatas, es Cristo), sino por causa de su descendencia natural (Ver Gén. 15:4-5). No tenía hijo, y él temía que el heredero fuese «ese damasceno Eliecer». Entonces Dios le habla, y, por primera vez los oídos espirituales de Abraham se abren verdaderamente a la palabra de Dios, y oyó con fe, y esta fe le fue contada por justicia. Así es como llegamos al punto clave en la vida de Abraham, el que es citado tan profusamente en el Nuevo Testamento.

Así que, cuando intentamos buscar un carácter justo en Abraham, no lo encontramos. Y tal parece que ha de ser así también con todos los que siguen las pisadas de Abraham, para

que la justificación sea por gracia y no por obras: «¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Rom. 4:1-5).

El oír de Abraham

«Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe? Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia» (Gálatas 3:5-6).

En este pasaje, Pablo presenta el ejemplo de Abraham, ejemplo en cuanto a la fe, pero más estrictamente – y antes que eso – en el oír a Dios.

«Así Abraham creyó a Dios ...» dice Gálatas. ¿Cómo «así»? Para entenderlo, debemos unir esta frase con la última del versículo anterior: «... por el oír con fe». Entonces, ¿cómo creyó Abraham? La Escritura misma nos da la respuesta: «Por el oír con fe».

Si revisamos el pasaje aludido por Pablo, en Génesis 15, nos damos cuenta que Dios habló a Abraham tocante a su descendencia cuando éste aún no tenía hijo. Le llevó a mirar las estrellas, y le dijo: «Así será tu descendencia». Y el relato agrega: «Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia».

Algunas Biblias traducen aquí «y creyó en Jehová», como si el asunto se tratase de creer en la existencia de

Dios, en vez que en su palabra. Pero aquí se trata de creer lo que Dios dijo. La existencia de Dios no está en juego aquí, sino: ¿es Dios creíble?

Abraham creyó la promesa que se le hacía – aunque él era viejo y su esposa era estéril. Creyó que llegaría a tener una descendencia incontable como las estrellas del cielo. ¡Es una fe asombrosa, sin duda! Pero, ¿cómo llegó a tenerla? Pablo nos dice: «Por el oír con fe».

Esta clase de «oír» no es mérito del hombre, sin embargo. La Escritura nos dice que el oír es por la Palabra de Dios (Rom. 10:17). Es decir, el hablar de Dios tiene tal fuerza, y produce tal impacto en el hombre, que éste no puede menos que oír, y consecuentemente, creer. Todo en definitiva, depende, y es generado, por el hablar de Dios.

¿Cómo oímos nosotros a Dios? Las palabras de Dios están en la Biblia, y él nos habla continuamente a través de ella. Sin embargo, podemos oír con el corazón, o simplemente con la mente. Exponerse (estar disponible) al hablar de Dios es absolutamente necesario para llegar a oír y a creer como Abraham.

Por tanto, dejemos que las palabras de Dios nos rodeen, nos impregnen, nos saturen; que rompan cual martillo la sordera de nuestro corazón, y entonces creeremos y seremos verdaderos hijos de Abraham.

La fe contada por justicia

La memorable frase de Génesis 15:6 respecto de Abraham se cita tres veces en Romanos 4. ¡Cómo no, si es el ejemplo de justificación por exce-

lencia! Y cada vez se contextualiza de manera diferente.

La primera, refuerza la idea de que la justicia la recibe el que cree, no el que obra. El versículo dice: «Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (v.5). Es preciso enfatizarlo, pues parece fuera de razón al que la escucha o lee por primera vez.

El sentido de la recompensa está tan arraigado en el corazón humano, que, sin pensarlo, lo atribuimos a Dios igualmente. Nos parece que si no hacemos algo, no merecemos recibir, no debemos recibir. Pero aquí en la Escritura tenemos una lógica distinta, que no puede menos que espantar al hombre, pues le quiebra su esquema de acciones y recompensas.

La segunda, nos muestra en qué condición estaba Abraham cuando recibió la justificación por la fe: era un incircunciso (v. 10). La circuncisión vino después, como señal de la justicia que él había recibido estando en la incircuncisión. Es proverbial el aborrecimiento de los israelitas circuncidados hacia los gentiles incircuncisos; pero ellos olvidan que su ancestro más lejano y honorable también lo fue, y que la circuncisión la recibió sólo después de haber creído. La circuncisión, nos dice Pablo, no tiene valor espiritual si no va precedida de la fe.

La tercera, nos muestra que la justificación requiere de la paciencia y la esperanza para ver su fruto final (v. 18). Luego que Abraham creyó la promesa de Dios, tuvo que esperar unos 15 años antes de tener al hijo de

la promesa en sus brazos. Entretanto, él «creyó en esperanza contra esperanza», nos dice Pablo, porque las circunstancias se volvían cada vez más desalentadoras. ¿Cómo podría tener un heredero?

Muchos cristianos fallamos porque exigimos frutos a la fe ahora mismo. Y si no los obtenemos, nos desanimamos hasta el punto de desconfiar de la propia Palabra de Dios. Sin embargo, la fe opera como la concepción natural. Debe esperarse el tiempo necesario –el tiempo de la vida, el tiempo de Dios– para que el fruto aparezca.

Abraham fue declarado justo en el mismo acto de creerle a Dios; sin embargo, los frutos de esa justificación tardaron algún tiempo en aparecer. La palabra de la promesa fue cumplida, pero en el tiempo oportuno.

Es por la fe y la paciencia que se heredan las promesas, nos dirá el escritor de Hebreos (6:12). Y de eso nos habla este tercer aspecto de la justificación por la fe de Abraham.

Esta espera es normalmente más larga de la que quisiéramos, porque somos impacientes por naturaleza. Pero los caminos de Dios son más altos que los nuestros, y él nos hace esperar, porque en esa espera se van produciendo otros efectos espirituales provechosos en el corazón del creyente.

Padre de una multitud

La promesa que Dios le hizo a Abraham tenía que ver con la descendencia. Tan significativo fue este hecho que provocó el cambio de nom-

bre de Abraham. Antes se llamaba Abram, que significa «Padre enaltecido», ahora se habría de llamar Abraham, que significa «Padre de una multitud» (Génesis 17:5).

El hombre enaltecido de antaño sería ahora padre de multitudes. La obra de Dios en un hombre produce virajes muy grandes, como éste: transformar la altivez en fructificación. Conforme Abraham iba envejeciendo, y sus fuerzas iban menguando, el hombre iba espiritualmente cada vez mejor, menos ensimismado, un poco más fecundo.

Es curioso que Abram fuese llamado «Abraham» bastante antes de que el nuevo nombre correspondiese a su realidad. El vientre de Sara aún estaba seco cuando Abraham ya exhibía su nuevo nombre. Probablemente debió arrostrar la burla de los que veían esa inconsecuencia. El camino de la fe y de las promesas de Dios tiene su cuota de infamia, de descrédito.

Los primeros en reírse fueron los propios ancianos padres. Abraham se rió de buena gana cuando se le anunció que su hijo habría de nacer de Sara (Gén. 17:17). Sara habría de hacer lo mismo poco después (Gén. 18:12). Muchos otros seguramente rieron con ellos al saber del extraño milagro (Gén. 21:6). Los caminos de Dios son asombrosos e incomprensibles para el hombre natural. Sin embargo, la fe y la obediencia nos llenan el corazón de alabanza.

El hombre exterior se va desgastando, pero el interior se renueva de día en día (2ª Cor. 4:16). El hombre exterior conoce la muerte, pero el interior, la vida. En la imposibilidad

del hombre, Dios es glorificado. Nadie puede robar la gloria a Dios; nadie puede presumir delante de Él.

Romanos 4 insiste mucho en el carácter de Abraham como padre. Lo llama «heredero del mundo» (13), «padre de todos nosotros» (16), «padre de muchas gentes» (17 y 18). Dios no quiere que sus justos sean estériles. Quiere que ellos sean padres de multitudes. Por eso, hará que la vida que está en su interior germine hasta multiplicarse. Muchos otros hijos saldrán de sus lomos, para gloria de Dios.

Los hijos de Dios, tal como Abraham, deben llegar a ser padres, y tener sus propios hijos. Pablo dice a los corintios: «Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio» (1ª Cor. 4:15). Y a los gálatas: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto...» (4:19).

Abraham vivió un período de infertilidad y de pruebas después de ser justificado, antes de recibir lo prometido. Así también los demás hijos de Dios. Puede haber muchos justificados, pero tal vez no todos sean padres. La voluntad de Dios es que por la fe y la paciencia alcancemos lo prometido.

Juan, en su primera epístola, distingue a los «hijitos», a los «jóvenes» y a los «padres». Los padres son los que conocen al que es desde el principio. Ellos tienen madurez, pues han pasado por las pruebas, por los fracasos de bajar a Egipto y de engendrar hijos en la carne. Ellos conocen la fidelidad de Dios, y saben que si hay

frutos hoy, es por la gracia de Dios. Es la gracia por la cual se les ha concedido la fe, se les imputa la justicia, y se le da la paciencia para esperar hasta que tengan al hermoso niño en sus brazos.

La justicia que es por la fe produce herederos del mundo. Los que son de Cristo, son linaje de Abraham y herederos según la promesa (Gál. 3:29). A la simiente de Abraham –es decir, a Cristo– fue hecha la promesa, y también a los que son de Cristo, en Él.

Vemos cómo nos vamos desgastando en nuestras fuerzas. Cómo vamos perdiendo la confianza en nosotros mismos. Vemos cuán feroz es el tiempo que nos quita el vigor. Sin embargo, en medio de todos ello, vemos cómo Dios produce sus maravillas, cómo transforma la muerte en vida, y resucita a los muertos.

Hay cosas que Dios cotidianamente opera en sus amados. Un soplo, una caricia, una respuesta oportuna en su vejez. Son señales a la orilla del camino que hablan de transformación, de vivificación. Son menos las cosas que tenemos que hacer, más las que recibir. Menos nosotros, más Cristo. Menos hijos y más padres, para tener muchos hijos.

La promesa

La primera parte de Romanos 4 está dedicada a la fe que justifica, en tanto la segunda parte está dedicada al cumplimiento de la promesa.

La promesa es una palabra buena de Dios dicha en un tiempo malo. Es una palabra de abundancia en tiempo de sequía, o de muchedumbre

cuando no hay nadie. Por eso requiere de la fe. Suele estar rodeada de tinieblas, angustia y soledad. Pero la promesa, cuando es creída, llena el corazón de esperanza. ¡Y qué dulce es esa esperanza, aunque tachada de ilusoria a los ojos de la carne, y tan objeto de burlas!

¿Por qué Dios da una promesa y espera que ella sea creída? ¿Por qué le interesa tanto a Dios que sea creída, al punto de hacer derivar de ello la justicia y la herencia?

La promesa hace descansar todo en Dios. Traslada el foco de atención desde el hombre a Dios. El hombre cree, pero luego espera *«como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores»* (123:2), para recibirla a su tiempo. Dios decide los tiempos y las ocasiones, según su propósito y el desarrollo de su perfecto plan.

En Romanos 4:17 se dice de Dios: Primero: Él es a quien Abraham creyó. Segundo: Él es quien da vida a los muertos. Tercero: Él es quien llama las cosas que no son, como si fuesen (o para que sean).

Dios habló y Abraham creyó. La Palabra de Dios debe ser creída, pues eso hace veraz a Dios. Juan nos dice que el que no cree a Dios le hace mentiroso (1ª Jn. 5:10), lo cual es más terrible que no creer *en* Dios.

Abraham y nosotros tenemos algo importante en que creerle a Dios. Abraham creyó la palabra de Dios tocante a su descendencia, nosotros creemos la palabra de Dios tocante a su Hijo Jesucristo.

El hecho que se diga aquí *que Dios es quien da vida a los muertos*, significa que el justo ha de pasar por la muer-

te, en esta espera de la promesa, antes de recibirla. La imagen de esa pareja de ancianos –él casi muerto, ella estéril– nos conmueve por lo patética y desolada. Ellos tuvieron que probar la muerte, para poder venir a ser herederos del mundo. De la misma manera, antes de Dios otorgarnos algo, nos hace primero pasar por la muerte, para que quede claro ante nuestros ojos que aquello no es de nuestra hechura.

Dios llama las cosas que no son para que sean. Sabemos que por la palabra de Dios fueron creados los cielos y la tierra, y que por la misma palabra son sustentados. A Dios le gusta crear por medio de su Palabra. Él está constantemente creando, y sustentando. En la naturaleza, él ya acabó su creación, pero en el reino de los hombres, él sigue creando. Cada vez que alguien nace de nuevo, es una nueva creación de Dios. Cada vez que alguien es vivificado por su Palabra, es una nueva forma de expresión de su vida creativa.

Cuando alguien le cree a Dios, comienza a actuar su poder creativo para dar vida a aquello que fue creído. Eso verdaderamente deleita a Dios. Muchos creyentes provocan, en el acto de creer continuamente, que la mano de Dios se siga extendiendo para crear. Y esas son las promesas de Dios que se van haciendo realidad.

El poder de la gracia

La gracia es la mano extendida de Dios hacia el hombre, supliéndolo en su pobreza y en su necesidad. La gracia es un regalo de Dios; lamentable-

mente, el hombre no siempre está dispuesto a aceptar regalos, porque eso hiera su amor propio. En su soberbia, prefiere pagar, o recibir recompensas por lo obrado.

La gracia de Dios requiere que el hombre no obre, sino que espere y reciba. Pero este «esperar» es difícil. Cuando Abraham debió esperar, él actuó, y nació Ismael. No conocía aún el poder de la gracia. Había sido justificado por la fe, pero aún le faltaba saber que el fruto de la fe también llega por gracia. No sólo la justicia es por la fe, sino que también el cumplimiento de la promesa se recibe por fe.

Nos parece que esperar en la gracia de Dios es holgazanear, y por tanto, lo desechamos. Preferimos tener algo entre manos, para ayudar a la gracia de Dios. Dios tuvo que esperar que Abraham fracasase antes de ofrecerle el fruto de la gracia. En esto Abraham también es nuestro padre – no sólo en lo tocante a la fe –. La impaciencia y la voluntariedad también nos caracterizan.

Nos parece que la gracia de Dios es infértil, que nunca se alcanzarán los objetivos si esperamos en ella. Pero ¿qué nos dice la Escritura? *«Y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos»* (1ª Cor. 15:10). *«Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que ..., abundéis para toda buena obra»* (2ª Cor. 9:8). *«Y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad»* (Col. 1:6). La recepción de la gracia por parte del creyente desata el poder de Dios para

Nos parece que esperar en la gracia de Dios es holgazanear, y por tanto, lo desechamos.

Preferimos tener algo entre manos, para ayudar a la gracia de Dios.

obrar todo fruto de justicia.

La gracia, en la Escritura, aparece asociada con la debilidad del hombre (*«Y me ha dicho (el Señor): Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad»*, 2ª Cor. 12:9); y con el poder de Dios (*«el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder»*, Ef. 3:7). La gracia requiere un sustrato de humildad (*«Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes»*, Stgo. 4:6) y también de debilidad, para que así sea patente el poder de Dios, y para que no haya jactancia.

Para el hombre es sumamente incómodo vivir en debilidad, y estar rodeado de «afrentas, necesidades, persecuciones y angustias». Sin embargo, es bajo esas condiciones que el poder de Dios se perfecciona. Mucho del aparataje que hay dentro de la cristiandad, con el que se pretende hacer la obra de Dios, es nada más que la imposibilidad de esperar en los recursos de la gracia.

Constantemente hemos de decidir si esperaremos en Dios, o nos adelantaremos a hacer lo que nosotros podemos y sabemos hacer. El tiempo que esperamos en Dios es siempre

demasiado largo, y el sentido de impotencia es tan agudo que podemos hasta llegar a enfermarnos. Sin embargo, quien espera en Dios con fe, habiendo sido fortalecido en el hombre interior para creer en «esperanza contra esperanza», recibirá lo creído. Porque Abraham, «habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa» (Heb. 6:15). Es después de Ismael que aprendemos a esperar con paciencia hasta alcanzar la promesa.

Los dos hijos de Abraham

Los capítulos 16 y 21 de Génesis son incomprensibles sin la interpretación que hace Pablo en Gálatas 4. Específicamente, en lo referente a Agar e Ismael.

En Génesis 16 se cuenta cómo Abraham, por sugerencia de Sara, tomó a Agar como concubina, y cómo ella le dio un hijo, Ismael. Un poco más adelante, en Génesis 21 se cuenta cómo Abraham despidió a la concubina y a su hijo por disposición de Dios.

Pablo nos da la explicación: Agar representa el Pacto antiguo, e Ismael a los hijos esclavos que da ese pacto. Por eso Ismael debió ser expulsado de casa, pues no debía heredar el hijo de la esclava con el hijo de la libre.

Génesis 16 nos cuenta que Agar era egipcia, y que cuando Abraham se llegó a ella, tenía 85 años. Abraham engendró ese hijo con la fuerza que aún le quedaba. Por eso Ismael nació «según la carne», nos dice Pablo. En cambio, cuando 15 años después nació Isaac, el hijo de la promesa, Abraham ya estaba casi muerto, y Sara era incapaz de concebir.

Ismael es el hijo que Abraham hizo; Isaac es el hijo que Dios le dio. Ahí está la diferencia. La ley consiste en lo que el hombre puede hacer; la gracia consiste en lo que Dios nos da. La ley siempre *apela* a la capacidad del hombre; la gracia se manifiesta *a causa de* la incapacidad del hombre.

Ismael nació primero; Isaac nació 14 años después. Ismael nació primero, porque el hombre siempre intenta probar primero con sus fuerzas, antes de abandonarse en los brazos de Dios, reconociendo su incompetencia. Tras la concepción de Ismael, y después de su nacimiento, Abraham y Sara tuvieron muchos problemas. Pues lo que nace de la carne produce muerte (Rom.8:6). «La ley produce ira», dirá Pablo, y eso es lo que aconteció en esos largos años en que Abraham y Sara pudieron comprobar cuánto se habían equivocado.

La ley, la carne y las obras de la carne están estrechamente emparentados. El resultado de todas ellas muestra la ineficacia de los esfuerzos humanos por agradar a Dios. En cambio, ¡qué dicha y solaz produjo Isaac! ¡Cuán lleno de la bendición de Dios!

Todos nuestros Ismaeles están llenos de muerte; pero cuán llenos de vida están nuestros Isaacs. Por eso, hay que echar a Ismael, porque él no tiene herencia junto a Isaac. Lo que procede del hombre es carne, y la carne «para nada aprovecha» (Jn. 6:63). Esto es fácil decirlo, y fácil comprenderlo; pero no es nada fácil aceptarlo en nuestra experiencia.

Cuánto nos aferramos a nuestras

pequeñas virtudes, a nuestros escasos aciertos; cuán orgullosos estamos de lo que somos y de lo que podemos hacer para Dios. Tienen que pasar 14 o más años – hablamos figuradamente – para reconocer que nuestro Ismael sólo nos ha causado problemas, y que no tiene suerte ni cabida en la casa de Dios. ¡Cuán tarde decide Dios darnos a Isaac; tanto, que algunos de nosotros no alcanzamos a obtenerlo! ¡Ay, y lo único que tenemos son muchos Ismaeles!

Dios clama por medio del salmista: *«Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra»* (Salmo 46:10). Si estamos quietos; si esperamos en Dios hasta que cesen nuestros ímpetus, y muera nuestro celo carnal, y fenezcan nuestros arrestos de justicia propia, entonces Dios actuará, y como consecuencia, él será exaltado y enaltecido, y no nosotros, entre las naciones.

El carácter de Abraham

Como hemos visto, en Génesis 15 tenemos el magnífico episodio en que Abraham fue declarado justo por creerle a Dios. Sin embargo, en los capítulos siguientes de Génesis tenemos a Abraham viviendo zozobras diversas. Lo cual nos demuestra que la justicia imputada no es aún la justicia encarnada y expresada en toda su hermosura.

Recién en el capítulo 22 encontramos el fruto maduro de la justicia, la transformación que ésta opera en el creyente. Dios pidió a Abraham que ofreciese al hijo de la promesa sobre el altar del sacrificio. Era imposible

que un hombre común realizase aquel acto. Pero Abraham no era ya un hombre común.

Dios quería manifestar figuradamente lo que él mismo habría de hacer unos mil ochocientos años después, al ofrecer a su hijo Jesucristo en la cruz. ¿A qué hombre podría utilizar para expresar tan grande acto de abnegación? Sin duda, debía ser alguien en quien Dios venía trabajando desde hacía tiempo. Desde aquel hecho de Génesis 15 hasta este de Génesis 22 han pasado probablemente unos cuarenta años en la vida de Abraham.

La justicia que había sido primero sólo imputada era ahora una gloriosa realidad en Abraham, cuyo carácter había sido transformado. Ahora era justo por atribución y justo por conducta. Dios veía reflejados en él aspectos de Su propio carácter. Para representar a Dios en el ofrecimiento de su propio Hijo, Abraham debía ser justo en toda su manera de ser, como Dios le había dicho: *«Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto»* (Gén. 17:1). ¡Qué satisfacción debió de sentir Dios al hallar un hombre al que podría usar para expresarse a sí mismo! Expresar a Dios. ¿No ésta nuestra mayor meta y privilegio?

El privilegio de Abraham fue mostrar antes y en sí mismo, un rasgo – probablemente el mayor – de la maravillosa naturaleza de Dios. Y lo hizo bien. Tanto, que las palabras de Dios que siguieron al ofrecimiento de Isaac son de las más sentidas que Dios haya hablado jamás a un hombre.

¿Cuánto del carácter de Dios puede ser expresado a través de los creyentes de hoy?

Abraham sin hijos

Como sabemos, Abraham fue padre de dos hijos: Ismael e Isaac. Uno había nacido en el vigor de su padre; el otro, en la impotencia de su vejez. Pero en un momento de su vida, Abraham se quedó sin ninguno de los dos – al menos en el ámbito de su corazón.

Ismael debió ser expulsado de casa, pues había sido concebido de una mujer esclava y en respuesta a la iniciativa humana. Isaac, en tanto, el hijo amado, el hijo de la promesa, debía ser ofrecido sobre el altar del sacrificio.

Lo que nació de la carne debió ser expulsado; el que provino de Dios, debía volver a Dios. Nada era de Abraham. Ni lo que él produjo, ni lo que Dios le dio.

Tal ocurre en la vida del creyente que camina con Dios y procura agradar a Dios. Sus primeros esfuerzos tienen un fin de muerte, y no pueden permanecer en la casa de Dios. Tras el fracaso, y la derrota, viene la alegría del fruto espiritual, de las gavillas que Dios pone en sus manos.

Sin embargo, el creyente tiene que experimentar la muerte de nuevo. Lo que Dios puso en sus manos, debe volver a él. El fruto de su fe pertenece a Dios, y no es suyo. Lo de él es sólo impotencia, desolación, muerte.

Dejar ir a Ismael es doloroso; pero poner a Isaac sobre el altar lo es todavía más. Es toda nuestra gloria, por-

que hemos llegado a comprender que es Dios quien nos lo dio. Este hijo tiene la impronta de Dios, el sello de la resurrección. ¿No es hermoso? Sin embargo, en un determinado día, Dios nos dirá que vayamos al monte Moriah, y que llevemos aquello que tanto amamos – el fruto de nuestra fe, y de nuestro caminar con Dios – para ofrecerlo.

El creyente no tiene derechos con Dios. No hay ninguna obra que Dios le haya confiado, ninguna bendición espiritual que haya puesto en sus manos, que le pertenezca al hombre. Lo que comenzó en Dios debe volver a Dios. Si el creyente no está dispuesto a perderlo, significa que todavía se aferra a algo de sí mismo.

Si no estamos dispuestos a perder lo que Dios nos ha dado, significa que todavía es nuestro. Y si es nuestro, Dios se alejará de ello.

Si Dios no nos devuelve a Isaac después del altar, entonces significa que nunca fue nuestro. Sólo lo que perdemos en Dios, y Dios nos lo entrega de vuelta, es verdaderamente nuestro. Es hermosa la bendición de Dios en nuestra mano, pero no es mayor que el Dios de la bendición. Por sobre Isaac está el Dios de Isaac.

¿Cuál es el fin de esta historia?

Dios dijo: *«Por mí mismo he jurado, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo; de cierto te bendeciré ... por cuanto obedeciste a mi voz»* (Gén. 22:16,18). Llegó la bendición sobreabundante.

Pero el secreto está en estar dispuesto a quedarse sin hijos; sólo con Dios.

LOS SUEÑOS



En los dos primeros capítulos de Mateo hay cinco sueños, y cinco mensajes significativos a través de ellos.

En el *primero* (1:20-24), un ángel del Señor anuncia a José que no repudiase a María, por causa de su embarazo, porque lo que en ella había sido engendrado era del Espíritu Santo. El *segundo* (2:12) está dirigido a los magos orientales para que no avisasen a Herodes dónde se hallaba el niño Jesús. En el *tercero* (2:13), un ángel apareció a José para decirle que huyera a Egipto con el niño y su madre, porque Herodes buscaría al Niño para matarlo. En el *cuarto* (2:19), un ángel se apareció a José para que regresaran de Egipto, porque habían muerto los que procuraban la muerte del Niño. Y en el *quinto* (2:22), se le avisó a José que se fuera a residir con su pequeña familia a la región de Galilea.

Cinco sueños providenciales, cinco voces de alerta que dirigieron a los personajes en medio de circunstancias adversas, para que el propósito de Dios se cumpliera. Cinco sueños que tienen como centro al Rey de Reyes y Señor de señores, cuando venía a este mundo, en la mayor debilidad.

Parecen tan frágiles un hombre, una mujer y un niño, y parecen tan temibles las fuerzas de un Herodes enfurecido. Sin embargo, un solo movimiento de la mano de Dios, un aviso oportuno, un mensaje en un sueño, son suficientes para burlar el mal y poner un escudo alrededor de los que Él ama.

Cuando el propósito de Dios está involucrado, bien pueden gozarse los amados de Dios en su pequeñez e indefensión, que Él es suficientemente poderoso para guardarlos. Cuando el corazón de Dios ha quedado prendado en la tierra por un Niño, y por algunos hombres (porque sus delicias son con los hijos de los hombres), no importa que éstos sean débiles en grado sumo, porque no hay fuerza en el universo, ni de ángel ni de demonio, capaz de herirles, porque Dios mismo les guarda.

Nosotros no podemos hacer la obra de Dios. Pero aun así, agrega, en un sentido somos colaboradores de Dios.



Watchman Nee

Lectura: Filipenses 3:12-14; 2ª Corintios 6:1.

Dios tiene su obra. Esta obra no es tu obra ni la mía, ni es la obra de esta misión ni la de otro grupo. Es la obra propia de Dios.

Génesis cap. 1 nos dice que Dios trabajó y que luego descansó. Nadie sino él podía hacer esta obra de creación. Y hoy tiene también su trabajo, que ningún hombre puede realizar.

La obra de Dios sólo la puede hacer Dios mismo. Cuanto antes nos damos cuenta de ello, mejor. Porque la obra humana, los pensamientos del hombre, los métodos del hombre, el celo, dedicación, esfuerzos y actividades humanas no caben en lo que Dios está obrando. El hombre no puede participar en la obra de Dios hoy

como no participó en la creación. En Filipenses, Pablo dice: «Por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús». El Señor Jesús tiene un propósito especial y específico al echar mano de nosotros – y lo que queremos conseguir es este propósito específico. Este propósito es conseguir que nosotros seamos colaboradores suyos. Sin embargo, es todavía cierto que *no podemos* hacer la obra de Dios, puesto que es total y absolutamente suya.

Pero en un sentido *somos* colaboradores de él. ¡Así que, por un lado debemos reconocer y darnos cuenta de que no podemos tocar la obra de Dios ni aun con el meñique, y por otro, somos llamados para ser colabo-

radores junto a él! Y es por esto que ha echado mano de nosotros. El Señor tiene un propósito específico en la salvación y un propósito claro y definido en salvarnos – el cual es conseguir que seamos colaboradores suyos.

¿Qué es la obra de Dios?

¿Qué es, pues, la obra de Dios? Efesios lo aclara mejor que ningún otro libro del Nuevo Testamento. El versículo 4 del primer capítulo dice: «Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor ...»; y en 2:7 leemos: «Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús». Además, 1:9 añade: «Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo».

En las reuniones de la iglesia tenemos a menudo los que se levantan y dicen lo que piensan. Estos no hablan en el Espíritu, sino que están «fuera de onda». Lo que dicen es de poco o ningún valor. Pero en la creación de Dios, tal como él la ha diseñado, no hay nada que no concuerde. Todo es para el Hijo, todo viene de Cristo y va a Cristo. No hay nada que esté fuera de él. Porque Dios lo ha incluido *todo* en Cristo: «Porque por él fueron creadas todas las cosas ... todo fue creado por medio de él y para él» (Colosenses 1:16). Todo está en perfecta armonía en el plan de Dios. Y Dios hará que todo elemento de su creación llegue a este nivel y a su puesto de armonía perfecta. Pero no-

sotros no podemos hacer nada por lograr esto; Dios lo está haciendo todo y lo hará todo.

¿Quién es el colaborador de Dios?

El colaborador de Dios es la iglesia. En los dos versículos citados anteriormente entrevemos las dos eternidades: 1) «Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo»; y 2) «Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús». Y el medio por el cual se va a lograr esto es «el cuerpo de Cristo», que sirve para contener a Cristo.

Ahora bien, ¿quién es precisamente un colaborador de Dios? *No* es alguien que quiera trabajar por Dios, alguien que ve una carencia e intenta remediarla; ni tampoco es alguien que ayuda a los demás a ser salvos; más bien es alguien que hace lo que Dios le tiene destinado en su propósito eterno, y no hace más que cumplir su destino. Si vemos de verdad el propósito por el que Cristo Jesús echó mano de nosotros, toda nuestra labor y obras anteriores quedarían anuladas.

El propósito y objetivo de Dios es

¡Así que, por un lado debemos reconocer y darnos cuenta de que no podemos tocar la obra de Dios ni aun con el meñique, y por otro, somos llamados para ser colaboradores junto a él!

mostrar a su Hijo en todo, es revelar-nos a su Hijo para que veamos «las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús». ¿Es este el objetivo de la obra que estás realizando ahora? Si tu obra no alcanza este objetivo no eres colaborador de Dios.

Puede que te preguntes: ¿Cómo sabré que estoy colaborando con Dios? Esto puede ser contestado fácilmente. ¿Estás satisfecho con lo que haces? Si no satisfaces el corazón de Dios, el tuyo tampoco estará satisfecho. No se trata de comparar tu trabajo con el de otro. De lo que se trata es de averiguar si lo que estás haciendo es bueno – esto es, bueno a la vista de Dios, aceptable a Dios, y que procede de él y está en concordancia con su propósito eterno.

No tenemos que mirar en torno nuestro y criticar a los demás, preguntándonos si es posible que todos estén equivocados y que sólo nosotros, unos pocos, tengamos razón. Esto no tiene sentido y es dañino. No importa lo que hacen los demás. De lo que nos tenemos que asegurar es de apresurarnos nosotros mismos a «lo que está delante, a la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús».

¿Qué es la iglesia?

Cuando empezamos a buscar aquí sobre la tierra *algo* – una iglesia, un testimonio, una doctrina, algo tangible y visible –, vemos que no tarda en convertirse en más «cristianismo técnico». No es más que algo terrenal – muerto y de poca utilidad. Ahora, el cuerpo de Cristo vive y es espiri-

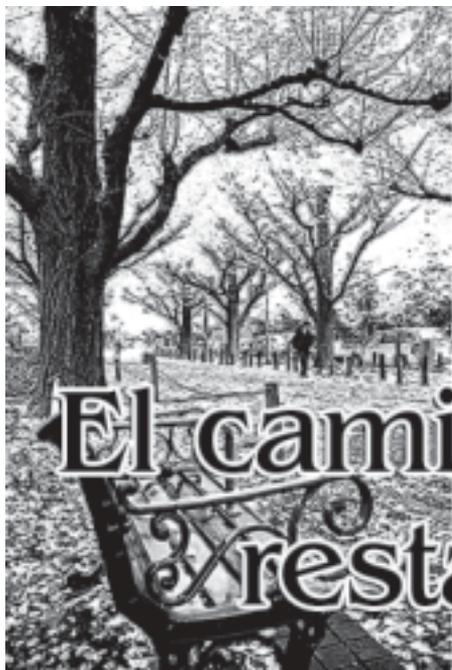
tual. Pero cuando está muerto se convierte sólo en *algo*.

No hemos de ser más que una semilla de trigo que cae en la tierra y muere y produce una cosecha. Esto se repite una y otra vez a lo largo de los siglos. Es algo que pertenece al cielo; no hay nada de terrenal en el proceso. La iglesia no es un conjunto de judíos, gentiles, anglosajones, americanos, chinos y otros pueblos. Porque ¿no dice Colosenses: «Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos» (Col.3:11).

Hay personas que creen que para poder entrar por las puertas del cielo necesitamos tener a Cristo en nosotros – y es esto lo que nos permite entrar. Esto es una equivocación enorme. Porque a la entrada del cielo está la cruz, y sobre esta cruz estamos crucificados tú, yo y todos los seres humanos.

Cada miembro de todos los pueblos ha sido clavado a esta cruz, y ninguno de ellos ha llegado a entrar en el cielo. Todo lo que entra es *Cristo*, nada de lo que somos *nosotros* logra entrar. Y esta parte que logra entrar es la iglesia. Todo cuanto esté en nosotros y alrededor de nosotros que es *Cristo o de Cristo*, es la iglesia; todo lo que es *nuestro* en nosotros – o sea, lo que no es Cristo en nosotros – *no* es la iglesia y no logrará franquear la entrada del cielo, sino que quedará destruido. Lo que tengamos de la vida pura de Cristo es todo lo que será reconocido por Dios, y él se preocupará sólo de esto. Y no es más que este elemento lo que puede colaborar con Dios.

(Tomado de *La Obra de Dios*).



El camino de la restauración es el camino de la fortaleza espiritual.

El camino de la restauración

T. Austin-Sparks

«Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres» (1 Sam. 22: 1-2).

«Estos son los que vinieron a David en Siclag, estando él aún encerrado por causa de Saúl hijo de Cis, y eran de los valientes que le ayudaron en la guerra» (1 Cr. 12: 1).

«Y este es el número de los principales que estaban listos para la guerra, y vinieron a David en Hebrón para traspasarle el reino de Saúl, conforme a la palabra de Jehová» (1 Cr. 12:23).

La debilidad espiritual debe ser hecha manifiesta

Este fue un período durante el cual Israel fue particularmente amenazado por los filisteos. Estos últimos fueron siempre una sombra sobre la vida de Israel, y el instrumento por medio del cual fueron puestas en evidencia la debilidad y la impotencia de Israel.

Por lo general, el Señor tiene una

forma particular de revelar un estado o una condición. No siempre es reconocible como un estado en sí mismo; tiene que haber algo que lo saque a la luz. Debido a esto o a aquello, la condición real de las cosas se manifiesta como no lo haría aparte de ese instrumento que el Señor usa para descubrirla. Llega a ser positivo, en lugar de abstracto, en razón de ciertas cosas.

Es común que muchas personas hablen despectivamente de un lugar como una 'cueva de Adulam', implicando que es un lugar de muchas personas descontentas y airadas que no pueden seguir con los demás. Pero darle ese tipo de significado es dejar de lado toda la importancia espiritual de esto.

El Señor quiere, por ejemplo, levantar una situación, una experiencia, una dificultad, un desafío concreto, y entonces la incapacidad para enfrentarlo y tratar con él nos muestra que esa cosa particular –la cual en otras circunstancias, habiendo las cosas sido diferentes, no habría contado para nada y se habría conquistado y dominado en seguida– se vuelve ahora el medio por el cual el Señor muestra cuán deplorable es el estado espiritual.

El Señor tiene una forma de hacer eso. Cuando Israel entró en la posición y condición correcta bajo David, los filisteos no contaban para nada, perdieron toda su relevancia. Pero aquí ellos son muy significativos; ocupan un lugar predominante; y eso es sólo debido al estado espiritual del pueblo de Dios. Así, la debilidad espiritual se hace aquí manifiesta por medio de los filisteos.

Nos preguntamos: ¿Por qué Israel estaba desvalido ante los filisteos? ¿Por qué su deplorable condición de debilidad se manifestó en presencia de los filisteos, quienes de otra forma no habrían significado nada? Al mirar de cerca la respuesta, vemos que en el fondo había mucho en común entre Israel y los filisteos. Ellos son conocidos entre nosotros por el epíteto de 'filisteos incircuncisos'. David usó esa frase refiriéndose a Goliat (1 Samuel 17:36).

Ahora, al mirar a Israel, ése era realmente su estado espiritual. Eran incircuncisos de corazón. Ellos fueron llamados el pueblo de Dios, y tradicionalmente lo eran. Ellos tenían las ordenanzas –aun la ordenanza de la circuncisión– pero era todo externo. Pablo traza una muy clara línea de diferenciación entre la circuncisión exterior y la circuncisión interior, del corazón. Él dice que es la última la que nos hace israelitas de verdad, no la anterior (Romanos 2:25-29).

Aquí vemos a Israel exactamente en esa posición – incircuncisos de corazón. El hecho que ellos dijeran: «...*constitúyenos un rey... como tienen todas las naciones*» (1 Sam. 8:5), mostró que aquello que era común a las naciones había entrado en sus corazones. Ellos querían ser como las otras naciones. Es decir, el espíritu del mundo se había introducido, y ellos no sabían nada de lo que Pablo llama «la circuncisión de Cristo», ni «quitando las inmundicias de la carne» (1ª Ped. 3:21), ni de despojarse del viejo hombre. Había en lo profundo de Israel algo en común con los filisteos, y siendo así, el hecho tenía

que ser expuesto; y el mundo mostró la debilidad de ellos.

Así sucede con una iglesia, con una comunidad cristiana, o con la cristiandad, cuando es mundana en espíritu, en principio, en método. El mundo expone la debilidad de ellos y muestra cuán desvalidos están. El mundo, como los filisteos, se burla de ellos, y dice: 'Ustedes no cuentan para nada, no son tomados en serio'. El mundo se ríe de la iglesia o de los cristianos que en principio tienen cosas en común con él mismo, y por eso puede decir: 'Nosotros podemos hacer su trabajo mejor que ustedes'. De esta manera, vemos que el mundo es primordialmente el instrumento para exhibir o exponer la debilidad de los cristianos, simplemente porque hay esa base común.

El camino de la fortaleza espiritual

a) Una vida de fe en separación hacia Dios

En ese punto de su historia, en ese estado de cosas, es introducido David. Contra Saúl que es un tipo del principio del mundo en la Iglesia, David es puesto en escena, y tenemos estas tres reuniones en torno a él. Ellas son muy significativas en relación a lo que estamos diciendo. David representa separación hacia Dios y una vida de fe. Israel había dicho: «...constitúyenos un rey... como tienen todas las naciones». 'Queremos algo visible en que descansar, algo que podamos ver y considerar con nuestros sentidos, algo tangible, algo totalmente opuesto a la vida de fe'.

El Señor dijo: «...a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos» (1

S. 8:7). Ellos se volvieron de una vida de fe. David es introducido como el principio de fe de Dios que requiere la separación del principio del mundo, el espíritu del mundo, la mentalidad del mundo. Entonces no es raro que David, habiendo sido tan claramente señalado por Dios como aquel con quien Dios estaba y con quien Él se había comprometido, sea, por Su soberanía, puesto en una posición que será la situación de prueba para el pueblo de Dios. Él proporciona una prueba suprema acerca de si estas personas realmente están siguiendo a Dios o siguiendo a Saúl; yendo con el cielo o con la tierra; andando en el Espíritu o en la carne. David viene a ser ahora la prueba de la espiritualidad – de la espiritualidad real.

En el primer pasaje lo encontramos en la cueva en el desierto – esto es, el lugar exterior, espiritualmente fuera, rechazado; el lugar apartado del sistema mundano que había capturado al pueblo de Dios; apartado de ese orden meramente tradicional de cosas que eran sólo exteriores, en forma y ordenanzas, pero no algo del corazón. David fue puesto fuera de eso en el desierto, y por supuesto él fue repudiado por todo el sistema oficial, que estaba positivamente contra él – si era posible, para su destrucción.

Así que la primera cosa que se planteó al pueblo de Dios fue la cuestión de su discernimiento, el discernimiento acerca de dónde estaba Dios realmente – con Saúl o con David– y acerca de dónde se satisfarían sus necesidades espirituales más profundas. Yo pienso que es desafortunado que la palabra hebrea se haya tradu-

cido 'descontentos' en el texto. Habría sido mucho mejor mantener la interpretación marginal en el texto – 'amargados de alma'.

Es común que muchas personas hablen despectivamente de un lugar como una 'cueva de Adulam', implicando que es un lugar de muchas personas descontentas y airadas que no pueden seguir con los demás. Pero darle ese tipo de significado es dejar de lado toda la importancia espiritual de esto. Dios ha tenido que hacer esta clase de cosas una y otra vez. Cuando la Iglesia ha partido de una posición puramente espiritual, celestial, una verdadera vida de separación hacia Él, se ha encontrado con que la mayoría no estaba lista para tal posición. Sólo una minoría estaba lista, y entonces la gente ha dicho de ellos: 'Oh, ésa es una cueva de Adulam, hay muchas personas descontentas'. No, ellos estaban amargados de alma, e incapaces de cumplir sus obligaciones espirituales; en deuda porque la provisión para la competencia espiritual había estado perdida a causa de que algo bastante falso había ganado posiciones entre el pueblo de Dios. Ésa es una verdadera posición espiritual.

Pero aquí estaba David fuera de todo ese sistema del mundo que había cazado al pueblo de Dios. Había una interrogante de si el pueblo del Señor podría discernir; y los que discernieron fueron hacia David a un lugar de fe.

b) Unión con Cristo en la muerte

Lo que quiero decir aquí en primer lugar es que esta posición en el desierto, y todo lo que involucró para

David y para los que fueron a él, representa clara y positivamente la unión del creyente con Cristo en la muerte. Aquellos otros han estado gloriándose en ese compañero maravilloso, Saúl, gloriándose en la idea de él acerca de un gran reino. Era una cosa mundana, conforme al pensamiento de las naciones.

Pablo dijo: «*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*» (Gál. 6:14). Es esa unión con Cristo en la muerte al espíritu y al sistema del mundo, a toda la tendencia del mundo que constantemente está invadiendo la Iglesia, como los filisteos que vinieron una y otra vez con sus principios mundanos, causando problemas y trayendo al pueblo del Señor a un lugar donde Él no podría seguir con ellos ni comprometerse con ellos.

Aquéllos que salieron a David tomaron una posición aparte, y representan a las personas verdaderamente espirituales que toman su lugar en ese aspecto de la Cruz que significa la muerte a todo aquello. La vida de David estaba puesta a precio, y los que se le reunieron se volvieron fugitivos con él y realmente, desde cierta perspectiva, ellos renunciaron al mundo. Perdieron su posición y todas sus esperanzas en ese reino. Renunciaron a su vida y asumieron todos los riesgos implicados en su asociación con David.

c) Unión con Cristo en la resurrección

El segundo pasaje, al principio de 1 Crónicas 12, nos trae a Siclag. No nos detendremos para analizar cómo

David entró en posesión de la ciudad, pero aquí vemos que en Siclag había otra división para David. Lo que sabemos de Siclag es que mientras David y sus hombres estaban lejos por un día, los amalecitas hicieron una incursión en la ciudad y capturaron todo, esposas y niños y todas las posesiones; luego pusieron fuego a la ciudad y se fueron.

Cuando David y sus hombres regresaron, encontraron todo perdido o destruido. Ellos lloraron, dice, «hasta que ya no tuvieron fuerzas para llorar». Era una situación muy seria y crítica. Verdaderamente era el lado de la muerte. Pero entonces dice: «David se fortaleció en el Señor su Dios», y él preguntó al Señor si debía perseguir a los amalecitas, y el Señor dijo: ‘Sí, anda’. El Señor soberanamente le facilitó darles alcance a los amalecitas, para que él recuperara todo (1 Samuel 30:1-31).

Esta es otra etapa en la verdadera vida y plenitud espiritual. Para mí, ésta corresponde a la carta a los Romanos. En los primeros capítulos de esa carta encontramos todo estando perdido. Desde los primeros versos, es notorio este movimiento para descubrir algo que ha sido perdido en Adán, y al llegar al final del capítulo 5, alcanzamos el punto donde todo está perdido. El capítulo 6 trae la Cruz, y de allí en adelante vemos que todo está siendo recuperado.

Todo lo que estaba perdido es recuperado a través de la Cruz. En el capítulo 8, hay una recuperación plena, y vemos que la creación entera, que estaba sujeta a vanidad, es recuperada. Todos los que estaban perdi-

dos a causa del pecado de Adán ahora han sido recuperados, y éste es el lado de la resurrección de la Cruz. La muerte siempre va con él. El Señor nunca pasa por alto el lado de la muerte – que en Adán, en el mundo bajo el juicio, todo está perdido. En el caso de David, vamos desde el desierto a Siclag en el lado de la muerte, pero entonces aquí damos un paso adicional a la recuperación de todo en resurrección.

David se fortaleció en su Dios. El Señor dijo: «Persíguelos... dales alcance y recuperarás todo». Ese es el otro lado. Hay unión de resurrección con el Señor Jesús así como la unión de muerte. No se trata sólo de tomar la posición de muerte con Cristo y quedarnos allí; debemos pasar al otro lado. El avance espiritual significa asirse de Cristo resucitado para recuperar todo lo que ha estado perdido: y ha sido recuperado. Es una recuperación plena.

d) Unión con Cristo en los lugares celestiales

Pasemos al tercer pasaje, en la segunda parte de 1 Crónicas 12. «*Y este es el número de los principales que estaban listos para la guerra, y vinieron a David en Hebrón*». El tercer paso es Hebrón. El nombre significa Liga o Compañerismo. Se dice de Hebrón que era una ciudad muy antigua. Su historia se pierde en las brumas de la antigüedad, como si fuese de fuera de este mundo. Esta es espiritualmente una posición muy avanzada.

¿A dónde llegamos nosotros a través de la muerte y la resurrección? ¿Cuál es la próxima posición? Cierta-

mente está en los lugares celestiales. Ahora se presenta ante nuestros ojos la soberanía del Señor Jesús entronizado. Es aquí cuando ellos hacen rey a David. Toda la cuestión de Su exaltación y gobierno celestial como desde fuera de este mundo viene ante nosotros cuando llegamos a Hebrón. Yo pienso que ustedes ven muy claro lo que esto significa.

Pasamos ahora de Romanos a Efesios. Son «...*los lugares celestiales en Cristo Jesús*». Dios, «*resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder, y señorío, y sobre todo nombre que se nombra...*» (1:20, 21). David está llegando ahora al trono, y allí se le reúnen muchos para devolverle el reino – en Hebrón. Aquí vemos, en tipo, a la Iglesia en los lugares celestiales – el compañerismo que es de fuera de este mundo, de una naturaleza verdaderamente espiritual; la unión con Cristo en ascensión en los lugares celestiales, donde Él es, absoluta e indiscutiblemente, el Señor.

Él es hecho Rey. Él es «...por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Efesios 1:22-23). Bien, aquí es algo más que una sociedad o institución terrenal, algo más que una compañía del pueblo de Dios como una congregación en la tierra. Es esa cosa que viene de la antigüedad, de «antes de la fundación del mundo». «...nos escogió en él antes de la fundación del mundo» (Ef. 1:4) – la Iglesia de los eternos consejos de Dios. Es una posición celestial, una cosa celestial, un

compañerismo celestial que ha roto su contacto en espíritu con todo este sistema del mundo aun como es encontrado en la Iglesia.

Y en Hebrón vemos que ellos tuvieron un tiempo precioso. Siete días festejaron, comieron y bebieron, y luego quisieron tener otros siete días. Con alguien que ha gustado el compañerismo real y celestial, no hay preguntas como: ‘¿Adónde perteneces tú? ¿A qué denominación, secta o asociación?’. Ellos han dejado todo eso atrás; han entrado en un reino donde Cristo es Señor único y absoluto. Si tú gustas esa clase de fraternidad, querrás seguir avanzando. ¡Estás listo a excusar a Pedro por querer hacer las tres enramadas! ‘No retornemos a los negocios, ¡quedémonos aquí para siempre!’. Es así como hemos de sentirnos.

Por supuesto, tenemos que retomar nuestro trabajo, pero en lo que estamos pensando no es en una conferencia durante siete días «en los lugares celestiales» para luego dejar nuestra posición celestial y reasumir la vieja terrenal. ¡No! Este debe ser la conciencia permanente de la vida del pueblo de Dios. Tú tienes que retomar tus asuntos, pero todavía puedes estar en el bien espiritual de la comunión celestial del pueblo del Señor, y debes perseverar en ello.

La próxima fase debería ser Jerusalén. Cuando el Señor ponga en la tierra algo de lo que hemos estado hablando, tú puedes esperar su vida dentro de poco. Jerusalén será la próxima cosa.

«*A Witness and A Testimony*», Vol. 28-2, 1950.

Meditaciones de Oswald Chambers



Uno con Dios

La pasión dominante del obrero

«Por tanto, procuramos también... serle agradables (2ª Corintios 5:9).

Es trabajo arduo mantener la ambición suprema al frente. Significa mantenerse en ese alto ideal año tras año, no siendo ambiciosos de ganar almas ni establecer iglesias ni de tener avivamientos, sino ser tan sólo ambiciosos de ser «aceptos al Señor». No es la falta de experiencia espiritual lo que conduce al fracaso, sino la insuficiencia de esfuerzo en mantener bien en alto el ideal. Por lo menos una vez por semana entra en cuentas con Dios, y ve si estás manteniendo tu vida a la altura de la

norma que él desea. Pablo es como un músico que no se cuida de la aprobación del auditorio, con tal que pueda captar la mirada de aprobación de su Maestro.

Cualquier ambición que esté en lo más mínimo apartada de esta ambición central de «presentarse a Dios aprobado» podrá terminar en que seamos reprobados. Aprende a discernir adónde conduce la ambición, y verás por qué es tan necesario vivir enfrentándose al Señor Jesucristo. Pablo dice: «Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado» (1ª Corintios 9:27).

Tengo que aprender a relacionar todo a la ambición maestra, y mantenerla sin cesar. Lo que valgo para Dios en público es lo que soy en privado. ¿Es mi ambición maestra agradecerle a él y serle acepto, o es algo menor, no importa cuán noble sea?

¿Qué deseas?

«*¿Y tú buscas para ti grandezas?*» (Jeremías 45:5).

¿Estás buscando grandes cosas para ti? No buscando ser grande, sino buscando grandes cosas de Dios para ti mismo. Dios quiere que estés más bien en una relación íntima con él, que recibiendo sus dones. Quiere que llegues a conocerle. Una cosa grande es accidental, viene y se va. Dios nunca nos da nada por accidente. Nada es más fácil que entrar en una relación verdadera con Dios, a no ser cuando no es Dios mismo a quien tú deseas, sino solamente lo que él te da.

Si sólo has llegado a ese punto de pedirle cosas a Dios, no has llegado todavía al borde del abandono de Dios; has llegado a ser un cristiano desde tu propio punto de vista. «Le pedí a Dios el Espíritu Santo, pero no me dio el sosiego y la paz que yo esperaba». Inmediatamente Dios pone el dedo en la razón: no estás buscando absolutamente al Señor, estás buscando algo para ti mismo. Jesús dice: «Pedid y se os dará». Pide a Dios lo que deseas, pero no puedes pedir si no es por una causa justa. Cuando te acercas a Dios, deja de pedir cosas. «Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, aun

Dios quiere que estés más bien en una relación íntima con él, que recibiendo sus dones. Quiere que llegues a conocerle.

antes de que le pidáis». Entonces, ¿por qué pedir? Para que lleguéis a conocerle.

Uno con Dios

«*Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros!* (Juan 17:21).

Si estás pasando por una senda solitaria, lee Juan 17. Esta lectura te explicará exactamente por qué estás donde estás. Jesús ha orado para que seas uno con el Padre, como él lo es. ¿Le estás ayudando a Dios a contestar esa oración, o tienes otra finalidad para tu vida? Desde que te hiciste un discípulo, no puedes ser tan independiente como lo eras antes.

El propósito de Dios no es el de contestar nuestras oraciones, sino que por nuestras oraciones lleguemos a discernir la mente de Dios, y ésta está revelada en Juan 17. Hay una oración que Dios tiene que contestar, y esa es la oración de Jesús: que sean una sola cosa, como también nosotros somos una cosa». ¿Estamos tan positivamente cerca de Jesús como para eso?

A Dios no le importan nuestros planes. Él no nos dice: «¿Quieres pasar por este duelo o este contratiempo?». Él permite estas cosas para sus

propios designios. Las cosas que estamos padeciendo ¿nos están haciendo hombres y mujeres más amables, mejores, más nobles, o nos están haciendo más cavilosos, más criticones, más insistentes en nuestra propia manera de hacer las cosas?

Las cosas que suceden, o nos hacen demonios o nos hacen santos; esto depende enteramente de la relación que guardamos con Dios. Si decimos: «Hágase tu voluntad», obtendremos la respuesta de Juan 17; la consolación de saber que nuestro Padre está obrando según su propia sabiduría.

Cuando comprendamos lo que Dios está procurando, no seremos más mezquinos y cínicos. Jesús ha rogado por nosotros nada menos que por una absoluta unidad con él mismo; como él era uno con el Padre. Algunos de nosotros estamos lejos de eso, pero Dios no nos dejará hasta que seamos uno con él, porque Jesús ha orado para que podamos serlo.

Descubriendo los designios divinos «*Guiándome Jehová en el camino...*» (Génesis 24:27).

Tenemos que ser uno con Dios de tal manera que no necesitemos pedir su dirección continuamente. La santificación significa que somos hechos hijos de Dios; y la vida natural de un hijo es la obediencia, hasta que llega el momento en que quiere ser desobediente, entonces inmediatamente siente la discordia intuitiva.

En el reino espiritual la discordia intuitiva es la amonestación del Espí-

ritu de Dios. Cuando él hace una re-prensión, tenemos que detenernos en seguida y ser renovados en el espíritu de nuestras mentes a fin de conocer cuál es la voluntad de Dios. Si somos nacidos de nuevo del Espíritu de Dios, es una aberración de la piedad pedir a Dios que nos dirija aquí o allá.

«Guiándome Jehová», y mirando hacia atrás vemos la presencia de un plan notable que, si somos nacidos de Dios, se lo atribuiremos a él.

Todos podemos ver a Dios en las cosas excepcionales, pero se requiere la cultura de la disciplina espiritual para ver a Dios en cada detalle. Nunca permitas que la aparente casualidad sea otra cosa que el orden establecido por Dios, y permanece listo para descubrir los designios de Dios en cualquier lugar.

Guárdate de que tus convicciones se hagan un ídolo inflexible en ti, en vez de ser consagrado a Dios. «Nunca haré eso». Con toda probabilidad lo tendrás que hacer si eres un santo. Nunca hubo sobre la tierra un ser más inflexible que nuestro Señor; pero él nunca fue inflexible con su Padre. La única consistencia de un creyente debe ser, no a un principio, sino a la vida divina. Es la vida divina la que continuamente hace más descubrimientos acerca de la mente divina. Es más fácil ser un fanático que un alma fiel, porque hay algo asombrosamente humillante, especialmente para nuestro orgullo religioso, en ser leales a Dios.

(Tomado de En pos de lo supremo)

CITAS ESCOGIDAS

Cual David en la cueva de Adulam, Cristo tiene sus humildes seguidores recogidos de entre los desterrados de la tierra. Él es todavía un Rey en el exilio, es despreciado y rechazado de los hombres, y si apareciera ahora, probablemente la mayoría de los que llevan su nombre se avergonzarían de él.

A. B. Simpson, Mateo

Tan lejos está un hombre de disminuir la gloria de Dios con su rechazo a adorarlo como lo está un loco de apagar el sol si escribe «oscuridad» en los muros de su celda.

C. S. Lewis, en El Problema del dolor

El ministro puede legítimamente apelar al deseo de felicidad y a su contrapartida negativa, el terror a la infelicidad. Aquellos filósofos que insisten en que deberíamos hacer siempre lo correcto simple y llanamente porque es correcto, no son filósofos en absoluto, porque o bien son tremendamente ignorantes de la naturaleza humana, o se permiten el lujo de especular con fantasía.

John Broadus, en Sed de Dios, de John Piper.

Hagamos de la Biblia nuestra lectura principal. Oremos al leerla, comparémosla con ella misma, alimentémonos de su contenido, hasta que el Espíritu Santo nos haya llenado del espíritu de su santidad... Los candidatos al ministerio me han pedido repetidas veces indicaciones para sus lecturas: *Leed la Biblia*. Yo daría esta respuesta quinientas veces seguidas.

Charles Finney

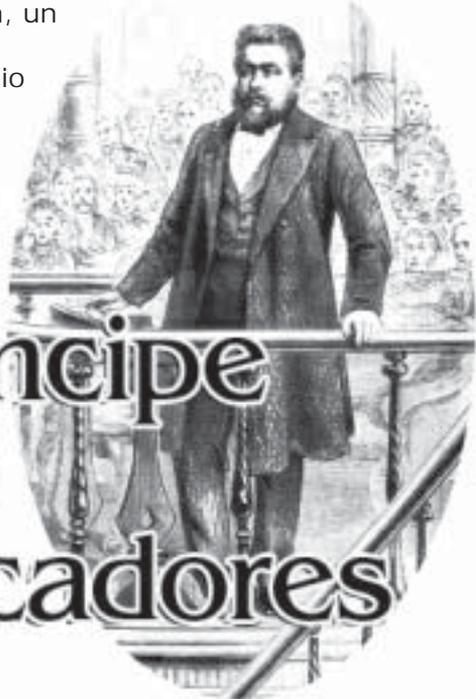
Ninguna porción de la Escritura, entendida correctamente, contradice otra porción. La Palabra está llena de paradojas aparentes. Ahí se encuentran las verdades más profundas.

B. M. W.

Dios tiene tratos con los creyentes a base de: «En CRISTO HABÉIS MUERTO». Pero la Iglesia de Cristo, como conjunto, no tiene en cuenta este hecho. Trata de la creación caída como capaz de mejorar, y el significado de la Cruz como el llevar a la muerte a la vieja raza de Adán, que ha caído sin posibilidad de reparación, queda con ello anulado».

Jessie Penn-Lewis, La cruz, piedra de toque de la fe

Precoz, prolífico, polémico, elocuente.
 Charles Haddon Spurgeon, un
 hombre que hizo brillar
 hermosamente el evangelio
 en la penumbra de la
 Inglaterra decimonónica.



El príncipe de los predicadores

Alguien ha dicho que la vida de Charles Haddon Spurgeon puede dividirse, igual que sus sermones, con una introducción y tres secciones. La introducción sería el Spurgeon de la infancia y la adolescencia. El primer período (o división), Spurgeon en el New Park Street, época del despertar y la oposición. El segundo período, Spurgeon después que se hubo instalado en el Tabernáculo Metropolitano y que la tormenta se convirtió en casi admiración. El último punto sería el período de los últimos cinco años, en que la paz terminó súbitamente, y volvió la oposición.

Seguiremos, pues, este mismo

bosquejo para desarrollar esta semblanza de la vida del hombre que ha sido llamado «El Príncipe de los Predicadores».

Infancia y adolescencia

Charles H. Spurgeon nació el 19 de junio de 1834, en Kelvedon, una población campesina en el Condado de Essex, Inglaterra. Fue el primogénito de 16 hijos.

Pertenecía a una familia cristiana de origen hugonote de reconocida probidad. Doscientos años atrás, su bisabuelo había sido encarcelado por razones de conciencia. A causa de la hostilidad, la familia Spurgeon debió huir a Inglaterra, donde su abuelo,

Un día le entregaron una carta procedente de Londres. Grandemente extrañado, la abrió y se enteró de su contenido. Luego, pasándosela a un diácono, le dijo: «De seguro esta carta no es para mí, sino para alguna otra persona de mi nombre».

James, llegó a ser pastor de la Iglesia de Stanbourne por más de medio siglo.

Cuando el pequeño Charles tenía sólo 18 meses de edad, su padre se fue a vivir a Colchester donde se encargaba de la contabilidad de un comercio de carbón. Entretanto, ejercía el pastorado de una iglesia independiente en Tollesbury. Más tarde, el niño habría de ser enviado a vivir con su abuelo en la localidad de Stanbourne.

Desde muy temprana edad, leyó los libros de su padre y de su abuelo. Pero más que eso, se impregnó de la atmósfera de verdadera piedad de ambos hogares: el respeto por la Palabra, que era tan característica de los puritanos, la rectitud de conciencia que siempre caracterizó a los no conformistas ingleses, el decidido rechazo de las prácticas de la iglesia imperante, y la absoluta dedicación a la obra del evangelio.

Mientras estaba con su abuelo

ocurrió un hecho muy significativo. Llegó al hogar Richard Knill, un predicador amigo de la familia. Después de varios días de compartir con ellos, quedó muy impresionado por el pequeño Charles. Antes de irse, reunió a todos, y sentando al niño en sus rodillas, dijo: «No sé cómo, pero siento un solemne presentimiento de que este niño predicará el Evangelio a millares, y de que Dios le bendicirá en muchas almas. Tan seguro estoy de esto, que cuando mi pequeño hombre predique en la capilla de Rowland Hill, quisiera que cantara el himno que comienza: «Dios se mueve de manera misteriosa, para sus maravillas efectuar».

Spurgeon diría más tarde: «¿Contribuyeron las palabras de Mr. Knill a efectuar su propio cumplimiento? Yo lo pienso así. Yo las creí y miraba al futuro, a la época en que predicaría la Palabra». De hecho, la profecía tuvo cumplimiento, y la predicación en Rowland Hill también, con himno incluido.

Cuando tenía 11 años de edad asistió a una escuela en Colchester y más tarde pasó dos años en una escuela de Maidstone. Durante su estancia allí, ganó premios y medallas en torneos literarios y concursos. Poseía una viva inteligencia, y era persistente en el estudio, y de muy buena memoria. Sus condiscípulos admiraban su habilidad de observación.

J. D. Everett, quien fuera condiscípulo suyo, lo recuerda así: «Era más bien pequeño y delicado, con rostro pálido, pero lleno, ojos y pelo oscuros, de maneras vívidas y brillantes, con un incesante manantial de con-

versación. Era más bien de músculos débiles, no se ocupaba de los juegos atléticos. Era experto y hábil en todo género de libros de conocimientos; y hábil en los negocios. Tenía una asombrosa memoria para pasajes de la oratoria, y acostumbraba a recitarme trozos de conferencias, de vívida descripción. Le oí también recitar grandes trozos del libro «Gracia Abundante» de Juan Bunyan.

Conversión y primeros pasos

Spurgeon tenía la costumbre de ir a la iglesia de su padre; pero el domingo 15 de enero de 1850 no pudo hacerlo a causa de la gran nevada que caía. En vista de ello, buscó un lugar donde oír la Palabra. «Encontré una pequeña capilla de los Metodistas Primitivos. A muchas personas había oído hablar de esta gente, y sabía que cantaban tan alto que su canto daba dolor de cabeza; pero no me importaba. Quería saber cómo podía salvarme, y no me importaba que me diera dolor de cabeza. Así que me senté y el servicio continuó, pero no vino el predicador. Al fin, un hombre de apariencia muy delgada, Roberto Eaglen, subió al púlpito, abrió la Biblia, y leyó las palabras: «Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra» (Isaías 45:22). Entonces, fijando sus ojos en mí, como si me conociera, dijo: «Joven, tú estás en dificultad». Sí, yo estaba en gran dificultad. Continuó: «Nunca saldrás de ella mientras no mires a Cristo». Y entonces, levantando sus manos, gritó como creo que sólo pueden gritar los Metodistas Primitivos: «Mira, mira, mira». «Sólo hay que

mirar» dijo. Y en ese momento vi el camino de la salvación. ¡Oh, cómo saltó de gozo mi corazón en aquel momento! No sé si dijo otra cosa. No presté mucha atención a eso, tan poseído estaba por aquella sola idea. Spurgeon tenía en estos momentos quince años y seis meses.¹

Poco después se trasladó a vivir a Newmarkel, donde trabajó como ayudante de profesor. Allí, con el consentimiento paterno, se bautizó y unió a los bautistas. Posteriormente trabajó en una escuela de Cambridge. Estando allí, sintió el llamado para el ministerio.

Spurgeon comenzó su servicio al Señor como maestro de Escuela Dominical y predicador laico. Por su carácter afable, y por la amena instrucción que daba a los niños, llegó a ser muy querido.

Su primer sermón fue dado de manera inesperada. Se le encomendó acompañar a un joven predicador a la aldea de Terversham, pero, para su sorpresa, el predicador se negó a predicar y le encomendó la tarea a Spurgeon. El tema de su predicación fue: «Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso» (1ª Pedro 2:7). Los sencillos campesinos quedaron muy impresionados por el ardor del corazón del joven, y desde entonces, su fama comenzó a crecer en los alrededores.

¹ Muchos años después le fue presentado a Spurgeon el Sr. Eaglen, su padre espiritual. A primera vista Spurgeon no lo había conocido, porque Eaglen había engordado bastante y no era ni tan alto ni tan pálido, sin embargo se regocijó mucho, y dijo que «nunca había esperado ver el rostro de este predicador hasta la mañana de la resurrección».

Y cuando no querían oírle, se las arreglaba de alguna manera para que lo hicieran. Una vez, en una noche lluviosa, después de haber caminado bastante para llegar a un poblado, se encontró con que nadie se había reunido. Entonces, envuelto en su impermeable, llevando su linterna en la mano, fue de casa en casa, invitando a la gente. Así pudo reunir una pequeña congregación».

Primer pastorado

A fines de 1850, cuando sólo contaba con unos pocos meses como predicador, fue llamado al pastorado de la Iglesia Bautista de Waterbeach, lugar cercano a Cambridge. Spurgeon tenía entonces 17 años de edad. Desde entonces, y aún cuando estuviera en los días de gloria, nunca desdeñaría las congregaciones pequeñas o rurales, donde siempre predicaba con el mayor placer.

Cuando se inició como pastor en Waterbeach, la aldea tenía poco más de 1.000 habitantes, diseminados en una amplia zona. El elemento masculino de ella tenía mala fama. En su mayor parte eran toscos campesinos, muy dados a la embriaguez y al libertinaje. La pequeña congregación se reunía en un granero, transformado en capilla de blancas paredes y techo de paja. Contaba con unos cincuenta miembros, de los cuales sólo había una docena cuando Spurgeon predicó su primer sermón.

Durante el tiempo que permaneció en Waterbeach padeció estrecheces y penurias, pero la Iglesia creció y el pueblo sufrió una completa metamorfosis. El joven que Dios había

usado para esto recibió el aprecio y el respeto de todos.

Al poco tiempo, los padres de Spurgeon quisieron que su hijo ingresara en el famoso Regent's Park College. Aunque Spurgeon se sentía reacio a hacerlo, convinieron en una entrevista entre él y el Director, a fin de tratar el asunto. La entrevista había de celebrarse en el hogar de un tal Macmillan, un editor cristiano. Ambos concurren a la cita, pero por un error de una de las empleadas, fueron introducidos a distintas habitaciones, donde esperaron por mucho tiempo, ignorantes de que se encontraban tan cerca el uno del otro.

La entrevista fracasó y Spurgeon estimó que esto era una indicación de que Dios no quería que él cursara estudios sistemáticos de teología. Esa misma tarde le pareció oír una voz que le decía: «¿Buscas grandes cosas para ti? No las busques». Esto lo recibió como un expreso mandamiento de Dios de no ingresar a una universidad alguna. Ni entonces ni después, Spurgeon habría de hacerlo. Sin embargo, llegó a ser uno de los hombres más ilustrados de la época. Se dice que leía por lo menos seis libros cada semana y llegó a contar con una biblioteca personal con más de 10.000 volúmenes.

A fines de octubre o principios de noviembre de 1853, cuando Spurgeon no había cumplido aun los 20 años, se celebró en Cambridge una Convención de Escuelas Dominicales, a la que fue invitado junto con otros dos predicadores. En el auditorio se encontraba un señor de apellido Gould. Por esta época, la antigua y célebre

Iglesia de la calle New Park Street de Londres, se encontraba sin pastor, y en estado de gran decadencia. Un día, hablando Gould con un diácono de aquella iglesia, se lamentaba éste de las tristes condiciones en que se encontraba la congregación. Entonces Gould le habló de Spurgeon.

Un domingo por la mañana le entregaron a Spurgeon una carta procedente de Londres. Luego de leerla, se la pasó a un diácono y le dijo: «Seguramente esta carta no es para mí, sino para alguna otra persona de mi nombre». Al día siguiente, escribió a Londres diciendo que suponía que había algún error, pues él tenía sólo 19 años de edad y era el predicador de una pequeña iglesia rural. Con esta carta dio por terminado el asunto. Pero en tiempo oportuno recibió otra misiva de Londres en la que se le ratificaba la invitación a predicar en New Park Street.

Llegada a New Park Street

La visita a Londres estuvo llena de temores, de sentimientos de ridículo (en la casa de huéspedes le hicieron ver lo tosco de su atuendo) y de la pequeñez de su persona, en medio de las grandezas de la capital. Sin embargo, su predicación el domingo por la mañana agradó a los poco más de cien asistentes. Su texto fue Santiago 1:17: «Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo Alto». En la noche predicó sobre Apocalipsis 14:5: «Y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha». Después del servicio, la congregación no se disolvió inmediatamente, comentando lo que habían

oído, y expresando su deseo de que el joven predicador regresara otra vez.

La congregación de la calle New Park tenía una historia muy venerable, que databa del siglo XVII. En distintas épocas había disfrutado de gran prosperidad y florecimiento, pero en aquel momento se hallaba en gran decadencia; al punto que, como dice un autor, «todo su futuro parecía encerrarse en su pasado». El local de la capilla, capaz de contener 1.200 personas sentadas, apenas recibía la visita de 60 ó 70, en un ambiente glacial.

Los diáconos comprometieron a Spurgeon a predicar durante seis semanas, alternando las predicaciones en Londres y en Waterbeach. No obstante la intermitencia, la iglesia se veía cada día más animada y concurrida. Al expirar el plazo, le pidieron que supliera el púlpito por espacio de seis meses, como paso previo al pastorado. Spurgeon les contestó que bastaba con un plazo de tres meses, en cuya fecha podía ser prorrogado por otros tres, o despedido sin necesidad de explicaciones. Cuando aún no concluían los primeros tres meses, la congregación le invitó a aceptar el pastorado con carácter oficial y permanente. Era el 28 de abril de 1855.

Al poco tiempo, invadió a Londres la epidemia del cólera, causando estragos en la población. El diligente y valeroso comportamiento del joven predicador aumentó aun más su popularidad y le granjeó muchos leales amigos. Las multitudes literalmente invadían la capilla de New Park Street para oírle.

En uno de aquellos domingos, al terminar su sermón, Spurgeon dijo: «Por la fe cayeron los muros de Jericó; y por fe caerá también esta pared del fondo». Al concluir el servicio, uno de los diáconos de la iglesia le dijo que no debía volver a mencionar tal asunto, a lo que éste contestó con su característica prontitud: «¿Qué quiere usted decir? No me oirán hablar más de esto cuando esté hecho, y por tanto, mientras más pronto se haga, mejor». A los pocos días comenzaron los trabajos.

Matrimonio y familia

Entretanto, Spurgeon se casó con Susana Thompson, una joven de la iglesia. Pese que ella tuvo durante gran parte de su vida problemas de salud, fue una ayuda idónea y amiga fiel. Pertenece a una familia acomodada de comerciantes de la ciudad, y había recibido una sólida educación. Brillaba en su ambiente por sus gustos refinados y por la gran bondad de su carácter, más que por la belleza física. Era una mujer a quien Dios había adornado con las mejores virtudes para la misión que le correspondía cumplir.

Ella tuvo la energía para emprender dos obras que le valieron mucho reconocimiento y estima: el «Fondo de Libros», y el «Fondo de Auxilio para Ministros Pobres».

El primero surgió cuando Spurgeon publicó sus «Discursos a mis estudiantes», en 1869. Ella se sintió tan enamorada del libro, que cuando su marido le preguntó: '¿Te gusta?', ella contestó: 'Quisiera poderlo poner en manos de cada mi-

nistro de Inglaterra'. '¿Cuánto darás para ese fin?', le preguntó él.

Entonces ella recordó que en una pequeña gaveta tenía algún dinero muy bien guardado por años. Al contarlo, vio que sumaba la cantidad precisa para comprar cien ejemplares del libro. Así nació el «Fondo de Libros».

La obra efectuada por esta noble mujer adquirió una gran importancia a medida que pasaba el tiempo. En el año 1884, ella informaba que, en los quince años de existencia del «Fondo de Libros», se habían distribuido 122.129 libros, aparte de un gran número de sermones; y que estos libros habían sido donados a más de 12.000 ministros de todas las denominaciones.

Este trabajo le permitió a la Sra. Spurgeon enterarse de los graves problemas económicos que aquejaban a muchos ministros pobres. Así surgió la idea de crear el Fondo de Auxilio Ministerial.

Respecto a los hijos, los Spurgeon tuvieron solamente dos hijos mellizos, y ambos, andando el tiempo, ingresaron en el ministerio. Uno de ellos se destacó por su elocuencia y capacidad, y sucedió a su tío homónimo, que había quedado al frente del Tabernáculo a la muerte de Spurgeon. Su otro hijo también desempeñó puestos de importancia en su denominación.

Publicaciones

Una de las mayores fases del trabajo de Spurgeon, y que le dio rápida popularidad, fue la publicación de sus sermones. De esta manera estuvo

enviando muy lejos su mensaje, por espacio de un tercio de siglo.

Siendo aun muy joven, Spurgeon había leído un sermón que causó tan profunda impresión en él, que de ahí surgió la idea de publicar algunos de sus sermones 'de valor de un penique'. Al término de su primer año en Londres, ya había publicado doce. Entonces se puso de acuerdo con el editor Passmore, que era miembro de la iglesia, para realizar la publicación semanal de sus sermones. Así, desde el año 1855 y hasta el año 1892, año de su muerte, por un espacio de 35 años, esta publicación continuó ininterrumpidamente.

Los sermones eran registrados taquigráficamente, y a la mañana siguiente él los revisaba; entonces se entregaban al impresor, y un día después se dedicaba a hacer la primera y la segunda corrección de pruebas. Desde el principio, tuvieron una amplia circulación: 25,000 ejemplares semanales. En los 35 años se publicaron aproximadamente unos 32 millones de sermones. Ellos se publicaban en gran número de periódicos y revistas, en diversas partes del mundo. «El auditorio de Spurgeon», dijo alguien, «fue todo el mundo cristiano».

Un día Spurgeon dio una emocionada noticia a su auditorio: «Tengo en mi mano un sermón al cual doy un gran valor. Lleva estampadas las iniciales D. L., es decir, David Livingstone, y es un sermón mío encontrado dentro de una de las cajas del doctor Livingstone. Se titula 'Accidentes y Castigos', y en él se encuentran escritas estas palabras: '¡Muy bueno! D. L.' Me ha sido en-

viado por su viuda, y está sucio y roto, pero lo guardo como una reliquia, porque aquel siervo de Dios lo llevó con él».

En su extenso ministerio, hubo muchos otros testimonios similares. Uno de ellos hizo un gran recorrido antes de llegar a manos de una mujer de mala vida. Así le escribía a Spurgeon un testigo: «Pensad en aquel sermón predicado en Londres, enviado a América, un extracto de él publicado en un periódico de aquel país, ese periódico enviado a Australia, parte de él roto (como si dijéramos accidentalmente), envolviendo un paquete que fue enviado a Inglaterra, y después de tanto viajar, lleva el mensaje de salvación al alma de aquella mujer».

Un inglés que ascendía los Alpes, cerca del lago Ginebra, llegó a una casa, perdida en aquellas soledades, donde encontró, sentadas sobre la hierba, a dos mujeres concentradas en la lectura de un libro: se trataba de un tomo de sermones de Spurgeon, traducido al francés.

En los Estados Unidos, los sermones eran publicados incluso por periódicos seculares. Muchas iglesias que carecían de pastores los pedían para leerlos en sus reuniones. En la Rusia de los Romanoff, en que muchos cristianos eran perseguidos, los sermones de Spurgeon tuvieron una gran recepción y efectuaron su obra de salvación. En 1881, un ministro escribió a Spurgeon desde San Petersburgo: «Por medio de sus sermones Ud. está tomando una gran parte en el adelantamiento del Reino de Cristo, tanto en San Petersburgo

como en el interior. Ud. es bien conocido entre los sacerdotes, los que parecen asirse de sus sermones traducidos; y, lo que resulta extraño, yo conozco casos en que el Censor, de buena voluntad ha dado permiso para que sus obras fueran traducidas, y esto cuando se mostraba irreductible con respecto a otras publicaciones».

Otro ministro escribía a Spurgeon en 1882, desde Varsovia: «En las últimas semanas he estado visitando las Iglesias de Silesia y la Polonia Rusa. En casi todas las poblaciones y villas, una de las primeras preguntas que se me hacía era: '¿Y cómo está el hermano Spurgeon?'. Los soldados ingleses apostados en la India recibían los sermones semanalmente por correo, y el domingo por la noche los leían, caso extraño porque no leen nada que tenga sabor religioso. Cuando un sermón había pasado por las manos de 50 ó 60 hombres, ya estaba completamente negro, usado y roto.

En Australia, un hombre encontró un sermón impreso tirado en el suelo en una cabaña, y por medio de su lectura llegó al conocimiento de la verdad. Lo guardó cuidadosamente durante el resto de su vida, y en su lecho de muerte se lo dio a un misionero como el único tesoro que podía dejar tras de sí. Otro australiano hizo que algunos de estos sermones fuesen insertos en los periódicos, pagando personalmente un enorme costo por ello.

Desde Tasmania escribía la esposa de un misionero, en 1885: «Si el Sr. Spurgeon supiera lo apreciado que son sus sermones en nuestros bosques sureños, donde no hubo predicadores por espacio de años, y cuántos casos

de conversiones ha habido debido a ellos, se sentiría maravillado y se regocijaría con gozo indecible».

Se cuenta el caso de un armador de barcos de pesca, en el Mar del Norte, que, convertido por uno de los sermones de Spurgeon, puso a uno de sus barcos el nombre «Charles H. Spurgeon», el cual había intervenido en el salvamento de un barco que estaba a punto de naufragar.

A. G. Brown relata el siguiente incidente: «Una vez vino a mí un hombre de magnífica presencia. Le pregunté: '¿Dónde aceptó usted al Salvador?', e inmediatamente me contestó: 'Latitud 25, longitud 54'. Confieso que tal respuesta me extrañó y me intrigó. '¿Qué quiere usted decir?', le dije. Y contestó: 'Yo estaba sentado en la cubierta de mi barco, y de un paquete de periódicos que tenía delante de mí, extraje uno de los sermones de Spurgeon. Comencé a leer, y mientras avanzaba en la lectura, vi la verdad y recibí al Señor Jesús en mi corazón. Inmediatamente busqué la latitud y la longitud en que me encontraba, y ésta es la que le he dado a usted'.

La casa editora Passmore & Alabaster tuvo que abandonar todo otro género de publicaciones, para ocuparse exclusivamente de la edición de los libros y folletos de Spurgeon, y no daba abasto.

De la gran cantidad de obras publicadas por Spurgeon, tanto de mensajes, positivos, de ilustraciones, devocionales, históricos, de pedagogía y moral cristiana, podemos destacar, de los traducidos al español: «El Tesoro de David» (comentario de los

Salmos, en 2 tomos), «Pescador de almas», «Devocionales Matutinos», «Discursos a mis estudiantes», «Notas de sermones», «Todo por gracia».

Comienzan las hostilidades

Corría 1856. Mientras se efectuaban las modificaciones de la capilla en New Park Street, la congregación alquiló el Exeter Hall, un enorme edificio con capacidad para 5 a 6 mil personas, que se encontraba en una de las avenidas más importantes de Londres. Pero muy pronto también quedó chico.

La prensa no podía dejar pasar la verdadera revolución que estaba realizando el joven Spurgeon. Algunos – los menos – trataban el asunto con seriedad y respeto, pero los más le trataron despiadadamente, lanzándole al rostro las acusaciones más absurdas, groseras e injuriosas. Su nombre comenzó a ser «pateado por la calle como una pelota de fútbol». Le representaban como un mono, un cerdo, un payaso, o como la personificación del mismo diablo.

En el dormitorio de su hogar, la señora Spurgeon había colgado un texto: «Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y, alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros» (Mateo 5:11-12).

En muchos otros lugares del país, la prensa se unía a esta corriente. Un periódico de Sheffield publicaba: «En los momentos actuales, el gran león, la estrella, el meteoro, o llámeselo

como se quiera, de los bautistas, es el reverendo Spurgeon. Ha hecho verdadero furor en el mundo religioso. Cada domingo, las multitudes asaltan Exeter Hall como si fueran a un gran espectáculo dramático. El enorme local se llena hasta rebosar de un público emocionado, cuya buena fortuna en conseguir entrada suele ser envidiada por los centenares que se quedan fuera asediando las puertas cerradas... Spurgeon se predica a sí mismo. No es otra cosa que un actor, y no hace otra cosa sino exhibir aquella incomparable desfachatez que le caracteriza en grado sumo, entregándose a burdas familiaridades con las cosas santas, declamando en estilo delirante y coloquial, contoneándose arriba y abajo en la plataforma como si estuviera en el Teatro de Surrey, y jactándose de su propia intimidad con los cielos con una frecuencia que da náuseas. Se diría que el cerebro de este pobre joven ha sido trastornado por la notoriedad que ha adquirido, y por el incienso que se ofrece en su santuario. Reconozcamos en favor de ellos, que las grandes luminarias de su denominación no apoyan ni alientan a Spurgeon. Es un fenómeno espectacular, pero de corta duración, un cometa que ha aparecido súbitamente en el firmamento religioso. Ascendió como un cohete, y antes de poco descenderá como la caña». Spurgeon tenía sólo 22 años.

Días de controversia

Sin embargo, la controversia mayor se planteó en el plano teológico. Spurgeon chocó con la corriente doctrinal que imperaba en la cristiandad

londinense. El punto de vista doctrinal predominante en los años 1850 a 1860 era arminiano, y Spurgeon profesaba valientemente el calvinismo. Él pensaba que el arminianismo era un error que estaba influenciando todo el sector no conformista, así como la propia Iglesia de Inglaterra, y lo decía con el ímpetu de su arrolladora juventud y de su celo por lo que él consideraba la pureza del evangelio.

«The Bucks Chronicle» le acusaba de hacer del hipercalvinismo requisito esencial para entrar en el cielo; «The Freeman» deploraba que denunciase a los arminianos «en casi todos los sermones»; «The Christian News» asimismo condenaba sus «doctrinas de tan fiero exclusivismo» y su oposición al arminianismo; y «The Saturday Review» se dolía que Spurgeon predicase la redención «en salas saturadas de olor a tabaco».

En vez de declararse inocente de estas acusaciones, Spurgeon las aceptó prontamente. Afirmaba que la necesidad primordial de la Iglesia no era simplemente más evangelismo, ni siquiera más santidad (en primer lugar), sino el retorno a la plena verdad de las doctrinas de la gracia, a las que, para abreviar, estaba dispuesto a llamar calvinismo. Spurgeon afirmaba: «La antigua verdad que Calvino predicó, que Agustín predicó, que Pablo predicó, es la verdad que debo predicar hoy, o de lo contrario sería infiel a mí conciencia y a mi Dios. No puedo ser yo el que dé forma a la verdad; ignoro lo que es suavizar las aristas y salientes de una doctrina. El evan-

gelio de Juan Knox es el mío. El que tronó en Escocia ha de tronar de nuevo en Inglaterra».

Spurgeon se defendía de los ataques con sutileza y elegancia: «Se nos culpa de ser 'ultras'; se nos considera la chusma de la creación; apenas hay ministros que nos miren o hablen favorablemente de nosotros, porque defendemos puntos de vista enérgicos en cuanto a la soberanía de Dios, sus divinas elecciones, y su especial amor hacia su pueblo propio». Predicando a su propia congregación diría en 1860: «No ha habido una iglesia de Dios en Inglaterra en los últimos cincuenta años que haya tenido que pasar por más pruebas que nosotros... Apenas pasa día en que no caiga sobre mi cabeza el más infame de los insultos, tanto en privado como en la prensa pública; se emplean todos los medios para derrocar al ministro de Dios...».

Spurgeon pensaba que la oposición no era sólo hacia su persona, sino que los ataques obedecían a causas más profundas. «Hermanos, en todos los corazones hay esta natural enemistad hacia Dios y hacia la soberanía de su gracia». «He sabido que hay hombres que se muerden los labios y rechinan los dientes rabiosos cuando he estado predicando la soberanía de Dios... Los doctrinarios de hoy aceptan un Dios, pero no ha de ser Rey, es decir, escogieron un dios que no es dios, y antes sirvo que soberano de los hombres». «El hecho de que la conversión y la salvación son de Dios, es una verdad humillante. Debido a su carácter humillante, no gusta a los hombres».

Spurgeon consideraba el arminianismo como popular debido a que servía para aproximar más el Evangelio al pensamiento del hombre natural; acercaba la enseñanza de la Escritura a la mente mundana. «Si la religión de Cristo nos hubiera enseñado que el hombre era un ser noble, sólo que un poco caído – si la religión de Cristo hubiese enseñado que por su sangre había quitado el pecado de todo hombre, y que todo hombre, por su propio y libre albedrío, sin la gracia divina, podía ser salvo – ciertamente sería una religión muy aceptable para la masa de los hombres». Las enseñanzas de la gracia fueron el cimiento del ministerio de Spurgeon durante todo su ministerio.

En todo caso, esta postura calvinista tan decidida por parte de Spurgeon fue más bien teológica que práctica, y fue suavizándose con los años. Su calvinismo nunca le impidió –al contrario– predicar con diligencia el evangelio a todos, como si fuera el más convencido de los predicadores metodistas y arminianos del avivamiento wesleyano.

Estas controversias no tuvieron más efecto que hacer aún más popular el nombre de Spurgeon, y que sus servicios tuvieran más asistencia. Y los que venían para ver al payaso hacer sus contorsiones, o para ver la figura que tenía el diablo hereje, se quedaban para oír la predicación. Muchos de ellos fueron llevados a los pies de Cristo. Spurgeon, que tenía sentido del humor, conservaba cuidadosamente las caricaturas, como asimismo los folletos y artículos que de su persona y obra se publicaban.

Tragedia

En junio de 1855, la congregación regresó del Exeter Hall a la capilla de New Park Street, que tenía capacidad para 400 personas más que antes. Sin embargo, el local resultaba muy pequeño. Muchos tenían que devolverse a sus casas, frustrados.

Pero Spurgeon no sólo predicaba allí. También lo hacía en otros lugares a mediados de semana. Y también fuera de Inglaterra. En 1855 predicó en distintas ciudades de Escocia. A su regreso a Inglaterra viajó por Essex, Cambridgeshire, y Suffolk, predicando en muchas poblaciones, comenzando por Waterbeach, de donde había ido a Londres dos años antes.

La estrechez de la capilla de New Park Street comenzó a hacer ver la necesidad de edificar un templo que reuniera las condiciones apropiadas. Pero la tarea se veía muy difícil. Entretanto, se pensó regresar a Exeter Hall, pero los dueños se negaron a arrendarlo por mucho tiempo a un solo predicador. Poco antes de esta fecha se había inaugurado el Music Hall (Teatro de la Música), probablemente el de mayor capacidad en Londres. Alquilar este edificio parecía una empresa gigantesca. Sin embargo, no había otra opción.

Así que, mientras se creaba un fondo para la construcción de un nuevo templo, se alquiló el Music Hall. Pero las reuniones allí tuvieron un triste comienzo. La primera noche en que Spurgeon predicó, el 19 de octubre de 1856, ocurrió un accidente que tuvo un tremendo efecto sobre el público, sobre el predicador, y sobre el futuro de la obra en Londres. Lo

que no pudieron lograr las diatribas de los periódicos y de los teólogos – acallar a Spurgeon–, casi lo logra este funesto accidente.

El lugar estaba abarrotado con más de 7000 mil personas. A la mitad del sermón, algunos mal intencionados, gritaron «¡Fuego! ¡Fuego!». La multitud se excitó de una manera terrible y se lanzó a las puertas, pisoteándose unos a otros, y ocasionando la más espantosa escena de desolación y muerte. Spurgeon desde la plataforma suplicaba a la multitud que permaneciera tranquila, pero le fue imposible dominar la asamblea. 7 personas murieron y 28 quedaron heridas. Nunca su supo quiénes habían provocado esta tragedia.

Spurgeon cayó enfermo. Según algunos de sus biógrafos, fue esta la enfermedad que le llevaría a la muerte años después. Además, fue terriblemente fustigado por una parte de la prensa. «The Saturday Review» escribía el 25 de octubre: «Creemos que las actividades del señor Spurgeon no merecen en lo más mínimo la aprobación de sus correligionarios. Apenas hay un ministro no conformista de cierta categoría que esté asociado con él. No observamos, en ninguno de sus proyectos u operaciones de edificación, que los nombres de ninguno de los líderes del llamado mundo religioso figuren como fiadores... Existe la opinión general de que sus anormales procedimientos no benefician a la religión.. El alquilar lugares de esparcimiento público para la predicación del domingo es una lamentable novedad. Da la impresión

de que la religión se encuentre falta de recursos. Después de todo, el señor Spurgeon no hace otra cosa sino representar el papel de Jullien dominical. Se nos habla del espíritu profano que debe haber habido en el fondo de la mente clerical cuando la Iglesia representaba Autos Sacramentales y toleraba la Fiesta de los Asnos; pero estas cosas antiguas reaparecen cuando los predicadores populares alquilan salas de conciertos, y predicán la redención en salas saturadas de olor a tabaco, y donde resuenan las castas melodías del 'Bobbing Around' y los valeses de La Traviata».

Aun muchos religiosos le combatieron; pero muchos amigos estuvieron a su lado.

La terrible tragedia obligó a los hermanos a edificar con prontitud un edificio que ofreciera seguridad. Para el efecto, la iglesia adquirió un extenso terreno, el mismo donde en siglos anteriores un gran número de cristianos habían sido quemados por su fidelidad a la Palabra de Dios.

Este mismo año se suscitó una nueva controversia en torno a Spurgeon, conocida como la «Controversia del Riachuelo», y fue motivada por un volumen de himnos que había sido publicado: *Himnos para el Corazón y para la Voz, El Riachuelo*. Para Spurgeon, muchos de los himnos eran simplemente «poemas de la naturaleza» y carecían de una clara verdad evangélica. Pese a que era muy joven, Spurgeon tenía ideas muy claras; y por ser joven, las expresaba con mucha franqueza.

(Continuará)

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada.



Cátaros y albigenses

Testigos en la hora más oscura de la fe

Rodrigo Abarca

Historia y ficción

Quizá ningún grupo de creyentes haya sido objeto de tanta especulación como los *albigenses* o *cátaros*. En la actualidad, con el resurgimiento del esoterismo, se han escrito numerosos libros y novelas donde se pretende 'rescatar' el verdadero legado de los cátaros y sus enseñanzas. Y, siguiendo las muy dudosas declaraciones de sus perseguidores e inquisidores, se les asocia en forma extemporánea con los gnósticos de principios de la era cristiana (Siglos II y III). Existen, inclusive, documentos donde los inquisidores ponen en boca de los cátaros confesiones de tipo gnóstico copiadas letra por letra del li-

bro «Contra Herejías», escrito por Ireneo de Lyon a fines del siglo II, sin molestarse en cambiar o adaptar sus párrafos.

Por esta razón, ante la evidente falta de objetividad y la innegable parcialidad de los documentos que sobrevivieron a los cátaros, muchos historiadores seculares se abstienen de promulgar cualquier juicio histórico y prefieren mantener silencio. Otros, sin embargo, especulan sin apoyo histórico, y crean las más fantásticas teorías sobre su origen y creencias.

Sin embargo, cuando estudiamos en paralelo la historia de bogomiles, cátaros y valdenses, descubrimos que, de hecho, existía una fluida y

constante comunión entre estos grupos, lo cual no podría haber ocurrido si algunos de ellos hubieran sido gnósticos o maniqueos. De los valdenses se han preservado numerosos documentos que prueban, fuera de toda duda, el carácter evangélico y escritural de sus creencias. Y es un hecho que, para los inquisidores de su época, los valdenses, cátaros y albigenses, eran una misma cosa. Distintos nombres dados a idénticos hermanos, dependiendo del lugar y la ocasión, pues, debe recordarse que ellos rehusaban tomar nombre alguno sobre sí, a excepción de «cristianos» o «hermanos». Por cierto, es posible identificar la persistencia de algunas herejías gnósticas, diseminadas aquí y allá en algunas sectas medievales, las que, sin embargo, no pueden ser asociadas sin más a los cátaros y albigenses. Además, se debe recordar que en el período apostólico y post-apostólico muchas herejías gnósticas se desarrollaron al alero de las iglesias de Cristo, tal como el mismo apóstol Juan advirtió en su Primera Carta.

La causa de la herejía

La presencia del error y el engaño nunca está muy lejos de cualquier desarrollo verdaderamente espiritual. Esto no nos debe asombrar. Las iglesias de Cristo, al colocarse bajo la au-

toridad de la Escritura y el Espíritu Santo, evitando cualquier uniformidad y organización exterior, dependen exclusivamente del Señor para su éxito y continuidad. No existe entre ellas ningún credo exterior, rígido y uniforme, vigilado y defendido por alguna institución humana. Pues su persistencia delante de Dios no puede depender de su adhesión a una ortodoxia fría y muerta, sino del contacto vivo con su Cabeza, que es Cristo. Sólo ese contacto puede librarlas del error y la deformación.

Las herejías gnósticas surgieron en estrecho contacto con la fe bíblica, pues forman parte de la estrategia de Satanás para confundir y apartar a la iglesia de Cristo, su cabeza. De hecho, en Colosas ya habían aparecido los primeros brotes, aún en los días del apóstol Pablo. Y lo mismo se puede constatar en las cartas a las siete iglesias del Apocalipsis. Sin embargo, la respuesta de Pablo y Juan no fue ni remotamente un llamado a la persecución, la difamación y la tortura de los herejes, como ocurriría más tarde con la cristiandad organizada, sino una exposición más plena y profunda de Cristo, la Verdad, con claridad y autoridad espiritual. Sólo esto es suficiente para desbaratar los planes del diablo y salvar a los hermanos de la confusión y el error. Y, por supuesto, nada más lo es.

Por ello, a lo largo de la historia de los hermanos olvidados, encontraremos siempre, lado a lado con la fe bíblica, siempre distinguibles, algunas creencias heréticas y distorsionadas. Este hecho, unido a la ilimitada ambición de la cristiandad organiza-

La respuesta de Simón de Monfort fue: «Matad a todos. Dios reconocerá a los suyos».

da por ser considerada la única y verdadera «iglesia de Cristo», que la llevó a perseguir infatigablemente a los cristianos disidentes que no reconocían su autoridad 'oficial', deformando y destruyendo el registro casi completo de su paso por la historia, ha tenido éxito en hacer de muchos de aquellos valientes hermanos, «herejes», aún a los ojos de otros sinceros hermanos que vinieron después. Esta es la trágica historia de aquellos mártires que valientemente levantaron el estandarte de Cristo en la hora más oscura de la fe.

Indagando en los orígenes

El origen de los cátaros y albigenses permanece aún en el misterio. Lo más probable es que fueran fruto de la conjunción de varios factores. En primer lugar, existían diseminados por Europa occidental pequeños grupos de creyentes que se apartaron de la cristiandad organizada en el tiempo de Constantino, entre los cuales los más conocidos fueron los novacianos, quienes también fueron conocidos con el nombre de cátaros o 'puros' (gr. *cataroi*). Por otro lado, durante la temprana Edad Media, la corrupción generalizada de una gran parte de la cristiandad llevó a hermanos sinceros a apartarse de sus males y abusos. Entre esos hermanos se destacaron hombres de gran celo espiritual, quienes denunciaron abiertamente los males de la cristiandad y ganaron un considerable número de seguidores para una fe más bíblica y sencilla, entre los cuales se destacan Pedro de Bruys y Enrique de Cluny. Además, existió

una continua corriente migratoria de hermanos que eran perseguidos en oriente (paulicianos y bogomiles), quienes, al llegar a occidente entraron en contacto con las iglesias de cátaros, albigenses y valdenses.

Todos estos factores ayudan a explicar el surgimiento de una poderosa corriente espiritual durante la Alta Edad Media (Siglos X al XV), conformada por numerosos grupos de creyentes que se apartaron decididamente del cristianismo oficial de su tiempo. Fueron conocidos por muchos nombres: cátaros, albigenses, valdenses, petrobrusianos, patarinos, etc. Y, aunque existía entre todos ellos una estrecha comunión e interrelación, el nombre de cátaros y albigenses se aplicó más bien a los grupos de hermanos que florecieron al sur de Francia y norte de España. El nombre valdenses se aplicó en especial a aquellos hermanos que se desarrollaron en los valles del norte de Italia y Suiza, y de ellos quisiéramos ocuparnos en un artículo posterior.

El nombre 'cátaro', aplicado a los hermanos, parece derivar de la costumbre de sus predicadores itinerantes de vender todas sus propiedades y hacerse así «perfectos» para seguir al Señor y predicar el evangelio, tomando literalmente el consejo del Señor (Mateo 19:21). No obstante, esta no era una costumbre generalizada entre los hermanos, pues la mayoría de ellos permanecía en sus trabajos, oficios y familias. Por otro lado, el término 'albigense' apareció recién a mediados del siglo XII, en la ciudad francesa de Albi, donde un grupo de hermanos fueron que-

mados en la hoguera bajo el cargo de herejía maniquea (aunque esta no pudo ser probada). A partir de entonces, se hizo costumbre asociar a los hermanos del sur de Francia con la 'herejía de Albi', y de allí el nombre, 'albigenses'.

En este artículo nos vamos a enfocar especialmente en aquellos hermanos que fueron conocidos como cátaros y albigenses. Entre la gente común fueron llamados normalmente 'los Hombres Buenos', en reconocimiento a su carácter santo y espiritual, que contrastaba notablemente con el clero de la cristiandad de su época.

Líderes inspirados

Ya hemos mencionado que entre los factores que explican el surgimiento de estas compañías de hermanos está el ministerio de algunos notables líderes espirituales, como Pedro de Bruys y Enrique de Cluny.

El primero, Pedro de Bruys, viajó infatigablemente por más de veinte años, recorriendo diversas provincias de Francia: el Delfinado, Provenza, Languedoc y Gasconia. Multitudes de personas asistían a sus predicaciones en las que denunciaba abiertamente el uso de imágenes, especialmente de la cruz, la veneración de María, los sacramentos, y el bautismo de niños, como costumbres contrarias a la Escritura. Para escucharlo, la gente dejaba los servicios religiosos y se reunía en cualquier punto donde él estuviese. Como no reconocía tampoco la autoridad de la Iglesia organizada, fue perseguido y finalmente arrestado en 1116 d. de C. Fue quemado públicamente en la plaza de Saint Gilles ese mismo año. No obs-

tante, sus seguidores continuaron con su obra y con el tiempo se unieron al resto de los hermanos perseguidos.

Enrique de Cluny continuó con la obra de Pedro de Bruys, de quien fue discípulo. Este era monje y diácono del famoso monasterio de Cluny. Poseía una gran capacidad de oratoria y un aspecto físico imponente. Pero era, además, un hombre extraordinariamente devoto y encendido de celo espiritual. Sus predicaciones atraían a millares, y producían cientos de conversiones, entre ellas, las de algunos reconocidos pecadores, quienes cambiaban radicalmente sus vidas. El avivamiento que él ayudó a encender se extendió rápidamente por todo el sur y el mediodía de Francia. Los líderes de la iglesia organizada se encontraban amilanados y hasta aterrados ante el poder de su predicación, y no se atrevían a hacer nada en su contra. Fue tan grande su impacto en esas regiones que gran parte de los templos y monasterios quedaron abandonados.

Finalmente, Bernardo de Clarvaux, el hombre más poderoso de Europa, fue llamado a detenerlo. Este era un hombre de carácter santo y místico, cuyos himnos en honor a Cristo se recuerdan hasta hoy. Sin embargo, en este asunto actuó con todo el celo de la cristiandad oficial, pues consideraba a Enrique el peor de los herejes, un demonio salido del mismo infierno. Y con respecto a los hermanos, quienes se negaban a reconocer su identidad con hombre alguno, inclusive con Enrique de Cluny o Pedro de Bruys, se quejaba: «Inquirid de ellos el nombre del autor de su

secta y no la asignarán a nadie. ¿Qué herejía hay, que, entre los hombres no tiene su propio heresiarca?... ¿Pero, por qué apellido o por cuál título enrolan ellos a estos herejes? Porque su herejía no se ha derivado del hombre, ni tampoco de un hombre la han recibido». Su conclusión fue que, por consiguiente, habían recibido su enseñanza ¡de los demonios!

Enrique se vio forzado a huir de Bernardo, y continuó con su infatigable labor, hasta que fue finalmente apresado y condenado a un destino desconocido, tal vez ser emparedado vivo, o la pena de muerte, en Tolouse. Los hermanos, no obstante, continuaron adelante con su valiente testimonio y pasaron a formar parte de aquellos grupos de hermanos perseguidos, conocidos por sus enemigos como cátaros y albigenses.

La cruzada contra los albigenses

El importante despertar espiritual de aquellos años entre los hermanos, tuvo su epicentro en la región conocida como el Mediodía de Francia, especialmente en el Languedoc. Allí multitudes de hombres y mujeres de toda clase y condición, incluyendo nobles y obispos del clero, se sumaron a las filas de los hermanos, y sus congregaciones crecieron en un número alarmante a los ojos de la jerarquía de la cristiandad. En 1167 se realizó una conferencia de maestros que congregó a hermanos de todas partes de Europa, inclusive de Constantinopla. Allí estaban los paulicianos, cátaros, albigenses, valdenses, bogomiles, reunidos simplemente como hermanos, sin aceptar ninguno de los apellidos

que sus detractores les colocaban. Se dieron informes del avance de la obra en lugares tan distantes como Rumania, Bulgaria y Dalmacia. Y este hecho nos ayuda a visualizar la amplitud y alcance del despertar espiritual que ellos protagonizaron en aquellos años.

Finalmente, el Papa Inocencio III decidió acabar por completo con los 'herejes', tras fracasar en sus tentativas de convencer, mediante sus legados, a los albigenses, pues éstos se negaron a reconocer otra autoridad que la de las Escrituras, y a la cristiandad organizada como la «verdadera novia de Cristo». Intentó, entonces, convencer al conde de Provenza y a los demás gobernadores de las provincias del sur de Francia para que lo apoyaran en sus intentos de aniquilación de los «herejes». Sin embargo, frente al rechazo de sus pretensiones, convocó una cruzada de exterminio contra los albigenses y las provincias del Mediodía francés. En esa región, debido a la influencia de los hermanos, se había desarrollado la civilización más rica y próspera de Europa.

Cientos de miles se unieron a la cruzada convocada por el Papa, atraídos por las riquezas que quedarían a merced del pillaje y la devastación. Liderada por el terrible Simón de Monfort, la cruzada contra los albigenses devastó el sur de Francia hasta reducirlo a la más completa desolación. Uno tras otro, los pacíficos pueblos del sur fueron tomados y todos sus habitantes pasados a filo de espada. En La Minerva, Monfort encontró 140 hermanos, quienes se negaron a abjurar de su fe, por lo que fueron entregados a las llamas de una

gran hoguera que él mismo preparó en el centro del pueblo. En Beziers, viendo rodeada la ciudad y comprendiendo que toda resistencia sería inútil, el conde Rogelio, junto con el obispo, salió a pedir clemencia para mujeres y niños y aún para aquellos que no eran 'herejes', pues no todos en ella eran albigenses. La respuesta de Simón de Monfort fue: «Matad a todos. Dios reconocerá a los suyos».

La sangrienta cruzada se extendió por cerca de veinte años, hasta devastar totalmente el país. En 1211 cayó Albi y en 1221, Tolouse y Aviñón. Sus habitantes corrieron la misma suerte de todos los demás, y fueron pasados a filo de espada. Cientos de miles de hermanos murieron, ya en la guerra o quemados en la hoguera. Sin embargo, los pocos que lograron sobrevivir, huyeron a diferentes países llevando consigo su fe y testimonio. No obstante, la cristiandad oficial no cejó en su esfuerzo por destruir 'la herejía albigense'. En el Concilio de Tolouse,

en 1229 se creó la Inquisición, con el fin de continuar la persecución en cada rincón de Europa. Y la Inquisición completó la obra inconclusa de la cruzada contra las provincias del Mediodía francés. De este modo, la civilización de Provenza se extinguió por completo.

A pesar de todo, la fe de los hermanos no murió. A dondequiera que fueron, volvieron a levantar el testimonio de Jesucristo. Por toda Europa, numerosos hermanos salían de la cristiandad organizada, y aquí y allá volvían a aparecer, para luego ocultarse, durante los terribles siglos en que la Inquisición ejerció su imperio. Hasta que por fin, con el advenimiento de la Reforma, salieron nuevamente a la luz, cuando se contaban por cientos de miles, dispuestos a escribir un nuevo capítulo de su heroica historia, ya sea uniéndose a la misma Reforma, o tomando parte de la reforma más radical, con el nombre de anabaptistas.

* * *

La cristiana hindú

Cuando una mujer hindú se hizo seguidora de Cristo, su marido y otros parientes trataron de hacerle la vida imposible. Un día un misionero le preguntó:

—Cuando tu esposo se enfada y te hostiga, ¿qué haces?

—Le preparo una mejor comida y le barro mejor el piso —replicó la señora—. Cuando me habla ásperamente, le respondo con suavidad. En todo lo que hago procuro demostrarle que desde que me hice cristiana soy mejor esposa.

Ese marido se resistió a todos los sermones del misionero, pero no pudo rechazar la prédica práctica de su mujer. El Espíritu Santo se valió del gentil testimonio de aquella ama de casa y a la postre el hombre aceptó a Jesús.

Cuando alguien nos trata mal, tenemos dos alternativas: abrigar resentimientos o buscar medios de demostrar el amor de Dios a nuestro antagonista.

UN PAR DE CORDONES

¡El cordón se rompió de nuevo! El joven Joe Evans miró el trozo que estaba en su mano y lo que quedaba de él en el zapato, y oró en silencio: «Señor, tú ves que necesito cordones nuevos». Fue lo único que dijo, y era verdad. Los cordones ya se habían roto muchas veces, y él los había vuelto a anudar para usarlos al máximo. Ahora ya no tenían arreglo.

Pero ¿es que Joe no tenía dinero para comprar cordones nuevos? La respuesta es: «No». En obediencia a quien recibiera como su Salvador en 1904, Joe abandonó su empleo secular y fue a los Estados Unidos. Persuadido de que Dios lo llamaba para su servicio, se fue a preparar en una Escuela Bíblica. Ahora había iniciado su ministerio en la ciudad de Boston.

Eran días de prueba para él. Pronto aprendió el sentido de las palabras de Pablo: «Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre» (Fil. 4:12). Joe estaba aprendiendo lo que era pasar hambre para confiar enteramente en Aquel que había multiplicado cinco panes y dos peces para alimentar una multitud. Estaba pasando necesidad para conocer al Dios fiel que prometiera: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4:19).

¿Es que debemos orar por algo tan insignificante como un par de cordones? Creo que sí, pues el principio de la fe no tiene que ver con la cantidad, sino con la cualidad. El Señor Jesús enseñó que siuviésemos fe como un grano de mostaza, veríamos suceder grandes cosas. Él no cita el grano de mostaza para llamar la atención sobre su tamaño diminuto, sino sobre la vida que existe en él. La semilla contiene un potencial de vida – representa una fe viva. Si hubiese querido enfatizar sólo su tamaño, pudo haber comparado la fe con un grano de arena.

Joe Evans continuó realizando la obra de Dios, usando sus cordones viejos, tranquilo por haber presentado su necesidad al Altísimo.

Días después, recibió una carta de un amigo de California. En ella venían dos cosas: un par de cordones y un papel en el que justificaba su envío. Le decía: «No sé por qué, pero estoy sintiendo que debo enviar estos cordones en la carta para ti. ¡Pienso que es sumamente ridículo!».

¿Ridículo? De ninguna manera. El Espíritu Santo, atendiendo a la petición de su siervo en Boston, había encontrado alguien al otro lado del país que oyera su voz y fuera suficientemente humilde para obedecer.

Con experiencias de ese tipo, Joe Evans aprendió a orar y confiar. Como él mismo acostumbraba a decir: «Si no confiamos en Dios, no sirve de nada orar. Orar es pedir, es presentar nuestras peticiones al Señor. Nuestra parte es confiar en que él nos oyó y que responderá en el momento exacto, y a su manera. ¡Tenemos que orar y creer!».

(Tomado de E Maior privilegio da Vida, DeVern Fromke).

Claves para el estudio de la Palabra

Esdras y Nehemías

A. T. Pierson

Palabra clave: Restauración

Versículo clave: Esd. 1:5; Neh. 2:5.

Estos dos libros son considerados por los hebreos como uno solo. Ambos tratan del retorno de Babilonia y de la restauración y reorganización. El primer libro trata de la historia eclesiástica y de la reconstrucción del templo bajo Esdras. El segundo libro, por su parte, trata de la historia civil y de la reconstrucción de la ciudad bajo Nehemías. Juntos representan una figura completa de la reconstrucción post-cautiverio y de la reorganización en la iglesia y el estado.

Esdras, probable autor del libro que lleva su nombre, fue un sacerdote aarónico, escriba, y compilador del canon del Antiguo Testamento. Este libro, como Crónicas, contiene listas genealógicas, cubre cerca de ochenta años, y en sus registros aparecen cuatro reyes gentiles: Ciro, Darío, Asuero y Artajerjes.

Cincuenta mil cautivos regresaron bajo la dirección de Zorobabel, llamado por los persas Sesbasar, y Josué, sumo sacerdote. Ciro encargó a esta embajada los vasos sagrados robados de la casa del Señor, y fue la que puso los cimientos del segundo templo. Samaritanos y otros asentamientos semi paganos, cuya ayuda fue rechazada, influyeron sobre el poder persa para hacer detener el trabajo. Después de una larga paralización, el pueblo, animado por Hageo y Zacarías, apeló al decreto original de Ciro, que fue hallado y confirmado por Darío. Después de veinte años el trabajo fue concluido.

Los *setenta años* proféticos del cau-

tiverio pueden ser calculados tanto desde la destrucción del primer templo hasta la dedicación del segundo, 588 a 518 a.C., como de la primera invasión de Nabucodonosor hasta el decreto de Ciro, 606 a 536 a.C. Los judíos fueron sanados de la idolatría por la experiencia en el exilio, pero fueron enredados en las alianzas con los paganos. Esdras, liderando en la confesión y en la reforma, anuló los casamientos mixtos y reavivó el conocimiento y autoridad de la Ley. Cerca de sesenta años después de haber salido la primera embajada, una segunda la siguió bajo Esdras y, trece años después, una tercera bajo Nehemías.

Nehemías, nacido en el exilio, llegó a ser copero del rey. Por concesión real y con cartas de autoridad, él fue a reconstruir Jerusalén. Él encontró la ciudad parcialmente en ruinas, y el pueblo en parcial indiferencia. Comenzando cada trabajo con ayuno y oración, él inspeccionó los muros en la noche, animando a su reconstruc-

ción juntamente con los líderes. Aunque con oposición de los árabes, amonitas y moabitas, él dirigió el trabajo, alistando todas las clases, desde el sumo sacerdote hasta las mujeres.

Nehemías, el *organizador modelo*, demostró el valor de trabajar con métodos y orden. Sus *cinco principios* eran: 1. División del trabajo. 2. Adaptación de trabajo y trabajador. 3. Honestidad y economía en la administración. 4. Cooperación en el trabajo. 5. Concentración en cualquier punto afectado.

Su carácter fue irreprochable. Era un hombre de fe, intrépido, resuelto, enérgico, lleno de oración y reserva de poder. Él permaneció como un yunque de fe hasta que los martillos enemigos se gastaron de golpear contra él en vano.

Su *trabajo de restauración* comenzó en la *Puerta de las Ovejas*, por donde las víctimas eran llevadas al altar. La reconstrucción fue seguida de la reforma: como gobernador él corrigió

los abusos de los ricos y la opresión de los pobres, reavivó el conocimiento de la ley del Señor, la observación del sábado, ofrendas voluntarias y obligaciones del pacto. Su retorno a Persia fue seguido por una declinación moral; pero volvió a la ciudad santa, purificó los atrios del templo y nuevamente purificó la familia y el estado.

DIVISIONES.

Esdras

- 1) Esd. 1-6 Retorno del cautiverio.
- 2) Esd. 7-10 Eventos en el reino de Artajerjes, entre las dos secciones hay unos 57 años.

Nehemías

- 1) Neh. 1-7 Narración de Nehemías.
- 2) Neh. 8-9 Narración continuada por otra persona.
- 3) Neh.11:12-26 Seis listas importantes.
- 4) Neh. 12:27-13:31 Dedicación de los muros y reformas.

* * *

Cambio de domicilio

Un banco de Bringhamton (Nueva York) envió un ramo de flores a un banco de la competencia con motivo de la inauguración de sus nuevas instalaciones. Por una confusión, la tarjeta que acompañaba las flores decía: «Nuestras más sinceras condolencias».

Poco después, la florista que había cometido el error llamó al banco para ofrecer sus disculpas. Lo que más le preocupaba, agregó la muchacha, era que el otro ramo, enviado a un funeral, llevaba el saludo destinado originalmente al banco: «Felicitaciones por su nuevo domicilio».

Para el cristiano, morir es como mudarse a una vivienda mejor. Estar con Jesús en un lugar hermoso, dejar atrás pesares y dolores y reencontrarse con sus seres queridos. Debe ser causa de esperanza, no de temor. Así pues, al creyente que fallece podemos sin duda felicitarlo por su cambio de domicilio.



Estudiando los Salmos con
C. H. Spurgeon

El tesoro de David

Salmo 120

Hemos dejado el continente del inmenso Salmo 119 y entramos en las islas e islitas de los Salmos Graduales. Hacemos bien en ocuparnos en una devoción prolongada en alguna ocasión especial, pero esto no ha de ser en desmedro de las minucias sagradas que santifican la vida de piedad día tras día. El que inspiró el Salmo más largo fue también el autor de las cortas composiciones que siguen.

En este Salmo vemos a un hebreo con intenso anhelo espiritual de paz, que exclama al emprender la marcha hacia el Templo: «Señor, permíteme librarme de todo esto, por lo menos durante un tiempo. Que pueda dejar esta

fiebre y esta tensión, libre de la vana turbulencia y tumulto confuso del mundo. Que pueda descansar y recrearme un poco en el sagrado asilo y santuario del Dios de paz. Dios de paz, concédeme tu paz cuando adoro en tu presencia; y permíteme hallar un mundo mejor cuando vuelva al mismo, o por lo menos que yo traiga un corazón mejor y más paciente para sus deberes y luchas». *Samuel Cox.*

Salmo 121

Es un canto del soldado, así como un himno de viajeros. Hay un ascenso en el mismo Salmo, que se levanta a la mayor elevación de confianza sosegada.

Salmo 122

David lo escribió para que lo cantara el pueblo cuando ascendía a las fiestas santas en Jerusalén. Cuando se hallaban dentro de las tres murallas, todas las cosas alrededor de los peregrinos contribuían a explicar las palabras que cantaban dentro de estas murallas seguras. Una voz dirigía el Salmo con su personal «Yo», pero diez mil hermanos y compañeros se unían al primer músico y entonaban el coro del refrán.

Foxe, en sus «Acts and Monuments», refiere de Wolfgang Schuch, el mártir de Lotarengo, en Alemania, que al oír la sentencia de que iba a ser quemado, empezó a cantar el Salmo 122.

Salmo 123

Se ha conjeturado que este breve cántico, o mejor, suspiro, puede haberse oído por primera vez en los días de Nehemías, o bien bajo las persecuciones de Antíoco. Es posible que sea así, pero no hay evidencia de ello; nos parece del todo probable que las personas afligidas en todos los períodos después del tiempo de David hallaran ese Salmo listo en sus manos. Si parece describir días remotos de los de David, es aún más evidente que el Salmista que lo escribió era también un profeta y cantara lo que había visto en una visión.

«Este Salmo (como vemos) es muy corto, y por tanto un buen ejemplo para mostrar que la fuerza de la oración no consiste en las muchas palabras, sino en el fervor del espíritu. Porque se pueden hacer caber en pocas palabras cuestiones grandes y de

peso, si proceden del espíritu y los gemidos indecibles del corazón, especialmente cuando nuestra necesidad es tal que no puede permitir una oración larga. Toda oración es bastante larga si es ferviente y procede de un corazón que entiende la necesidad de los santos». *Martín Lutero*.

Salmo 124

«En el año 1582, este Salmo fue cantado en una notable ocasión en Edimburgo. Un ministro encarcelado, John Durie, había sido puesto en libertad y fue recibido al entrar en la ciudad por doscientos de sus amigos. El número creció hasta que se halló en medio de una compañía de dos mil, que empezaron a cantar a medida que avanzaban por la Calle Alta: «Que lo diga Israel», etc.

Lo cantaron en cuatro partes con profunda solemnidad, todos uniéndose en la bien conocida tonada del Salmo. Estaban muy conmovidos y también los que lo escucharon; y uno de los principales perseguidores se dice que estaba muy alarmado ante esta escena y canto, más que por cualquier otra cosa que había visto en Escocia». *Andrew A. Bonar*.

Salmo 125

La fe ha alabado a Jehová por liberaciones pasadas, y aquí se eleva a un gozo confiado en la seguridad presente y futura de los creyentes. Afirma que estarán seguros para siempre los que confían en el Señor. Podemos imaginarnos a los peregrinos entonando este cántico cuando deambulaban por los muros de la ciudad.

«Este Salmo corto puede resumirse en las palabras del profeta (Isaías 3:10, 11): «Decid al justo que le irá bien. Ay del impío; mal le irá.» Así se presentan delante de nosotros la vida y la muerte, la bendición y la maldición, algo que ocurre con frecuencia en los Salmos, como también en la Ley y los Profetas. *Matthew Henry*.

Salmo 126

Éste es el séptimo paso o peldaño y, por tanto, podemos encontrar alguna perfección especial de gozo en él; no buscaremos en vano. Vemos aquí no sólo que Sion permanece, sino que su gozo vuelve después de la aflicción. El permanecer no es todo, se añade el ser *fructífero*. Los peregrinos iban de bendición en bendición en su salmodia cuando avanzaban en su santo camino. Eran felices, pues cada ascenso era un cántico, cada detención un himno. Aquí, el que confía empieza a sembrar; la fe obra por amor, obtiene una bendición presente, y asegura una cosecha de deleite.

El Salmo se divide en una narración (1, 2), un canto (3), una oración (4) y una promesa (5 y 6).

«En mi opinión, se acercan más al verdadero significado del Salmo los que lo refieren a la gran cautividad general de la humanidad bajo el pecado, la muerte y el diablo, y a la redención comprada por la muerte y derramamiento de sangre de Cristo y publicada en el Evangelio. Porque la clase de lenguaje que usa el profeta aquí es de mayor importancia que la que se puede aplicar sólo a las cautividades judías en particular.

«Porque, ¿qué importancia tenía el que el pueblo de los judíos, siendo, como eran, sólo un puñado, fuera librado de la cautividad temporal, en comparación con la liberación inmensa e incomparable por la cual la humanidad fue puesta en libertad del poder de sus enemigos, no temporal, sino eterna, a saber: de la muerte, Satanás y el mismo infierno? Por lo cual entendemos este Salmo como una profecía de la redención que había de venir por Jesucristo, y la publicación del evangelio, por el cual progresa el reino de Cristo y son vencidos la muerte y el diablo con todos los poderes de las tinieblas». *Thomas Stint*.

Salmo 127

El título probablemente indica que David escribió esto para su hijo Salomón, en quien tanto se regocijaba, y cuyo nombre, Jedidías, o «amado del Señor», es introducido en el segundo versículo. El espíritu de su nombre, «Salomón, o pacífico», respira en todo este Salmo encantador.

Salmo 128

Hay aquí un progreso en la edad, porque vamos de los hijos a los nietos: y también un progreso en felicidad, porque los hijos que en el Salmo anterior eran saetas, aquí son renuevos de olivo, y en vez de hablar de «los enemigos en la puerta», cerramos con «Paz sobre Israel!» Así pues, paso a paso, estamos ascendiendo.

Salmo 129

No me es posible ver que este Salmo esté un paso más allá del ante-

rior; y, con todo, es claramente el canto de un individuo anciano y muy probado, que mira hacia atrás a una vida de aflicción en la cual ha sufrido constantemente, incluso desde su juventud. En cuanto la paciencia es una gracia más elevada, o por lo menos más difícil, que el amor conyugal, el ascenso o progreso quizá pueda verse en esta dirección.

Salmo 130

Se llama a este Salmo *De profundis*, ‘desde lo profundo’, que son sus primeras palabras. Desde estas profundidades clamo, gimo, velo, espero. En este Salmo oímos acerca de la perla de la rendición (vers. 7 y 8); quizás el dulce cantor no habría hallado esta joya si no hubiera sido lanzado a lo profundo. «Las perlas se hallan muy hondo».

«El Espíritu Santo presenta aquí dos pasiones opuestas de modo claro: temor, con respecto a los pecados que merecen castigo, y esperanza, con respecto a misericordias no merecidas». *Alexander Roberts*.

Este Salmo, quizá más que algún otro, está marcado por sus cumbres: profundidad, oración, convicción, luz, espera, vigilancia, anhelo, confianza, seguridad, felicidad y pleno gozo.

Como el barómetro señala cuando el tiempo se aclara o mejora, así este Salmo, frase tras frase, registra los progresos del alma. Y puedes ponerte a prueba a ti mismo con él, como una regla o medida, y preguntarte en cada línea: «¿He alcanzado esto? ¿He alcanzado aquello?», y así medir tu nivel espiritual. *James Vaughan*.

Salmo 131

Está escrito por David y es sobre David; él es el autor y el tema, y muchos incidentes de su vida se pueden emplear para ilustrarlo. Comparando los Salmos a joyas, podríamos decir que es una perla; ¡con qué hermosura adorna el cuello de la paciencia! Es uno de los Salmos más cortos, pero uno de los que se tarda más en aprender. Habla de un niño, pero contiene la experiencia de un hombre en Cristo.

La humildad está aquí en conexión con un corazón santificado, una voluntad sometida a la mentalidad de Dios, y una esperanza que lo aguarda todo del Señor. Feliz el hombre que puede, sin falsedad, usar estas palabras como propias, porque lleva la semejanza de su Señor, que dijo: «Yo soy manso y humilde de corazón».

Salmo 132

Un cántico gozoso verdaderamente; que todos los peregrinos a la Nueva Jerusalén lo canten con frecuencia. Los grados o ascensos son muy visibles; el tema asciende paso a paso desde los ‘desvelos’ a la ‘corona’, de ‘recuerda a David’ a ‘hará retoñar el poder de David’. La última mitad es como el firmamento inclinándose sobre ‘los campos y bosques’, que hallamos en las resoluciones y oraciones de la porción anterior.

Salmo 133

No vemos razón para privar a David de la paternidad de este canto. Conocía por experiencia la amargura ocasionada por las divisiones en las

familias, y estaba preparado para celebrar en Salmos selectos la bendición de la unidad por la que suspira.

Salmo 134

Hemos alcanzado el último de los Salmos graduales. Los peregrinos regresan a sus casas y están cantando el último Salmo de su Salterio. Parten temprano por la mañana, antes que haya comenzado el día plenamente, porque la jornada será larga para muchos de ellos. En tanto que dura la noche ya están en movimiento. Pronto se hallarán fuera de las puertas, ven los guardas sobre el muro del Templo, y brillan las lámparas de las cámaras que rodean el santuario por tanto, conmovidos por la vista, cantan su despedida a los asistentes perpetuos del santo santuario.

Su exhortación de partida estimula a los sacerdotes a pronunciar una bendición sobre ellos desde el lugar santo; esta bendición está contenida en el tercer versículo. Los sacerdotes vienen a decir: «Habéis deseado que os demos la bendición del Señor y ahora rogamos al Señor que os bendiga».

«El Salmo que tenemos delante fue preparado para los sacerdotes que servirían en el lugar sagrado por la noche. Había el peligro de que se durmieran, y de fantasías ociosas. ¡Oh, cuánto tiempo se pierde en este soñar despierto, dejando que el pensamiento vagabundee de un lugar a otro! Los sacerdotes estaban en peligro, decimos, de adormilarse, de soñar despiertos, de acariciar pensamientos vanos, meditaciones inútiles y palabras sin provecho; por tanto, está escrito: «Mirad, bendicid a Jehová, vosotros todos los siervos de Jehová, los que estáis por las noches en la casa de Jehová».

«¿Tienes el deber de pasar la noche en vela? Si es así pásala en adoración. No permitas que el tiempo de vigilia sea perdido, ocioso, sino que cuando los otros estén durmiendo o adormilados y tú, por necesidad, veles, estén las alabanzas de la casa de Dios; ¡que haya alabanza en Sion, alaba lo mismo de noche que de día! «Alzad vuestras manos al santuario, y bendicid a Jehová». *Samuel Martin.*

(Continuará)
*(Extractado de «El Tesoro de David»
de C. H. Spurgeon).*

* * *

Un sermón impreso

En Estados Unidos, cierta vez un joven predicó un sermón muy elocuente. A la salida se le acercó alguien de la concurrencia y le preguntó cuánto había demorado en prepararlo. "Varios días", respondió el predicador, satisfecho. "Pues a mí me llevó varios años", dijo el interlocutor, y agregó: "Yo soy Henry Ward Beecher".

Beecher, el gran predicador antiesclavista y pastor del presidente Abraham Lincoln, había tenido el privilegio de oír predicar uno de sus sermones impresos.

Más tarde escribió una carta al joven exhortándole con todo aprecio a dejar esa costumbre, y años más tarde, aquél reconocía su deuda de gratitud al gran hombre de Dios.

Alfredo Lerín, 500 ilustraciones

Primera Epístola a los
Tesalonicenses.



Viendo a Cristo en su Venida

Stephen Kaung

Lecturas: 1ª Tes. 1:10, 2:19, 3:12-13, 4:15-18, 5:23-24.

Nosotros creemos que toda la Biblia nos revela a Cristo Jesús, y la primera carta a los Tesalonicenses no es una excepción. Podríamos denominar a esta carta como: Viendo a Cristo en su *Parousía*. La palabra *parousía* es la palabra griega que en esta carta se traduce como *venida*, o *presencia*.

Esta primera epístola a los Tesalonicenses es, según sabemos, la primera carta que Pablo escribió a las iglesias. Sabemos, de acuerdo con Hechos 16, que él y sus compañeros estaban viajando por Asia. El Espíritu de Dios no les permitió seguir hacia el norte ni al sur, por lo cual prosi-

guieron directamente hacia el oeste, hasta que llegaron a Troas, una ciudad portuaria. Allí, durante una noche, Pablo tuvo la visión de un varón macedónico pidiendo ayuda. A la mañana siguiente, el apóstol y sus compañeros concluyeron que aquello procedía del Señor, y entonces cruzaron el mar Egeo y fueron a Europa.

Era la primera vez que el evangelio de Jesucristo entraba a Europa. La primera ciudad donde Pablo y sus acompañantes estuvieron por algún tiempo fue Filipos. Sufrieron mucho allí. Pablo y Silas fueron hechos prisioneros a causa de la predicación del evangelio. Con todo, a través de esos

dolores de parto de los apóstoles, fue levantada allí una iglesia, la primera en Europa.

A Pablo y Silas se les prohibió permanecer en Filipos; sin embargo, es bastante probable que Lucas, el médico amado, haya permanecido en la ciudad con el propósito de ayudar a aquella joven iglesia. Lucas debió ser de gran ayuda para la iglesia en Filipos.

Paulo, Silas y Timoteo siguieron adelante, hasta llegar a la próxima ciudad en Macedonia: Tesalónica. Ésta había sido fundada en 325 a. de C. por Casandro, quien le dio el nombre de su mujer, la cual era hermana de Alejandro Magno. Hoy, la ciudad es llamada Salónica. En esa época, Tesalónica era la capital de Macedonia.

A diferencia de Filipos, en Tesalónica había una sinagoga, pues muchos judíos residían allí. Pablo y sus compañeros entraron en la ciudad, y durante tres sábados argumentaron acerca de las Escrituras con los que allí asistían. Él les presentó al Señor Jesús, el cual, conforme a las Escrituras, debía sufrir y después de ello resucitar de los muertos, y que ese Jesús era el Cristo.

A causa de esa exposición en la sinagoga, sabemos que algunas personas vieron al Señor, entre ellos un número significativo de griegos, además de algunas mujeres. Los judíos se pusieron celosos y alborotaron a toda la ciudad contra Pablo y quienes estaban con él. Ellos fueron a casa de Jasón, donde Pablo estaba hospedado, y no encontrándolo allí, maltrataron a Jasón y a otros y los llevaron ante las autoridades locales.

Aquella misma noche, los hermanos en Tesalónica despidieron a Pablo secretamente. Él prosiguió con rumbo a Atenas, y allí esperó que Silas y Timoteo se le reuniesen nuevamente. Después de reencontrarse, siguieron juntos hasta Corinto. Antes de ir a Corinto, sin embargo, el apóstol envió a Timoteo de vuelta a Tesalónica.

La iglesia en Tesalónica nació a través de mucha aflicción y tribulación, y después que Pablo los dejó, la joven iglesia siguió sufriendo persecución, mas no de los judíos, sino de los griegos, los gentiles. Ellos sufrieron del mismo modo que las iglesias en Judea sufrieron a manos de los judíos. A causa del padecimiento de la joven iglesia en Tesalónica debido a sus compatriotas gentiles, Pablo estaba profundamente preocupado por ellos. En 1ª a los Tesalonicenses, vemos que él intentó volver a Tesalónica una vez, pero le estaba prohibido. Entonces, a causa de su gran preocupación por los hermanos, les envió a Timoteo. Puesto que Timoteo era más joven, probablemente no sería muy notado por la gente. De esta manera, Timoteo podía regresar a Tesalónica y visitar a la joven iglesia que estaba padeciendo tribulación.

Estando Pablo en Corinto, Timoteo regresó con buenas noticias: la joven iglesia había perseverado en el Señor, aunque había también entre ellos algunos problemas. De esa forma, Pablo escribió su primera carta a los tesalonicenses. Evidentemente, la escribió en Corinto no mucho después de su visita a Tesalónica, porque él acota: *«separados de vosotros por un*

poco de tiempo» (2:17). Nótese la expresión: 'por un poco de tiempo'.

Esta fue la primera carta que Pablo escribió. Por medio de ella, intentó consolarlos y alentarlos en el Señor. Como decíamos, la joven iglesia en Tesalónica fue fundada en medio de la aflicción y tribulación, y aún estaba bien fundamentada, porque ellos poseían los rasgos esenciales de la vida cristiana, tanto individual como colectivamente.

Hay tres cualidades esenciales de la vida cristiana que son de suprema importancia, ya sea desde el punto de vista individual (como cristiano) o colectivo (como iglesia): la fe, el amor y la esperanza. Ellos tenían obras de fe, pues se habían convertido de los ídolos a Dios; tenían obras de amor, pues servían al Dios vivo y verdadero, y tenían la perseverancia en la esperanza, pues aguardaban de los cielos al Hijo de Dios, a quien Dios había resucitado de entre los muertos. *Aguardaban «a Jesús, que nos libra de la ira verdadera».*

Esa joven iglesia estaba sólidamente fundada, y a pesar de que continuaban en tribulación y aflicciones, ellos crecían en fe, en amor y en esperanza. Es un retrato muy hermoso de una joven iglesia.

Naturalmente, ellos también tenían algunos problemas, y el apóstol Pablo escribió esta primera carta para ellos con el fin de consolarlos y animarlos. Podríamos, sin embargo, hacernos la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible consolar y alentar a una joven iglesia que está pasando por tribulación? ¿Cuál será el mejor medio de consolarlos y animarlos?

En esta carta, Pablo nos muestra que la mejor manera de alentar a una iglesia que está sufriendo persecución es recordarles, llamar su atención, enfatizar y reforzar para ellos la venida de nuestro Señor, la *parousía* de Cristo.

En la historia de la iglesia de los primeros tres siglos, cuando la iglesia sufrió repetidamente persecuciones del imperio romano, estos cristianos se saludaban mutuamente diciendo: *Maranata*. Esta palabra significa: «El Señor viene», o «El Señor está viniendo». ¿Qué puede ser más alentador al corazón de las personas en tribulación o bajo persecución que el hecho de la venida del Señor?

Esto no sólo fue real en los primeros siglos de la historia de la iglesia, sino a lo largo de todos los siglos donde quiera que haya cristianos sufriendo persecución. En Europa, Asia, África, o dondequiera que sea, no importa el motivo, cuando los cristianos están siendo perseguidos, la certeza de que el Señor está viniendo en breve es aquello que nos fortalece más que cualquiera otra cosa.

Quiero compartir con ustedes un himno escrito por nuestro amado hermano Watchman Nee. Fue escrito después que los comunistas asumieron el poder en China, y de alguna manera expresa los sentimientos de los cristianos que son perseguidos. Fue escrito en idioma chino, y traducido posteriormente al inglés. Cuando el hermano Nee lo escribió, pienso que él estaba representando el sentimiento de todos los hermanos de aquella época.

Desde Betania

Desde Betania, en tu partida,
nostalgia inmensa inundó mi ser;
no quisiera ya tocar mi arpa,
¿cómo hacerlo, si no estás aquí?
En la fría noche de mi soledad,
en sosiego contigo sólo en ti,
el tiempo ha pasado, y estás lejos,
mas tú prometiste regresar.

Sin hogar, recuerdo tu morada,
mirando a la cruz, no hallo reposo;
tú me recuerdas mi hogar futuro,
pero es a ti a quien más quiero encontrar.
Sin ti es pasajera mi alegría,
ni el cantar endulza mi vivir;
vacíos son mis días en tu ausencia;
¡Señor, te ruego, no te tardes más!

Aunque aquí de tu presencia goce,
de ti nostalgia siempre siento yo;
aun gozando de tu amor inmenso,
anhelo el día en que has de venir.
Aun teniendo paz me siento solo,
por ti suspiro en mi peregrinar;
jamás tendrá mi alma pleno gozo,
hasta que tu rostro pueda ver.

Con su tierra sueña el peregrino,
con su patria el desterrado, igual;
distante, piensa el novio en su amada,
y el hijo anhela el calor de hogar.
Así también anhelo ver tu rostro,
oh mi precioso amado Salvador.
¡Oh, si hoy pudiese ver tu rostro!
¿Hasta cuándo he de esperar, Señor?

Recuerda tu promesa, oh Amado,
ven pronto, tráeme hacia ti;
tantos días y años han pasado,
cansado estoy, acuérdate de mí.
Tus pisadas siento tan distantes,
¿cuánto tiempo aún ha de pasar?
Mi voz elevo a ti desde la noche:
¡No tardes, ven y llévame, Señor!

Los días y las noches van pasando;
y cuántos santos ya no están aquí;
tantos esperaron tu retorno,
y ya hace tiempo que duermen en ti.
Oh, mi Señor, ¿por qué no te presentas?
¿Qué espeso velo te oculta aún?
Son tantos los que amamos tu regreso,
la espera nos parece sin final.

Sé que tú también anhelas regresar
y alzarnos a tu gloria eternal;
por eso te pido no demores más;
ven de prisa y llévanos a Dios.
Oh, ven, Señor Jesús, tu iglesia clama,
¿No oyes de tu novia el suspirar?
Mirando al cielo, dice con nostalgia:
¡Amado mío, no tardes, vuelve ya!

(Traducción libre desde el portugués)

Así ha ocurrido siglo tras siglo.
En un sentido, amados hermanos, el
deseo, el anhelo por la venida del Se-
ñor es una señal muy clara de la exis-
tencia del primer amor. Pablo dice
que nosotros somos como vírgenes
puras apartadas para un solo esposo
(2ª Corintios 11:2). De manera que,
siendo una virgen pura, comprometi-
da con aquel hombre perfecto, Cristo
Jesús, ¿qué puede ser más expresivo,
más representativo de aquel amor de
la virgen por Cristo, que el deseo de
su retorno?

Hoy, nuestro Señor Jesús no está
con nosotros. Él está ausente. Sin em-
bargo, es claro que, espiritualmente,
él aún está con nosotros, pues él mis-
mo dice: «No te desamparé ni te deja-
ré» (Heb. 13:5). Él está con nosotros
en el Espíritu Santo que nos habita;
por otro lado, sin embargo, podemos
decir que hoy nuestro Señor Jesús
está ausente. Él nos dejó hace dos mil
años atrás, y ahora está en los cielos.

Si aún estamos en el primer amor,
nosotros, como su iglesia, como aque-
lla virgen pura, estamos anhelando
verle en breve, verle cara a cara. Esa
es una señal evidente del primer
amor. Siempre que empezamos a pen-
sar que él se está tardando, que no va
a volver, estamos en verdad declaran-
do que nuestro amor se ha enfriado.

En una parábola, nuestro Señor

Jesús dijo que el siervo malo es aquél que dice que su Señor se está tardando, que no va a retornar. Por eso, comienza a vivir de manera descuidada, negligente e indisciplinada, bebiendo y maltratando a sus compañeros de servicio al Señor. No obstante, cuando nadie lo esperaba, el Señor regresó (Ver Mateo 25:48-51). Así, hermanos amados, a lo largo de los siglos, en el corazón de cada creyente donde existe el primer amor por el Señor Jesús, ha estado este deseo y ferviente anhelo por su retorno.

No hay nada de errado si los cristianos de cada generación, siglo tras siglo, esperan durante toda su vida por la vuelta del Señor, porque esto es una evidencia del primer amor. Especialmente cuando los cristianos están en tribulación, o sufriendo persecuciones, aquel anhelo, aquel deseo ferviente va en aumento, y la venida del Señor se convierte en un gran consuelo y motivo de aliento para los cristianos. Por eso, cuando Pablo escribió esta primera carta a la iglesia en Tesalónica, él menciona en cada capítulo la venida del Señor.

Bendita esperanza

«...y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera» (1ª Tes. 1:10).

Cuando aquellos tesalonicenses se convirtieron de los ídolos a Dios, se puede decir que eso era parte de su pasado, pues en el presente ellos servían al Dios vivo y verdadero. O sea, tan pronto como una persona abandona los ídolos y se vuelve a Dios, sirve ahora al Dios vivo y ver-

No hay nada de errado si los cristianos de cada generación, siglo tras siglo, esperan durante toda su vida por la vuelta del Señor, porque esto es una evidencia del primer amor.

dadero. Es eso lo que nosotros deberíamos hacer, y en lo cual deberíamos estar ocupados.

Mientras estamos sirviendo al Señor, ciertamente habrá dificultades, oposición, tribulaciones y problemas; sin embargo, seremos capaces de perseverar, porque tenemos una bendita esperanza. Nosotros esperamos al Hijo de Dios que retornará desde los cielos, y cuando eso acontezca, él nos librará de la ira venidera.

Está escrito que nuestro Señor Jesús se ofreció una vez y para siempre para quitar los pecados de muchos; no obstante, él aparecerá por segunda vez *«para salvar a los que le esperan»* (Hebreos 9:28). Un día, la ira de Dios vendrá sobre esta tierra; mas, amados hermanos, antes de eso, nuestro Señor Jesús regresará y nos librará de la ira venidera. Él vendrá en la segunda vez sin relación con el pecado, porque nuestros pecados ya fueron perdonados. Es para salvación – Esa es nuestra bendita esperanza.

Dáviva de amor

«Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor

Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo» (1ª Tes. 2:19-20).

Pablo era como un padre para estos cristianos tesalonicenses; mas, al mismo tiempo, era como una madre para ellos. Él no sólo les predicó el evangelio, sino que también les dijo que voluntariamente les daba su propia vida. ¿Y cuál sería la recompensa por su trabajo? Él no estaba buscando una recompensa aquí y ahora. Por el contrario, él esperaba recibir su galardón cuando el Señor Jesús retornase. Sus ojos estaban fijos en aquel día cuando comparecería ante la presencia del Señor. Cuando esto sucediera, Pablo quería presentar a aquellos cristianos tesalonicenses como su dádiva de amor. Ellos eran la esperanza, alegría y corona en que Pablo se gloriaba.

Hermano amado, si tú amas al Señor, ciertamente te gustaría darle alguna cosa para expresar ese amor. Sin duda alguna, te gustaría saber qué es lo que más le agradaría a tu Señor. Nuestro Señor Jesús quiere, más que ninguna otra cosa, personas. Personas redimidas, perfeccionadas por su gracia. Y, si eso es lo que él desea más que cualquiera otra cosa, entonces es eso lo que tú debes darle como expresión de tu amor hacia él.

Ningún precio sería demasiado alto para el apóstol Pablo, si él tan sólo pudiese presentar aquellas personas a Cristo como expresión de su amor, y creo que ningún precio es demasiado alto para nosotros si tan sólo pudiéramos presentar personas perfectas y completas en Cristo, como expresión de nuestro amor. Eso será nuestra alegría, nuestra esperanza y la corona en que nos gloriamos.

Santidad

«Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos» (1ª Tes. 3:12-13).

En este capítulo, Pablo vuelve su atención a los tesalonicenses. Un día, en la venida del Señor, todos nosotros estaremos juntos ante su presencia. En esa ocasión, nos presentaremos con nuestros corazones confirmados en santidad, libres de culpa, delante de nuestro Dios y Padre.

Pablo dice que todos nosotros compareceremos ante el tribunal de Cristo, y seremos juzgados según nuestras obras. Recordemos, sí, que el tribunal de Cristo es diferente al juicio ante el gran trono blanco. No temamos. El juicio del gran trono blanco, como es descrito en Apocalipsis 19, es el juicio final. Es el juicio de todos aquellos que murieron a lo largo de todos los tiempos, y es un juicio de acuerdo con todas las obras que cada persona hizo durante su vida. Todo será juzgado ante el gran trono blanco.

Un trono se refiere a un proceso judicial. Es un gran trono blanco; el color blanco señala que el juicio es de total pureza. ¿Quién puede estar a la altura de tal enjuiciamiento? Es un juicio de vida o muerte, vida eterna o muerte eterna. La Biblia dice que, de acuerdo al designio de Dios, cada persona morirá, y después de eso sufrirá el juicio. Ese es el juicio que vendrá – el juicio ante el

gran trono blanco, el juicio de vida eterna y de muerte eterna.

Mas, hermanos amados, aquellos que creyeron en el Señor Jesús nunca comparecerán ante aquel gran trono blanco, porque nuestro Señor Jesucristo tomó sobre sí ese enjuiciamiento en la cruz del Calvario. Cuando él estuvo en la cruz del Calvario, cargó nuestros pecados sobre su cuerpo, y allí fue juzgado en nuestro lugar. Él gustó la muerte en lugar de todo hombre, y por eso, tomó sobre sí mismo aquel enjuiciamiento en nuestro lugar. Por esa razón, no hay más juicio, no hay más condenación, para aquellos que están en Cristo Jesús. ¡Gracias a Dios por eso!

Sin embargo, eso no significa que no seremos juzgados. Nosotros aún seremos juzgados, mas no como una criatura en presencia de su Creador. Seremos juzgados como hijos en la familia de Dios, y ese juicio es llamado el juicio en el tribunal de Cristo. No es un trono, es un tribunal. La palabra griega usada para designar este tribunal es la palabra *bema*.

En la tradición oriental, había grandes familias o clanes. En cada clan había un cabeza de familia, que podía ser el abuelo o bisabuelo. De tiempo en tiempo, había un encuentro familiar, y en esas ocasiones toda la familia se reunía en una gran sala. En un lado de la sala había un lugar llamado *bema*, un sitio elevado, una especie de plataforma, y allí se sentaba el cabeza de familia, y todos los demás permanecían de pie delante de él. Los miembros que habían hecho cosas que traían honra a la familia, recibían elogios y recompensa.

Sin embargo, los que habían hecho cosas que acarrearón desgracias a la familia, eran amonestados y aun disciplinados. Nadie más, sino los miembros de la familia, podía participar de aquella reunión.

Del mismo modo, amados hermanos, un día, en la venida de nuestro Señor Jesús, todos nosotros compareceremos delante del tribunal de Cristo. Él es nuestro hermano mayor, el cabeza de familia, y todos nosotros estaremos en pie delante de él para ser juzgados según aquello que hicimos mientras vivimos aquí en la tierra.

Recuerda, sin embargo, que ese juicio no determina si tú irás o no al cielo; no se refiere a vida eterna o muerte eterna, porque tú ya tienes la vida. Este juicio es para verificar si, como miembro de esa familia, tú trajiste gloria o trajiste vergüenza al nombre de la familia. En esa ocasión, serás juzgado a fin de recibir recompensa, o ver quemadas tus obras de heno, madera u hojarasca, aunque tú mismo seas salvo como por fuego (1^a Cor. 3:15).

En aquel día, cuando todos estemos reunidos en la presencia del Señor, ¿no será bueno si pudiésemos presentarnos delante de él irreprochables en santidad y libres de culpa? Irreprochables en santidad y exentos de culpa significa que en nuestro corazón estamos apartados para Dios.

Las Escrituras nunca predicán una perfección sin pecado. Hay sólo un hombre perfecto, sin pecado, y ese hombre es nuestro Señor Jesús. No hay otro. Por tanto, en ese texto, Pa-

blo no se está refiriendo a la perfección sin pecado, sino a un corazón perfecto delante de Dios, es decir, a una persona que en su corazón está totalmente separada para Dios.

Podemos recordar que David tenía un corazón perfecto delante de Dios. Ciertamente, David no era perfecto; mas, gracias a Dios, él tenía un corazón perfecto. Es eso lo que Dios busca en nosotros. ¿Tenemos nosotros un corazón perfecto para Dios? ¿O será que nuestro corazón está dividido? ¿Le amamos realmente con todo nuestro corazón, aunque algunas veces fallemos y cometamos yerros? En nuestro corazón, ¿vivimos totalmente para él? ¿Realmente nuestro corazón le pertenece? Es eso lo que él está buscando.

Cuando Dios juzgue nuestras obras, lo hará de acuerdo con el corazón de cada uno de nosotros, porque Dios no es como el hombre, que juzga según las apariencias. ¡Qué gozo será si, por la gracia de Dios, comparecemos delante de él con un corazón en santidad, exentos de culpa!

Resurrección

En el capítulo 4 de esta epístola, verificamos que aquellos creyentes tenían un problema. Después que Pablo se fue, algunos de los nuevos creyentes fallecieron. Los tesalonicenses estaban esperando la venida del Señor, y ese problema surgió porque ellos no entendían la verdad. Ellos pensaban que aquellos que murieron habían perdido la oportunidad de ser participantes de la venida del Señor, o pensaban aun que los que habían muerto quedarían en segundo lugar

en relación a los que estuviesen vivos en ocasión de la venida del Señor. Por tal razón, ellos estaban confundidos.

Pablo, en consecuencia, trató de consolar sus corazones con la verdad, diciendo: «*Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor...*» (v. 15). Sin embargo, nosotros no podemos hallar en los evangelios una palabra del Señor sobre eso. No hay registro alguno. ¿Cómo era posible, entonces, que Pablo se refiriera a la palabra del Señor? Puede ser que Pablo recibió una revelación directa del Señor (lo cual a menudo ocurre con él), o había alguna tradición oral divulgada y aceptada entre los discípulos – sin estar escrita, pero aceptada como si lo estuviese.

Una de estas posibilidades es verdadera. Hay una palabra del Señor, existe una verdad acerca de este asunto, y la cuestión es: aquellos que durmieron en Cristo, cuando sea la venida del Señor, resucitarán primero. O sea, habrá una resurrección, y aquellos que viven, los que quedaron, serán entonces arrebataados juntamente con ellos hasta las nubes, para encontrarse con el Señor en los aires, y así estaremos para siempre con el Señor (1ª Tes. 4:16-17).

Aquel problema, por lo tanto, estaba solucionado. Aquellos que no pudieron esperar hasta que el Señor viniese, y durmieron, es decir, aquellos que murieron, serán resucitados, y entonces aquellos que viven y que quedaron serán arrebataados juntamente con ellos hasta las nubes, al encuentro del Señor en los aires. «*Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras*».

Guardados irrepreensibles

«Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará» (1ª Tes. 5:23-24).

¿Cuál es la voluntad de Dios para nosotros? La voluntad de Dios para nosotros es que nuestro espíritu, alma y cuerpo sean guardados irrepreensibles para la venida de nuestro Señor Jesús. El Señor Jesús está viniendo, y él desea que nos hayamos conservado íntegros cuando él llegue. No sólo en nuestro espíritu, sino también nuestra alma, e incluso nuestro cuerpo.

Conservar nuestro espíritu irrepreensible significa tener nuestro espíritu lleno del Espíritu Santo. Nuestro espíritu es uno con el Espíritu Santo. Nosotros no lo contristamos, no lo despreciamos, no lo apagamos, sino que estamos llenos del espíritu Santo, y somos gobernados por él. Guardar nuestra alma irrepreensible significa que amamos al Señor de todo corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra inteligencia. Asimismo, nuestro cuerpo es guardado irrepreensible en la medida que lo presentamos como sacrificio vivo, y nos entregamos al Señor para hacer su voluntad a lo largo de nuestros días sobre esta tierra.

Hermanos, esta es la voluntad de Dios para nosotros. Es verdad que nosotros mismos no podemos guardarnos irrepreensibles; pero él puede. «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo». Él es capaz de conser-

varnos íntegros. Nuestro Señor Jesús tiene el poder, no sólo para salvarnos, sino para salvarnos completamente. Nuestro Salvador es aquel que nos guarda. Él nos dio su vida, nos dio su Santo Espíritu, y por la gracia de Dios, él es capaz de guardarnos hasta aquel día. Pablo dice: «...porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2ª Tim. 1:12).

Nuestra parte es entregarnos a él para que él nos guarde, nos conserve íntegros. Los santos se guardan irrepreensibles, no porque se guardan o se conservan a sí mismos. Lo que ocurre, en verdad, es que nosotros nos entregamos a él, y es él quien nos guarda y nos conserva íntegros. Dios es quien nos llama, y él es fiel, él es capaz. ¡Qué consolador es esto!

La venida del Señor

Finalmente, quisiera compartir con ustedes con respecto a la *parousía* de Cristo, la venida del Señor. La palabra *venida* en la carta a los Tesalonicenses es la palabra griega *parousía*. Varias palabras griegas fueron traducidas al portugués con la palabra *venida*. Sin embargo, la palabra *parousía* es usada especialmente en las dos epístolas a los tesalonicenses. En realidad, el vocablo es usado veinticuatro veces en el Nuevo Testamento; siete veces en relación al hombre y diecisiete veces en relación a Cristo.

Parousía, del griego *para* (con, junto) y *ousía* (estar, ser). Significa simplemente *presencia*. La palabra incluye en su significado la idea de una llegada y, consecuentemente, la presencia. De acuerdo con los especialis-

tas en lengua griega, el término se refiere al período dentro del cual ocurre una serie de eventos, y no sólo a un único acontecimiento. Esto es muy importante para que comprendamos bien cómo va a ocurrir la segunda venida de nuestro Señor Jesús, porque hoy en día hay mucha confusión entre el pueblo de Dios sobre este asunto.

Probablemente hemos oído muchas veces esta pregunta: «¿Cuándo va a volver el Señor? ¿Falta aún que se cumplan algunas profecías antes que él regrese, o puede venir en cualquier momento?». En mi opinión, esta es una pregunta muy práctica. Pues si hay alguna profecía que deba ser cumplida antes de la venida del Señor, nosotros necesitamos poner nuestra atención en las profecías, y no en la venida del Señor. ¿Por qué? Porque entonces él no podría venir sin que antes se cumpliesen tales profecías. Por otra parte, si el Señor Jesús puede volver en cualquier momento, aun si algunas profecías no estuviesen cumplidas, entonces nosotros tenemos que estar atentos a Jesús y no a los eventos.

¿Qué estamos vigilando nosotros? Temo que la mayoría de los creyentes de hoy están atentos, esperando los eventos que acontecen, para ver si las profecías están siendo cumplidas. Es evidente que yo creo en las profecías. Creo que todas ellas se cumplirán, mas el Señor nos ordena velar y esperarle a él. Nosotros tenemos que mirar a Jesús y no a los eventos, porque nadie sabe cuándo él estará regresando. El Señor mismo dice: «*Nadie sabe*». Nadie sabe la hora, nadie sabe

la fecha, nadie conoce la época; sólo el Padre. Por lo tanto, no intentes saber eso.

En la historia de la iglesia, muchas personas han intentado saber cuándo vendría el Señor, y todas sus tentativas fracasaron; se equivocaron una y otra vez. En nuestros días, hay personas que dicen: «Bueno, ¿no son siete las dispensaciones? La última dispensación es de mil años, y nosotros estamos llegando al fin de seis mil años, por lo tanto...». Puede haber alguna lógica en ese razonamiento, pero no empieces a divagar. Nadie sabe cuándo él volverá.

Entretanto, él dice una cosa: «...*cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca...*» (Mat. 24:33). Una cosa, sin embargo, nos es permitido saber: podemos conocer, de un modo general, las características de la época que precede a su venida.

Hermanos, ¿saben ustedes que, de un modo general, ya estamos viviendo las características de la época que precede a su venida? Al leer Mateo 24, vemos que está escrito: «*Y oiréis de guerras y rumores de guerras ... y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores ... pero aún no es el fin*». Es decir, cuando percibas en el mundo entero la ocurrencia de guerras, rumores de guerras, hambres, pestilencias, terremotos y todos esos acontecimientos, sabrás que el mundo está sufriendo dolores de parto; algo está por nacer.

Cuando una mujer está con dolores de parto, sabe que está próximo el nacimiento, pero aun puede ser una falsa alarma. Sin embargo, aunque

sea una falsa alarma, es una indicación de que el nacimiento no va a demorar mucho, y cuanto más cercana está la hora, más intensos y más frecuentes son los dolores.

Desde la ocasión en que nuestro Señor Jesús profirió esas palabras en el monte de los Olivos, hasta nuestros días, han transcurrido casi dos mil años, y esas cosas vienen aconteciendo sucesivamente, de manera cada vez más intensa y con creciente frecuencia, como los dolores de parto. Hay una labor cada vez más intensa; mas, ¿para qué? Una mujer que espera un hijo no trabaja en vano, sino para que nazca la criatura. En Apocalipsis 12, aquella mujer está en labor de parto, y un hijo varón va a nacer. El mundo ya ha trabajado de más; el nacimiento está cerca.

El Señor Jesús dice en Mateo 24: «*Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre*». La palabra *venida*, en este pasaje, es la palabra griega *parousía*. ¿Alguien discute que las características de la época en la cual estamos viviendo hoy son las mismas que en los días de Noé? Esta época se está volviendo invariablemente cada vez más parecida a los días de Noé: la situación moral, la corrupción, el derramamiento de sangre, la perversidad y los propios pensamientos de las mentes son continuamente malos. La situación de nuestra época, ¿no demuestra que se aproxima la venida de nuestro Señor?

El Señor dice: «*De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros,*

cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas». Sabemos que la higuera representa a la nación judía. Durante dos mil años, ellos fueron un pueblo sin un territorio, sin un gobierno. Dios los preservó a través de las persecuciones por dos mil años, y repentinamente, en 1948, la nación de Israel fue establecida – las ramas tiernas y las hojas brotando... «*conoced que está cerca, a las puertas*».

En Lucas 21, el Señor Jesús dice: «*Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan*». Si nuestra interpretación es correcta, entonces, en 1967, durante la Guerra de los Seis Días, Jerusalén salió de las manos de los gentiles y pasó por primera vez a manos de los judíos. ¿Significará esto que el tiempo de los gentiles se ha cumplido?

Hermanos, observen a todos los lugares del mundo: la situación política, económica, moral, la situación de la cristiandad... Ustedes no tendrán sino que concluir que estamos viviendo en aquella atmósfera de la época de la *parousía* de Cristo. En verdad, hay muchas profecías que han de cumplirse aún; sin embargo, la *parousía* significa un período de tiempo que cubre una serie de eventos, en lugar de un hecho único. En este sentido, entonces, todas las profecías que preceden el inicio de la *parousía* ya se cumplieron.

Este asunto me conmueve profundamente, porque yo amo la venida del Señor. No es nuestro propósito en este capítulo entrar en muchos detalles sobre este asunto; sin embargo, una cosa se puede afirmar de modo

muy claro y simple: un día, amados hermanos –puede ser hoy o mañana, o dentro de diez años– un grupo, un determinado número de personas, desaparecerá repentinamente.

«*Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada. Dos estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado*» (Luc. 17:34-36). ¿Por qué está escrito de esa manera? Porque la tierra es redonda. Mientras en algunos lugares es de noche, en otros es la mañana, y en otros es mediodía. Descubrimos por tanto que, simultáneamente, algunos dentro del pueblo de Dios serán tomados de esta tierra. La palabra *tomados* es la misma traducción de la palabra griega usada en Hechos capítulo 1, donde está escrito que nuestro Señor fue elevado a las alturas.

Pero, ¿quién será tomado? ¿Cómo sabremos quién será tomado y quién será dejado? Exteriormente, no hay diferencia. Dos estarán en la cama, por lo tanto, tú no debes tener miedo de ir a dormir, porque si eres uno de los que han de ser tomado, serás tomado. De la misma manera, no abandones tu trabajo. Continúa trabajando, porque si eres uno de los que ha de ser tomado, serás tomado aunque estés trabajando.

Exteriormente, entonces, todo estará ocurriendo normalmente; pero el Señor conoce el corazón del creyente. Aquellos cuyos corazones son enteramente para él, que están atentos, esperando por él, preparados para su venida, viviendo como vencedores, éstos serán tomados. Este es el co-

mienzo de la parousía. La señal del inicio de la parousía es el arrebatamiento de los vencedores. Ellos serán como el hijo varón, arrebatados para el trono donde está Cristo. Ellos lo acompañarán cuando él venga desde el trono a los aires. ¡Qué gran privilegio será éste!

Después de eso, habrá una batalla en los cielos. Miguel y sus ángeles pelearán contra Satanás y sus ángeles, porque los aires son el cuartel general de las potestades de las tinieblas. No habrá más lugar para Satanás. Entonces él y sus seguidores serán lanzados desde los aires a la tierra. Los aires serán despejados para que el Señor, acompañado de aquel grupo de vencedores, descienda del trono hasta los aires.

Por otra parte, ¿qué podemos esperar cuando Satanás sea arrojado sobre la tierra? Sabemos que en esa ocasión, un trío maligno estará sobre la tierra: Satanás, el falso profeta y el anticristo. ¿Qué podemos esperar, sino una gran tribulación? Muchos creyentes que aún no están listos hoy, tendrán que ser preparados a través de la Gran Tribulación.

En toda sementera de trigo, hay un área que es segada primero: es la parte que recibió más luz del sol. El trigo sembrado allí madura, se seca, primero, y por eso es desprendido de la tierra antes que el restante. Así, los primeros frutos, las primicias, serán recogidos antes, y de acuerdo con la ley de Moisés, un manojito será presentado a Dios en el templo. Es lo mejor de la siega, y también la garantía de que habrá una cosecha. Estos son los vencedores. Los demás re-

quieren aún recibir más luz del sol, más calor, para secarse y ser desprendidos de la tierra.

Entonces, finalmente, de acuerdo con Apocalipsis 14, aquel varón en la nube, con una corona de oro sobre su cabeza, toma su hoz y efectúa la cosecha. Recoge y lleva para las nubes. Es eso lo que tenemos en 1ª Tesalonicenses capítulo 4: «...*los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado...*». O sea, habrá quienes estarán vivos, mas no quedaron, porque ya fueron alzados. Mas aquellos que estarán vivos y quedaron, serán llevados juntos hacia arriba, no hacia el trono, sino hacia los aires. Encontrarán al Señor en los aires, lugar donde será establecido el tribunal de Cristo.

Después de pasar el tribunal de Cristo, entonces el Señor vendrá de los aires a la tierra con su ejército. Habrá una gran batalla, la batalla de Armagedón. Se ha hablado mucho acerca de esta batalla. No es una batalla de nación contra nación, sino entre Cristo y el anticristo. Ese es el final de la *parousía*. La señal inicial de la *parousía* es su venida *como ladrón*, la señal final de la misma es su venida *como el relámpago* que sale del oriente y se muestra en el occidente, cuando todo ojo le verá.

Cuando nuestro Señor Jesús fue

tomado a los cielos y los discípulos estaban mirando hacia lo alto, aparecieron dos varones con vestiduras blancas, que les dijeron: «*Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo*» (Hech. 1:11). En otras palabras, el modo por el cual ascendió es el mismo por el cual él va a reaparecer.

En su ascensión hubo dos etapas: la primera, desde el monte de los Olivos hasta las nubes, en forma visible; la segunda, desde las nubes hacia el trono, de forma invisible. Su presencia se dará de la misma manera, en orden inverso. Del trono a las nubes, de forma invisible, y desde las nubes al monte de los Olivos, visiblemente. Todo el período en que ocurren estos eventos es llamado *parousía* – la llegada y presencia del Señor.

Amados hermanos, si ustedes aman al Señor Jesús, ustedes aman su presencia. Si hoy leemos aquel poema, aquel himno escrito por nuestro hermano Nee, podemos ahora mismo disfrutar espiritualmente de su presencia, aunque, de alguna forma, aún hay en nuestros corazones un anhelo de ver su rostro, y sabemos que cuando le veamos cara a cara, seremos como él es. ¡Sí, ven, Señor Jesús!

Tomado de Vendo Cristo no Novo Testamento, Tomo III.

* * *

La otra cara de la luna

El poeta checoslovaco Rainer María Rilke (1875-1926), solía decir que con la muerte sucede lo mismo que con la luna. A la luna se le ve una sola cara, que es la vida que todos vivimos en este mundo. La otra cara, que es tan real como ésta, aunque no se ve, es la otra vida que sigue a la muerte.

Miguel Limardo, Ventanas Abiertas

Los nombres de Cristo (11)

Emanuel



Harry Foster

"...y le pondrás por nombre Jesús ... y lo llamarán Emanuel..." (Mateo 1:21, 23, NVI).

Isaías había profetizado que ellos llamarían Emanuel al hijo de María, pero no hay evidencia de que alguien usara alguna vez este nombre en la vida terrenal de Jesús. José lo llamó Jesús, como se le había ordenado que hiciera, pero no hay forma de saber cuánto comprendió él de la identificación que hace Mateo del niño como el Emanuel nacido de una virgen, mencionado en la profecía de Isaías.

Sin embargo, aun si nadie usó el nombre, es evidente que la realidad espiritual fue apreciada de vez en cuando. Hubo momentos en los cuales las personas, estando con Jesús, sintieron que se encontraban en la presencia de Dios. Pedro empezó su historia como apóstol con una abyec-

ta confesión de su propia maldad que sólo la santa presencia de Dios podría provocar (Lucas 5:8). Cuando un hombre fue levantado de entre los muertos, los que estaban presentes proclamaron que Dios los había visitado (Lucas 7:16). ¿Qué hizo retroceder y caer a tierra a la turba que había venido al huerto de Getsemaní cuando Jesús los confrontó con las palabras: «Yo soy» (Juan 18:6)? ¿No fue un conocimiento momentáneo de la majestad divina? Ellos buscaban a Jesús de Nazaret, y se encontraron con el gran Emanuel. Unos retrocedieron consternados; pero otros se postraron en adoración.

El Señor Jesús había insistido a Satanás que sólo a Dios debe adorar (Mateo 4:10); sin embargo, Él

no rechazó la adoración del ciego de nacimiento (Jn. 9:38) y de otros. De hecho, él clarificó la posición al joven rico que se postró delante de él y lo llamó 'bueno', explicando que la única forma válida de describirlo así es reconocerlo como Dios verdaderamente, porque: «*Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios*» (Marcos 10:18).

La referencia a la profecía de Isaías puede explicar por qué los hombres nunca usaron el nombre, ya que las circunstancias de la vida temprana de este Emanuel fueron oscuras en extremo. El trasfondo de la señal dada por Dios a Acáz era que el niño nacería en las precarias condiciones de una tierra devastada por la guerra (Isaías 7:14-16). Esto se cumplió espiritualmente en el caso del niño a quien José llamó Jesús. La profecía se cumplió; la virgen dio a luz a su Hijo; pero la manifestación de Dios encarnado se hizo confusa y oscura a causa del pecado de su pueblo.

De verdad Dios estaba con el hombre, pero Él estaba aquí para compartir la miseria del hombre y para sufrir las consecuencias del alejamiento de éste de su creador. Ningún hombre lo comprendió en su

tiempo, pero de hecho Dios estaba con nosotros, con nosotros en toda la vergüenza y degradación de la necesidad y el pecado humano.

Después de la cruz vino la resurrección, y entonces la verdadera gloria de Emanuel se hizo evidente a todos los creyentes. En Cristo, Dios es para nosotros y Dios está con nosotros. Tomás inició el feliz testimonio con su declaración: «¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20.28), y desde ese día hasta hoy, Emanuel –Dios con nosotros– ha sido enlazado con el nombre salvador de Jesús en las alabanzas agradecidas de todos los creyentes.

El Señor Jesús dio un especial énfasis al estímulo y consuelo de este nombre cuando les dijo a Sus discípulos que fuesen a todas las naciones, respaldados por Su autoridad universal, y agregó: «...y he aquí yo estoy con vosotros todos los días...» (Mateo 28:20).

Así que las palabras de Mateo han dicho verdad: «...y lo llamarán Emanuel». Nos consideramos dichosos porque nosotros lo conoceremos eternamente por este nombre maravilloso.

«*Toward The Mark*»,
Vol. 3, No. 1, Jan-Feb. 1974.

* * *

¿En cuál de los mundos?

Una madre, cuyo hijo viajaba por el mundo atendiendo negocios muy importantes, recibió noticias donde al mismo tiempo que se le felicitaba se le informaba "que su hijo estaba haciendo un excelente papel en el mundo". La respuesta de ella denota que tenía un concepto correcto de los valores. Ella hizo esta pregunta: "¿En cuál de los mundos?".

Miguel Limardo, Ventanas abiertas

COSAS VIEJAS

EL DELANTAL

La experiencia era nueva y absolutamente extraña. Nunca pensaron ellos que podría suceder: Allí en el huerto se dieron cuenta de que estaban desnudos y sintieron vergüenza de estarlo.

Entonces se apresuraron y corrieron a la higuera, que tenía hojas grandes y hermosas, y se hicieron delantales para cubrirse. Al menos les parecía que podían mirarse. Sin embargo, había un escozor adentro, una inexpresable sensación de cansancio, de estupor y desasosiego. Algo se había roto en su corazón, y era la paz que ya no estaba. La extraña sensación todavía era para ellos en gran parte indefinible. La humanidad habría de tener miles de años para reflexionar en torno a ella y sufrir sus consecuencias.

Pero ahora, Dios se acerca por entre los árboles del huerto. Sus pasos se oyen y pronto Su voz retumba, imponente. Adán y Eva huyen a esconderse detrás del árbol más grande.

Los delantales no bastan para quitar su vergüenza y mirarlo a Él. Pero hay un árbol grande, y de allí, de detrás de su tronco, asomados apenas, pueden hablarle.

El diálogo es triste, como casi todo este capítulo 3 de Génesis. No es éste el momento de recordarlo. Pero si miraremos el versículo 21: *«Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió»*.

¡He aquí el vestido! ¡He aquí la solución de Dios para la vergüenza radical del hombre!

Debía ser un vestido de pieles. Por tanto, debía morir un animal. Debía derramarse sangre y Dios consentir en ello. ¡Ay qué desgracia! La muerte espiritual de Adán y Eva era seguida por otra, la de una víctima inocente.

Un animal debió morir para que ellos tuvieran vestido. Una víctima habría de caer para que Dios pudiese siquiera mirarlos.

Una víctima que miraba hacia Aquélla otra, la verdadera, más inocente aun que la del huerto. El Cordero de Dios tenía desde ahora decretada su suerte. Dios lo había dicho al derramar una sangre para proveer de un delantal.

EL AMOR DE ÉFESO

«A fin de que ... seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos ... y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:18-19)

«Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor» (Apocalipsis 2:4).

Parece que no siempre el éxito coronó los esfuerzos de los apóstoles. Pablo escribe con vehemencia una oración que él sostenía de rodillas delante de Dios: que los efesios conociesen el amor de Cristo: única virtud que les llevaría a la plenitud.

Esta oración da por sabida y hecha la realidad del primer amor. Aquí se trata de algo más. Esta es una oración que pide la posesión del amor profundo y definitivo: el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. Este es el amor pleno, maduro, estable; que no depende del estado de ánimo. Que no se ampara en la circunstancia favorable ni en el sentimiento de la carne.

Sin embargo, de las palabras del Señor en Apocalipsis –dirigidas a esta iglesia– se desprende una situación lamentable. No sólo no habían alcanzado esta clase de amor maduro y perfecto, sino que ni siquiera habían logrado mantener el primer amor. Ellos tenían que volver al primer amor y a las primeras obras. Ellos son instados a arrepentirse, a volver al punto desde el cual habían caído. Tenían que volver al amor sencillo, como el de un niño.

Siempre hay el peligro de que, cuando se quiere avanzar rápido en la consecución de los mejores niveles de vida espiritual, se dejen de lado las primeras cosas. Hay el peligro de pensar que ya la preciosa Sangre no es tan necesaria, que ni el temor de Dios, ni el arrepentimiento, ni la confesión, ni la comunión ya son tan necesarias. Pero el Señor, como a Éfeso, nos vuelve a decir: ¡Cuidado! No te olvides de las primeras cosas.

Los efesios debían retomar el lugar desde el cual se habían desviado. Ellos necesitaban un nuevo comienzo.

Muchos de nosotros hoy necesitamos también un nuevo comienzo.

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

El tema de esta sección en esta ocasión es «voces». Muchos llamados y voces hay en la Biblia; sea la voz de Dios, sea la de los hombres. Hemos seleccionado 21 de estas situaciones, que sometemos a vuestra consideración. Si usted es un lector atento de la Biblia, no tendrá dificultades para acordarse de ellas, y responder correctamente las preguntas.

Responda sin buscar ayuda. Hallará las respuestas correctas en la página 119.

- ¿Quién oyó la voz del Señor que hablaba desde un torbellino?
 - Elías
 - Job
 - Caín
 - Samuel
- Personaje del Nuevo Testamento que es considerado como «voz que clama en el desierto»:
 - Pedro
 - Juan el Bautista
 - Nicodemo
 - Silas
- Nombre del patriarca que, aunque estaba ciego, reconoció la voz de su hijo, pero lo engañaron las manos de éste revestidas de pelo:
 - Matusalén
 - Jacob
 - Ismael
 - Isaac
- ¿Quién 'salió fuera' cuando Jesús lo llamó con fuerte voz?
 - Andrés
 - Ester
 - Lázaro
 - Esteban
- ¿Quién escuchó la voz de Jesús, mucho tiempo después que el Señor ascendiera a los cielos?
 - Juan Marcos
 - Pablo
 - Bernabé
 - Felipe
- ¿Qué mal padecían los diez hombres que le gritaron a Jesús pidiéndole que tuviese misericordia de ellos?
 - parálisis
 - ceguera
 - sordera
 - lepra
- Niño que dormía junto al Arca de la alianza cuando oyó la voz de Dios llamándole:
 - Samuel
 - David
 - Moisés
 - José
- Iglesia a la cual Jesús dijo: «Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo».
 - Laodicea
 - Tiatira
 - Esmirna
 - Pérgamo
- ¿Qué evangelio menciona la voz de Raquel que llora a sus hijos?
 - Juan
 - Marcos
 - Mateo
 - Lucas
- Según Proverbios, ¿quién hace oír su voz por las calles?
 - el amor
 - la sabiduría
 - la verdad
 - la ciencia
- Animal que reprendió con voz humana a un profeta:
 - león
 - águila
 - burra
 - caballo

12. Mujer estéril que oraba moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno:
- | | |
|-----------|----------|
| a. Raquel | b. Ana |
| c. Isabel | d. Marta |
13. ¿Quién escuchó la voz de Dios en el año en que murió el rey Uzías?
- | | |
|-----------|-----------|
| a. Elías | b. Esdras |
| c. Isaías | d. Jotam |
14. Según Pablo, ¿qué idioma empleó la voz divina en el camino a Damasco?
- | | |
|-----------|-----------|
| a. hebreo | b. arameo |
| c. griego | d. latín |
15. Rey que escuchó la voz de Dios justamente cuando él alardeaba de la grandeza de su reino.
- | |
|------------------|
| a. Darío |
| b. Belsasar |
| c. Nabucodonosor |
| d. Asuero |
16. ¿Quién escuchó la voz del Señor ordenándole que comiera animales impuros?
- | | |
|-----------|-------------|
| b. Moisés | b. Natanael |
| c. Jefté | d. Pedro |
17. ¿Qué ciudad se señala en el Apocalipsis como el lugar donde nunca más se volverá a oír la voz de los esposos y las esposas?
- | | |
|------------|--------------|
| a. Samaria | b. Jericó |
| c. Roma | d. Babilonia |
18. ¿Quién le dijo a Saúl que obedecer la voz de Dios es más importante que el sacrificio de animales?
- | | |
|-----------|-------------|
| a. Samuel | b. Jonatán |
| c. David | d. Abinadab |
19. Mientras Elías subía al cielo en un torbellino, ¿quién clamaba por él?
- | | |
|-----------------|------------|
| a. los profetas | b. Ahío |
| c. Eliseo | d. Ocozías |
20. ¿Qué libro de la Biblia afirma que la voz del Señor es como el estruendo de muchas aguas?
- | | |
|----------------|------------|
| a. Apocalipsis | b. Génesis |
| c. Ezequiel | d. Salmos |
21. ¿Quién prorrumpió a grandes voces cuando vio a Samuel subir de entre los muertos?
- | |
|------------------------|
| a. Amalec |
| b. Abner |
| c. Sadoc |
| d. la adivina de Endor |

* * *

Lo mejor ha partido

Un muchachito estaba entusiasmado con un nido de pájaros que halló en el jardín de su casa. Se gozaba en acariciar los huevos tan finos y bellos. Después de unas semanas de ausencia, volvió a visitar el nido acompañado de su hermano mayor, hallando los hermosos huevos rotos a pedazos. «¡Qué lástima!», exclamó sollozando, «se han echado a perder». «No digas tal cosa», repuso su hermano, «no se han echado a perder. Lo mejor de ellos ha salido; tiene alas y vuela».

Así es con la muerte. El cuerpo estropeado es la cáscara del huevo. Lo mejor no está allí.

Samuel Vila, Púlpito cristiano

RÍOS DE AGUA VIVA

*«Si alguien tiene sed, venga a mí y beba.
El que cree en mí... de su interior brotarán ríos de agua viva»*

(Juan 7:37-38, RV 1995)

¿Quién hay que no tenga sed? ¿Quién no tiene sed intelectual, sed del alma, sed del corazón o sed del cuerpo? Pues no importa cuál sea, o si yo las tuviere todas. «Venga a mí y... ¿permanezca sediento? ¡Ah, no! «Venga a mí y *beba*».

¿Qué? ¿Puede Jesús satisfacer toda mi necesidad? Sí, y mucho más que eso. No importa cuán complicada mi vida, cuán difícil mi trabajo, cuán grave el dolor que me aflija, cuán distantes mis seres queridos; no importa lo débil que me sienta ni la intensidad de mis inquietudes – Jesús todo lo puede satisfacer, y más que satisfacer.

«Él me promete no tan sólo su reposo – ¡qué bendición si eso fuera todo, y cuánto encierra esa palabra *todo*! No tan sólo me promete bebida que apague mi sed. ¡No, mejor que eso! «El que cree en mí (que verdaderamente confía en mí, que cree en lo que yo he dicho) de su interior *brotarán ...*»

¿Acaso sea posible? ¿Habrá refrigerio para lo árido y sediento – humedecidas las tierras quemadas, refrescados los lugares áridos – pero más todavía, que sea tan saturada la tierra que broten las fuentes y fluyan los ríos? Sí, ¡así será! Y no meros riachuelos, llenos mientras duren las lluvias, luego secos otra vez ... sino «de su interior brotarán o fluirán ríos» – ríos como el potente Yangtzé, siempre llenos, siempre profundos. En tiempo de sequía pueden secarse los ríos, vaciarse los canales, ¡pero el Yangtzé jamás! ¡Es siempre un torrente vastísimo que fluye hondo e irresistiblemente!

«Venga a mí y beba». No dice que venga y tome un trago apresurado; ni tampoco que venga a saciar algo su sed, o por lo menos aplacarla por un tiempo. ¡No! «Beba», o sea, «continúe bebiendo», constantemente, habitualmente. Puede ser irremediable la causa de su sed. El llegar una vez y tomar una vez puede refrescar y aliviar; pero hemos de estar llegando todo el tiempo, bebiendo en todo momento. ¡No hay temor de agotar la fuente ni secar el río!

J. Hudson Taylor

Una de las mayores necesidades en medio de las iglesias hoy es fortalecer la vida familiar. ¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado?

La vida hogareña de Spurgeon



D. Kenaston

«Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños» (Hechos 2:17).

Hay tiempos cuando llega una gran tragedia, y tenemos que decir: «Dios es soberano». Todos nosotros conocemos estos tiempos, cuando no se entiende el porqué de las cosas que Dios permite pasar. También incluye esto los eventos milagrosos que igualmente no pueden entenderse. Dios es soberano y puede obrar como quiera. La vida de Charles Spurgeon es un ejemplo de estos milagros. Predicó su primer mensaje a la edad de 16 años, con unción y celo. Al llegar a sus 19 años, predicaba a grupos de cinco mil, conduciéndolos al Señor.

Quizá te estás preguntando «¿Cómo puede ser esto?». Yo no sé; Dios es soberano. Parece que el versículo inicial permite que los de 16 años prediquen. Tengo que confesar, quiero que tengamos más hombres jóvenes que estén tan llenos del Espíritu Santo que no podrían «dejar de decir lo que han visto y oído» (Hechos 4:20)

Cuando Charles era todavía joven, vivió con sus abuelos durante casi seis años, quienes vivían consagrados al Señor. Su abuelo fue predicador del evangelio y pastor de una misma iglesia durante 54 años. Mien-

tras vivía con sus abuelos, casi a sus diez años de edad, un evento muy extraño impresionó su corazón profundamente. Un evangelista piadoso se alojaba en la casa por algunos días y se interesó en el hambriento niño. Este predicador, Knill, conmovido por los intensos deseos de Charles por conocer la Biblia, brotó en una intercesora oración por el niño. Terminó la oración en una profecía, diciendo que el niño amaría a Jesús y predicaría el evangelio en la capilla más grande del mundo. Estas palabras proféticas trazaron el rumbo de la vida de Charles H. Spurgeon. Empezó a soñar sueños y ver visiones desde entonces. Su corazón se unió a las palabras de Pablo, quien escribió ser apartado «desde el vientre de mi madre... para que yo le predicase entre los gentiles...» (Gálatas 1:15-16)

Antepasados piadosos

Dios puede hacer cualquier buena cosa para quien él quiera usar. Pero es digno de notar cuántas veces saca Dios a un siervo especial de la descendencia de un linaje piadoso. Spurgeon (como es llamado y conocido en inglés) es un ejemplo de eso. Había una historia de 200 años de piadoso linaje antes de que él naciera. En Holanda, 200 años antes, sus antepasados por la fe fueron encarcelados. Aquellos días fueron tiempos en los que se criaron varias generaciones piadosas, una tras otra, que seguían al Señor de todo corazón. Por fin, sus antepasados partieron de Holanda con deseos de encontrar un lugar donde vivir y adorar a Dios según sus conciencias y se fueron a In-

laterra, donde sí había libertad. En esta libertad, fueron manifiestas las sólidas convicciones cristianas y la dedicación a Dios que embellecían el testimonio de la familia hasta los días de su famoso hijo, Charles.

La casa del abuelo- una escuela especial

Si bien es fácil ver la aprobación divina de este vaso escogido desde los días de su niñez, también es cierto que había influencias humanas en su formación y moldeo. Carlos fue uno de los 16 hijos, nacido en un hogar pobre y humilde, igual que nuestro Señor Jesús. Quizá la pobreza fue la razón de su crianza en el hogar de sus abuelos durante seis años. Sus padres eran pobres y no podían satisfacer sus necesidades. Cualquiera que fueran las razones humanas, Dios tuvo su propia razón para poner a Charles bajo el cuidado de este anciano y sabio predicador. Aprendió la Biblia del abuelo, quien le enseñó a Charles fielmente cada mañana y cada tarde. Aprendió a orar de su abuela, quien se sentaba al lado del fuego, en su silla mecedora, orando varias horas diariamente.

Además, aprendió las lecciones escolares de la «tía Anita», quien fielmente le enseñó durante los seis años de su permanencia con sus abuelos. El Señor diseñó una hermosa mezcla de piedad para Charles: la firmeza y el carácter de un defensor de la fe, el gracioso amor y el tierno cuidado de una abuela del tipo de la mencionada en Proverbios 31, y la ordenada disciplina de una tía inteligente. Esto se sumó a una escuela especial, para el

niño que tenía un llamado santo en su vida. Miremos algunos puntos destacados en su educación.

La sala de estudio del abuelo. El Padre Celestial tenía buenos planes para esta sala. Charles invertía muchas horas allí, leyendo comentarios y libros teológicos. Esto trajo muchas preguntas a su mente inquisitiva, a las cuales el abuelo estaba listo para responder. Es de imaginar la instrucción espontánea que aconteció durante estos años de desarrollo del niño.

La Finca. Los quehaceres diarios del niño le formaron el carácter, el cual duró todos los días de su ministerio público. Tenía que ordeñar mañana y tarde, diariamente; además, había otras responsabilidades que demandaban que él renunciara a su propia voluntad continuamente. Esto fue una escuela muy apreciada, que no se puede comprar con dinero.

Los visitantes. Con los visitantes vinieron visiones al corazón del niño, mientras les escuchaba charlar. Predicadores, misioneros y jóvenes estudiantes del ministerio, le dieron mucho en que meditar. Como padres sabios, debemos proveer de tales oportunidades inspiradoras de intercambio espiritual a nuestros hijos. Si prodigamos la honra debida a los piadosos siervos de Dios, nuestros hijos van a escucharles con reverencia.

Leyendo la Biblia con el abuelo. Charles fue muy privilegiado al tener la responsabilidad de leer diariamente la Biblia en voz alta. Cada mañana y cada tarde, durante seis preciosos años, fue el responsable de esta tarea. Esto le enseñó a leer las sagradas páginas con vitalidad y reverencia.

También tuvo la libertad de preguntar al abuelo sobre cualquier asunto del versículo del día. Al terminar, el abuelo exponía los versos leídos.

El refinado carácter de los ancianos. ¿Cuántos de nosotros, los padres de hoy, anhelamos dar a nuestros hijos un ejemplo más refinado y maduro? Spurgeon tuvo el amoroso cuidado, como el de un padre, junto con una piedad que vino del andar con Dios por largos años. Y el ejemplo de la abuela fue igualmente claro y recto. Esto me desafía en gran manera, al reflexionar sobre mis propios hijos. Tengo que dejarles un ejemplo maduro para seguir. «Cual el cuervo, tal su huevo»; así es en toda la creación de Dios. De la misma manera, la piedad pasa de una generación a otra a través de las palabras y ejemplos.

La chimenea. Una sana imaginación es una parte importante en el desarrollo y enseñanza de un niño. Dios ocupa varios canales y vías para estimular el pensar imaginativo y libre. De su estancia con sus abuelos, tres lugares especiales se plasmaron en la memoria de Spurgeon. El arroyuelo murmurante, el jardín de oración del abuelo y sobre todo, la chimenea, con todos reunidos a su alrededor en las noches frías. Seguramente las lenguas danzantes de las llamas provocaron la imaginación de Spurgeon noche tras noche. Se refirió con frecuencia a ese fuego durante los largos años de su ministerio.

La vida organizada de la tía Ana. Mucho de ella está escrito en las biografías acerca de la influencia del abuelo de Spurgeon sobre su nieto, y esto es justo. Indudablemente él fue

un instrumento en las manos de Dios para moldear al «Príncipe de los Predicadores», como se le llama a Charles. Sin embargo, la tía Ana, según lo que parece, contribuyó tanto o más a una influencia positiva sobre Carlos, pues ella fue su guía en los pequeños asuntos cotidianos de su niñez. Una mente apta y una vida ordenada fueron sus características principales. El joven Charles aprovechó todo esto. Entremezclado con los tiempos de paseo en los campos y las meditaciones sobre la creación, tuvo una vida ordenada, guiada por la querida tía. La seguridad y la estabilidad de la vida ordenada resultan en una cosecha tan abundante en nuestros hijos, que es difícil medirse.

Un dibujo santo. Había un dibujo especial colgado en la chimenea de la casa de los abuelos. Y éste tocó a Charles profundamente todos los días de su vida. «Un dibujo vale mil palabras» se dice, y así este dibujo de David y Goliat influyó en Spurgeon abundantemente. En sus meditaciones cada tarde, a cuántos gigantes mató; y después, en su vida ministerial, muchos más gigantes espirituales cayeron a sus pies, vencidos por la fe. ¡Ten cuidado de los dibujos y cuadros que pongas a la vista de tus hijos! Ellos se alimentan de su mensaje. Spurgeon se refirió a ese dibujo frecuentemente en sus sermones, durante cuarenta años. ¿Es un dibujo, un dibujo nada más? ¡No! Porque un dibujo pregona un mensaje y nuestros hijos lo escuchan a menudo.

La soledad sagrada. ¿Has estado en la presencia de un hombre piadoso mientras medita intensamente? Hay

La mezcla de los dos hogares fue perfecta en prepararle para su futuro ministerio.

un sagrado silencio allí, que es poderoso. La presencia plena de Dios se siente mientras el hombre piadoso medita u ora. Charles se gozó de esto muchas veces. Al principio, fue un chico bullicioso que no se daba cuenta de lo que pasaba. Pero con el paso del tiempo, se rindió al silencio, y llegó a ser un recipiente de sus glorias. Así pasó muchas veces, cuando el abuelo tuvo que cuidar a su nieto, mientras las mujeres habían salido de casa. ¡Dios nos ayude a los padres para proveer de tal silencio venerable en nuestros hijitos!

La vida en el hogar de los padres

Aunque fue impresionante la enseñanza en la casa del abuelo, Charles luego pasó a otra enseñanza igualmente influyente. Se mudó de un hogar quieto y meditabundo a uno muy activo, lleno de hermanos y hermanas. ¡Oh, la multiforme sabiduría de Dios! (Gálatas 3:10) ¡Cuán bellamente dirige la vida de sus hijos! En la casa de los padres, Spurgeon encontró la pobreza otra vez, y la realidad de la vida diaria. Y también, buenas oportunidades para compartir, porque entre los necesitados es necesario compartir. La mezcla de los dos hogares fue perfecta en prepararle para su futuro ministerio.

Dos cosas hicieron que Spurgeon fuera uno de los más influyentes hom-

bres de su época. Primero, amaba a Dios con todo su corazón (aprendido en la vida quieta y meditativa del abuelo), y segundo, vivía para el bien de otros con toda su capacidad (aprendido en la vida activa y dadivosa del hogar de sus padres). Los días de su provechoso ministerio fueron una mezcla hermosa de los dos primeros mandamientos: «Ama a Dios y ama a tu prójimo». Podemos ver a Dios adiestrando a su siervo en los dos, muy diferentes, hogares piadosos. Como padres, podemos cosechar de los dos ejemplos. A veces, podemos pensar que el tener muchos hijos es una molestia en el entrenamiento de ellos. Debemos resistir la tentación de pensar así, y considerar las experiencias diarias como oportunidades para enseñarles. Si nuestros hijos llegan a ser poderosos en la tierra, como se promete en el Salmo 112:2, es por la razón de que han aprendido a vivir para el bien de otros.

Unos pocos libros poderosos

Al estudiar los hogares de los hombres piadosos, siempre veo la influencia de los libros. El leer no es una cosa insignificante en el entrenamiento de la siguiente generación. «Los que leen, guían» se dice; pero ¿qué clase de lectores y guías tendremos? Si permitimos a nuestros hijos leer cualquier clase de libros vanidosos, ¿qué tipo de líderes vamos a producir? No faltan libros hoy. Sin embargo, sí faltan libros sanos y edificantes que guíen bien las mentes de nuestros jóvenes. El padre de Charles proveyó los mejores libros a sus hijos. A pesar de que fue un hombre pobre,

puso mucha prioridad en los buenos libros para sus hijos.

«El Progreso del Peregrino», de Juan Bunyan, fue un constante compañero de Charles durante toda su vida, y cada año lo leyó completamente. Su padre compró libros acerca de los mártires y publicaciones sencillas sobre evangelismo. Está escrito de Charles que se sentó con los ancianos, discutiendo sobre teología, a la edad de 12 años, igual que Jesús, quien sorprendió a los maestros de su era con su conocimiento sobre las cosas espirituales. Los padres de los dos, los de Jesús y los de Charles, guardaron del mal a las preciosas mentes puras de sus hijos. Debemos notar que hay una grave necesidad de purificar los libreros en muchos hogares cristianos de hoy día.

El padre y la madre

Fácilmente se nota cómo Dios usó el hogar ideal del abuelo para entrenar y moldear a su siervo Charles. Pero también Dios usa los hogares un poco menos ideales. Estoy agradecido por esto, ya que la mayoría de nuestros hogares no son tan ideales.

El papá de Charles trabajaba todo el día y servía como ministro por las noches y los fines de semana. Algunos de nosotros estamos en la misma situación y sabemos que esto no es fácil de hacer. No tenía suficiente tiempo para la familia (¡Gloria a Dios por su fiel esposa, que lo comprendía bien!). A pesar de que John Spurgeon estaba muy ocupado proveyendo para su gran familia, siempre realizaba los cultos familiares, mañana y tarde, cada día. Fue amado y reverenciado

por todos sus hijos. Siempre anhelaban su regreso del trabajo, reuniéndose con anticipación para escuchar los sucesos del día y de su ministerio.

La madre fue un modelo santo en el hogar de los Spurgeon. Llevaba en oración a sus hijos ante el Señor, continuamente. A causa de la vida muy ocupada que tenía su marido, ella tuvo que llevar la carga de la crianza de los hijos más de lo normal. Estoy seguro de que hubo la tentación de responder con amargura, y pensar que su esposo debiera estar más en la casa. Pero las venció, sabiendo que rendirse a tales tentaciones traería el desastre al hogar. En lugar de esto, se puso a sí misma esa tarea, y en recompensa recibió la alabanza y el respeto de todos sus hijos. El ejemplo de la vida de esta mujer piadosa guió a la familia hacia el camino de la santidad. Se sentaron a sus pies, miraron su ejemplo, y luego se levantaron para seguir en pos de ella.

Entrenamiento para el ministerio en el hogar

Este último punto es un golpe para muchos de los predicadores de hoy en día, quienes estudiaron en un seminario para ejercer el ministerio. Spurgeon no asistió a un Colegio Bíblico para prepararse para la obra de predicar el evangelio. Pero, mirando el pasado de su vida, es obvio que se preparó bien para esto. No obstante, su preparación no fue la común. Fue preparado en el hogar. Su padre, su abuelo y el Padre Celestial colaboraron en esto. ¿Es una buena mezcla, verdad? Dios, en su providencia, no

permitió que Charles Spurgeon asistiera a un seminario.

Al reconocer el llamado de Dios en su vida, había algunos que le aconsejaron que buscara entrenamiento formal. Pero, al orar sobre esto, Charles no se sentía en paz y empezó a dudar de que fuera realmente el llamado de Dios que él entrara al ministerio. Luego, buscó a Dios más intensamente y una vez que iba orando y meditando mientras caminaba, Dios le reveló claramente algo. Spurgeon dijo después: «Fue como que si Dios me hubiera hablado en voz alta: «No entres en el Colegio Bíblico, confía en mí». Esto era lo que necesitaba. Lo recibió y nunca miró hacia atrás. Comenzó, entonces, uno de los ministerios de más envergadura de esa época sin preparación en un seminario. Spurgeon tenía al Espíritu Santo y la Santa Palabra en su corazón. Parece que no necesitaba más.

Vivimos en una época cuando puede ser peligroso entrar a algunos seminarios. Hay muchas cosas bonitas en muchos de ellos, pero también hay algunos que tienen influencias para «desaprender» después. Me gusta más el tipo de enseñanza que Spurgeon recibió. Hay que recordar que la iglesia primitiva no tenía seminarios teológicos. Ellos tuvieron a Cristo dentro de sí y no necesitaban más que esto. No hemos alcanzado a la eficacia de ellos en 2000 años. ¡Señor, guíanos a «las sendas antiguas, cuál sea el buen camino» (Jeremías 6:16).

www.elcristianismoprimitivo.com
(Publicado con autorización)

Los jóvenes que aman lo original, lo genuino, ¿deberán conformarse con una fe falsa?



Una fe no fingida

Una
palabra
para los jóvenes

La expresión «fe no fingida» aparece dos veces en las epístolas de Pablo, una en cada una de ellas.

«Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida» (1ª Tim. 1:5). «Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también» (2ª Tim. 1:5).

La primera está referida a Pablo, es decir, a la fe de Pablo; la segunda, a la fe de Timoteo y su familia. La expresión puede entenderse también como 'fe genuina', 'fe verdadera', en contraste con la fe 'aparente' o 'hipócrita'.

Esta fe puede habitar en una familia completa (como la de Timoteo), en un grupo de creyentes (como el que conforman Pablo y sus colaboradores). Pero no se transmite por sólo pertenecer a un grupo. Es un don de Dios (Ef. 2:8), y está enraizada en Jesucristo. Luego, cuando ya hemos recibido esta fe *directamente de Dios*, podemos compartirla y desarrollarla con otros creyentes. Es pues, primeramente, vertical, luego horizontal.

Lamentablemente, es fácil formar parte de un grupo de creyentes sin ser un creyente, especialmente para un joven. Sobre todo cuando los mismos padres y amigos lo son. Esto puede hacer creer a los demás, y aun a nosotros

mismos, de que somos creyentes, cuando no lo somos. De que nuestra fe es genuina, cuando es sólo aparente.

C. H. Mackintosh, un siervo de Dios del siglo XIX, dice: «*Nosotros sufrimos considerablemente permitiendo que lo que se denomina 'relación cristiana' (Tratos, relaciones de amistad o comunicaciones entre creyentes o asambleas), interfiera con nuestra relación y comunión personal con Cristo. Somos demasiado propensos a sustituir la relación con Dios por la relación con el hombre – para seguir en los pasos de nuestro compañero, en lugar de seguir en los pasos de Cristo – somos propensos a echar una mirada alrededor buscando simpatía, apoyo, y estímulo, en lugar de poner la mira en las cosas de arriba.*

Siendo importante la relación horizontal con nuestros familiares y amigos, nuestra mayor prioridad es tener comunión con Dios. Si nuestra relación con Dios está bien, entonces nuestras demás relaciones estarán bien también.

No debemos confundir las cosas. Participar de una familia cristiana, y tener amigos cristianos podría hacernos creer que ya somos cristianos. Nuestra condición de cristianos tiene

La fe genuina no es heredable biológicamente, pero sí se puede dar testimonio de ella por medio de la predicación, de la vida y del ejemplo de los mayores.

que ver con Dios primeramente y luego con los que son de Dios.

Es aquí donde surge el peligro de tener una fe fingida. Que puede ser una fe prestada, la fe del grupo en el que participo.

Conformarse con una fe fingida es una desgracia, porque no sirve, y además es un peligro, porque podemos conformarnos con lo que parece, y no buscar lo que de verdad es.

¿Cómo diferenciar la fe fingida de la fe verdadera?

La fe fingida:

a) *se evidencia en la manera de relacionarnos con Dios.* Todavía vemos a Dios lejano, tenemos temor de él, no podemos decirle 'Padre'. Podemos creer en él, y aun defender su existencia en las discusiones con los ateos o agnósticos, pero no podemos decir que somos 'hijos' de Dios, y que él es nuestro 'Padre'.

Un creyente genuino ha recibido el Espíritu Santo, para la filiación, y por medio de él puede decir: «Abba, Padre». Se goza en el hecho de ser un hijo de Dios, y puede reconocer al Espíritu dentro de él, guiándole, consolándole, enseñándole.

b) *Desconoce a Jesucristo.* El que tiene una fe fingida habla de Dios, pero no de Jesucristo. Muchos hablan de Dios, en sentido general, pero no de Jesucristo como Dios encarnado. El Señor dijo: «Nadie viene el Padre sino por mí», «Yo soy el camino».

Muchos creen en Dios, oran a Dios (a 'Diosito'), pero no conocen la relación con Jesucristo. Un creyente genuino sabe que por medio de Jesucristo ha conocido a Dios. Valora su

muerte en la cruz, y su sangre derramada para el perdón de sus pecados.

c) Se basa en la herencia, no en la conversión. La fe fingida es una herencia cultural, es la religión de los padres, no una experiencia individual.

Ahora, la fe genuina no está ajena a los antepasados, a la familia, pero de manera distinta, no excluyendo la necesidad de la experiencia personal, individual. La fe genuina no es heredable biológicamente, pero sí se puede dar testimonio de ella por medio de la predicación, de la vida y del ejemplo de los mayores. La fe no fingida de Eunice, Loida y Pablo tuvo mucho que ver en la fe no fingida de Timoteo.

d) Es mental, no espiritual. La fe fingida es mental. Y si es mental está en el plano del alma, es cambiante, insegura. Sólo lo que es espiritual tiene firmeza.

e) Es proclive a las disputas doctrinales y a la palabrería. (1ª Tim. 1:3-7). La fe fingida es tan débil que necesita reafirmarse ante sí misma. Y entonces pelea y discute, normalmente acerca de cuestiones externas, de la ley, de los mandamientos, de las doctrinas. Nada de esto es esencial en la carrera cristiana. Un creyente con una fe verdadera no necesita demostrar nada para creer, porque su fe le ha sido dada de arriba y está más allá de las opiniones humanas. Aunque todos se levanten con argumentos, su fe no será conmovida, porque conoce de verdad a Dios.

f) No produce ningún cambio real en la manera de vivir. La fe fingida hace promesas, intentos, pero no produce ningún cambio de vida real. Como

no hay nuevo nacimiento, se trata del mismo hombre viejo que trata de enmendarse. El creyente genuino, en cambio, puede comprobar en sí mismo una nueva manera de ver la vida, de ver el mundo. Se da cuenta que el mundo está caminando en el sentido equivocado, y él sabe que no pertenece al mundo. Su manera de pensar ha experimentado un vuelco radical.

Como vemos, la fe fingida está muy por debajo de la fe genuina. Pueden parecer, si las miramos superficialmente, pero tienen un origen diferente, y producen frutos muy distintos.

Estimado joven: Ahora es el tiempo de que te asegures de tener una fe genuina, porque estás comenzando a edificar tu vida. ¿Qué pasará si edificas sobre un fundamento falso, frágil? Muchas vidas se han malogrado por no tener el debido fundamento.

Hay una estadística que dice que la edad donde hay más conversiones a Cristo es en la juventud, incluso antes de los veinte años. Así que, la edad más adecuada para buscar a Dios es la que tú vives.

El corazón se endurece con los años. Los problemas de la vida, las seducciones del mundo, el amor al dinero, son fuertes distractores de la fe, y suelen arrastrar a la incredulidad a los jóvenes cristianos. ¡Que no suceda contigo!

Busca en Dios la fe verdadera. Nadie la puede crear, ni producir, sólo Dios. El Señor Jesús es el autor y consumidor (perfeccionador) de la fe (Heb. 12:2).

«Ellas corrieron a través de la lluvia creyendo que Dios las libraría».

Corriendo a través de la lluvia



© Bob Perks

La pequeña niña debe haber tenido unos seis años y un hermoso cabello castaño. Era una pecosa imagen de la inocencia. Su mamá se veía algo mayor. La niña llevaba puesto unos shorts de color canela y una camisa celeste. Sus zapatos de lona eran blancos con un adorno azul. Se parecía a su mamá.

Llovía afuera; era el tipo de lluvia que chorrea sobre las canaletas, con tanta prisa para golpear la tierra que no tiene tiempo para fluir hacia abajo por los caños. Los desagües se llenaron en el parque de estacionamiento y formaron una gran laguna alrededor de los automóviles estacionados.

Todos nosotros quedamos detenidos allí bajo el toldo, junto a la puerta del supermercado. Allí esperábamos, algunos pacientemente, otros disgus-

tados porque la naturaleza les había trastornado su rutina diaria. Siempre me fascina la lluvia de otoño. Me pierdo en el sonido y la vista de los cielos que lavan la suciedad y el polvo del mundo.

La voz de la pequeña rompió el silencio. Era una voz tan dulce que dispó nuestra catalepsia hipnótica y todos pusimos atención a la conversación que empezó a fluir.

«Mamá, ¡corramos a través de la lluvia!», dijo ella. «¿Qué?», preguntó su mamá. «¡Atravesemos la lluvia!», repitió ella. «No, querida. Esperemos a que disminuya un poco», contestó su mamá. La niña esperó aproximadamente otro minuto y repitió su declaración: «Mamá, ¡atravesemos la lluvia!». «Nos empaparemos si lo hacemos», dijo su mamá. «No, mamá;

eso no es lo que tú dijiste esta mañana», dijo la niña mientras la cogía del brazo. «¿Esta mañana? ¿Cuándo dije yo que podíamos atravesar la lluvia y no nos mojaríamos?». «¿No lo recuerdas? Cuando tú hablabas con papá sobre su cáncer, le dijiste: Si Dios puede hacernos pasar a través de esto, él puede llevarnos en todo».

Toda la gente guardó silencio. No se podía oír nada excepto la lluvia. Todos permanecemos callados. Nadie entró o salió en los minutos siguientes. La mamá hizo una pausa y pensó un momento en lo que respondería. Algunos se reírían de ella por su necedad. Otros podrían ignorar lo que se dijo. Pero éste era un momento de afirmación en la vida de una pequeña, un tiempo en que la inocente confianza podía ser nutrida para que floreciera en fe. «Querida, tienes razón. Atravesemos la lluvia, y si Dios nos permite mojarnos, puede ser porque necesitamos lavarnos», fue su respuesta. Entonces ambas corrieron.

Todos nos quedamos mirando, riendo cuando ellas corrían más allá de los automóviles a través de los charcos, sosteniendo sus bolsas de compras sobre sus cabezas por precaución. Se empararon; pero fueron seguidas por unos pocos creyentes que gritaron y rieron como niños mientras corrían a sus automóviles, quizás inspirados por aquella fe y confianza.

Toda la gente guardó silencio. No se podía oír nada excepto la lluvia. Todos permanecemos callados. Nadie entró o salió en los minutos siguientes.

Yo quiero creer que en alguna parte del camino de la vida, su mamá se hallará reflexionando en los momentos que pasaron juntas, capturados como imágenes en el álbum de recortes de sus amados recuerdos. Quizá cuando asista con orgullo a la graduación de su hija. O cuando el padre avance junto a su hija por el pasillo en el día de su boda. Ella se reirá de nuevo. Su corazón golpeará un poco más rápidamente. Su sonrisa dirá al mundo que ellos se aman.

Pero sólo dos personas compartirán ese momento precioso cuando ambas atravesaron la lluvia creyendo que Dios las libraría. Y sí, ellas lo hicieron. Ellas corrieron. Ellas se mojaron. Estoy seguro que se rieron y dijeron: «Necesitábamos lavarnos». Hay una ocasión y un tiempo para cada propósito bajo el cielo.

Oro para que ustedes aún tengan el tiempo para correr a través de la lluvia.

* * *

Respuestas correctas a «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1B, 2B, 3D, 4C, 5B, 6D, 7A, 8A, 9C, 10B, 11C, 12B, 13C, 14A, 15C, 16D, 17D, 18A, 19C, 20A, 21D.
CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

Fe de erratas del número anterior:

1A, 2C, 3B, 4A, 5C, 6D, 7D, 8B, 9A, 10B, 11A, 12B, 13D, 14B, 15C, 16C, 17D, 18B, 19D, 20C, 21A.

CARTAS

Creer en el conocimiento de Dios

Desde hace mucho tiempo soy un lector de su revista (en mis pocos ratos libres) y los felicito por el material tan edificante que proporcionan. Sus enseñanzas y predicaciones me han ayudado mucho a crecer en el conocimiento de mi Dios. Que Dios les bendiga y les siga dando gracia para que continúen con la labor de alimentar, enseñar y llevar el mensaje de salvación a toda criatura.

José M. Padilla Barrios, Coahuila, México.

Riquezas de Cristo

Gracias por compartir con el resto de la iglesia las riquezas en Cristo. La web Aguas Vivas es de edificación para mí, porque confirma la obra de Dios en mi vida, además de enseñar y proveer material. ¡Sigana adelante!

*Sandra de Bruno
Prov. de Rio Negro, Argentina.*

Meditaciones y postales

Diariamente veo vuestra página Web para leer las meditaciones y utilizo las hermosas postales para remitir a mis amistades y hermanos. Estoy muy agradecida a Dios por ampliar mis conocimientos espirituales a través de esta página. Es mi deseo que continúen prosperando en todo. Sean todos ustedes bendecidos por nuestro Dios Todopoderoso.

Nery García Espejo, Perú

Trabajo para Dios

Es mi motivación escribirles porque están haciendo un trabajo tan grande y especial para Dios y su obra aquí en la tierra. Yo mismo soy un testimonio de la gran ayuda que brindan al pueblo de Dios. Es un privilegio para mí bendecirles en el nombre del Señor. Muchas gracias por su esfuerzo.

Andrés Pinales, República Dominicana.

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 8 · Nº 43 · ENERO - FEBRERO 2007

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Stephen Kaung, Hoseah Wu, Christian Chen, Rodrigo Abarca, Rubén Chacón.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse Dumont.

Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission

P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.

Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639

C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.

Email: sammyglez@yahoo.com